



Universidad de Belgrano
Facultad de Humanidades
Licenciatura en Psicología

Trabajo Final de Carrera

**Adolescencia e identidad en una sociedad posmoderna
adolescentizada**

Tutor: Susana Mabel Arias

Estudiante: Paula Astie

Matrícula: 40221403

Índice

Agradecimientos	1
Introducción	2
Capítulo 1. Preguntas de investigación, objetivos y justificación	4
1.1. Pregunta y Problema de Investigación	4
1.2. Objetivos.....	5
General.....	5
Específicos.....	5
1.3. Justificación y relevancia de la temática.....	6
Capítulo 2. Metodología	6
2.1. Diseño y tipo de estudio.....	6
2.2. Hipótesis.....	7
2.3. Alcances y límites.....	7
Capítulo 3. Antecedentes, Estado del Arte y Marco teórico	8
3.1. Antecedentes.....	8
3.2. Estado del Arte.....	11
3.2.1. Razones históricas que forjaron la adolescencia como categoría universal.....	11
3.2.2. Emergencia y centralidad del concepto Adolescencia.....	12
3.2.3. Enfoques clásicos para comprender el fenómeno adolescente.....	14
3.2.3.1. Adolescencia desde las teorías psicoanalíticas.....	14
3.2.3.2. La adolescencia no es un modelo universal.....	16
3.2.3.3. Adolescencia desde la perspectiva psicosocial.....	17

3.2.3.4. Adolescencia desde el desarrollo cognitivo.....	19
3.2.3.5. Adolescencia desde el enfoque ecológico y la perspectiva del ciclo vital.....	21
3.2.3.5.1. Enfoque ecológico.....	22
3.2.3.5.2. Perspectiva del ciclo vital.....	23
3.2.3.6. Modernidad y Posmodernidad.....	25
3.3. Marco teórico.....	28
3.3.1. Adolescencia y psicoanálisis.....	33
3.3.2. Ciclo vital vs Desarrollo.....	36
3.3.3. Posmodernismo y Adolescencia.....	38
Capítulo 4. Adolescente y adulto a la conquista de una identidad estructurante en el universo posmoderno.....	39
4.1. La identidad tras las huellas de la ciudad.....	39
4.2. La identidad tras las huellas de la cultura.....	41
4.3. Una metodología para entender lo social: análisis, interpretación, comprensión.....	42
4.4. La identidad tras las huellas de lo individual y lo social.....	43
4.5. La identidad tras las huellas de la adolescencia.....	48
Reflexiones finales.....	54
5.1. Una anécdota: Dos fechas, dos acontecimientos, dos décadas, un mismo autor, un mismo lugar que dan cuenta del cambio incesante.....	55
5.2. Otra anécdota: Cuando el desasimiento de la libido respecto de sus objetos resulta un proceso doloroso.....	57

Agradecimientos

En primer lugar, quisiera agradecerle a Susana Arias, mi tutora de tesis, por la calidad de tiempo brindada, tanto a nivel académico como a nivel humano. Por su predisposición y capacidad para enfrentar un trabajo de este estilo y la disponibilidad para hacerlo.

Por otro lado, quisiera destacar un profundo agradecimiento hacia mi familia, principalmente a mi mamá, mi papá y mi hermana por el apoyo y la guía brindada durante todo este tiempo ya que fueron un soporte fundamental para poder atravesar la presente carrera. Sin ellos nada sería lo mismo.

Luego, quisiera agradecerle a Santina por el acompañamiento tan cercano que me brindó a lo largo de la carrera.

Y por último, me gustaría agradecerle a la Universidad de Belgrano por brindar el espacio y el acompañamiento suficiente a lo largo de estos años y así mismo a los profesores y directivos que forman parte de dicha Universidad y hacen de este lugar un mejor espacio.

Introducción

La antropología social ha intentado desde siempre describir la historia humana ahondando, especialmente, en los principios generales que participan en las formas que fueron asumiendo los grupos humanos a partir de las continuas transformaciones sociales y culturales que se sucedieron en el tiempo. Uno de los grandes temas del que, según el antropólogo social Fredrik Barth (1976), no se habrían ocupado suficientemente fue considerar a la identidad en su relación irreductible con la organización social de los rasgos culturales que definen a los integrantes de determinada comunidad humana, es decir aquellas diferencias “que los actores mismos consideran significativas” (p. 15).

Al estudiar el carácter relacional que comporta lo identitario, y dado que éste se construye entre el sujeto y su entorno y con los otros, nos encontramos, como afirma Barth (1976), con que el contenido de las representaciones sociales que cimentamos acerca de los otros está procesado a partir de nuestra matriz cultural y social de pertenencia. Desde esta perspectiva, si bien desde los comienzos de la historia, hombres y mujeres se constituyeron sobre la base de vínculos relacionales y dependientes con la naturaleza, esta construcción ha ido modificándose con el paso del tiempo a medida que fue produciéndose en las personas, de manera automática e inconsciente, la multiplicación de sus funciones. En este sentido, y dado que el procesamiento social de las edades de la vida no tendría un origen natural, no es ni permanente ni compartido con todos (Chaves y Fidalgo Zeballos, 2013), resulta interesante revisar en los estudios acerca de la relación de las nociones de cultura y juventud el origen de los usos actuales de los conceptos que nos propone dicho procesamiento para adentrarnos en la comprensión de las articulaciones teóricas relevadas a partir del exhaustivo recorrido teórico que nos hemos propuesto.

Para contextualizar de modo general los conceptos y la especificidad de lo juvenil en la cultura no alcanza con saber cómo se comportan los adultos de cualquier especie, sino que es necesario “saber cómo se desarrollan los individuos jóvenes de la especie desde el funcionamiento infantil aún inadecuado hasta el funcionamiento maduro típico de la especie” (Bruner, 1984, p. 84). En el proceso de construcción del conocimiento científico, teniendo en cuenta las diferencias individuales y culturales que caben en los estudios sobre los ciclos de la vida, los teóricos suelen acordar que el ser humano, a lo largo de su desarrollo, atraviesa diversos momentos evolutivos descritos como etapa *in útero* y nacimiento, infancia, adolescencia, juventud, adultez y vejez (Posada & Triadó, 2006). Todos ellos traen consigo una serie de cambios físicos y cognitivos que paralelamente generan maneras distintas de ser y comportarse teniendo en cuenta el contexto en el que se desenvuelve cada sujeto. Por lo tanto, “un rasgo fundamental que diferencia al ser humano de otras especies animales lo constituye el dilatado período de desarrollo y aprendizaje que debe transcurrir entre su nacimiento y el logro de su plena madurez” (Moreno & Del Barrio, 2005, p. 15).

La noción que, en 1973, propuso el antropólogo Clifford Geertz (2003) nos aporta que la cultura es como una matriz de significados, un tejido producido por los propios sujetos y que al mismo tiempo los sostiene. Una suerte de entramado simbólico en el que vamos a vivir; se trata de los sujetos y la cultura produciéndose recíprocamente. Una matriz dinámica en la cual participan todos los sectores sociales y personas de todas

las edades, compuesta y atravesada por una multiplicidad de diferenciaciones sociales en términos de territorio, etnia, género, clase, edad, entre otras. Por otra parte, para determinar las edades de la vida, a lo largo de la historia se han ido produciendo innumerables escritos desde distintos campos disciplinares. En la Antigüedad, muy precisamente acerca de la juventud, Aristóteles (1994) se ocupó de describir características y modos de accionar de los jóvenes que no han perdido su vigencia, aunque en la actualidad son más referidos al período adolescente. Inaugurada por el comienzo de la capacidad de reproducción y de la inserción en el mundo adulto, lo define como la transición hacia la etapa final del crecimiento. Estas referencias enfatizan el hecho de que la adolescencia como campo diferenciado dentro de las teorías del ciclo vital surge tardíamente y lo hace vinculada a la irrupción de la pubertad. Para comprenderla tal como la conocemos hoy fue necesario diferenciarla de la juventud y establecerla como un fenómeno biopsicosocial del desarrollo humano, situación que comenzó a evidenciarse a fines del siglo XIX cuando comenzó a ser indagada de forma sistemática a partir de estudios psicológicos de la mano de Granville Stanley Hall apelando a los aportes de diferentes disciplinas y desde diversas teorías epistemológicas.

Desde este punto de partida, donde para abordar la noción del sujeto adolescente resultan relevantes el papel del medio social y la cultura de los cuales forma parte, y revisando en el gran capítulo de las transformaciones de las sociedades contemporáneas cómo la cultura impacta sobre el joven asegurándose un lugar y, a la vez, cómo el sujeto encuentra en la cultura enunciados que lo nombren y le reconozcan también un lugar como uno más del grupo tanto como en la cadena generacional, nos centraremos en la pregunta por la construcción de la “identidad” en el “adolescente posmoderno”.

Para ello, en los primeros tres capítulos desplegaremos el ordenamiento del presente estudio. Desde el planteamiento del problema y las preguntas de investigación, los objetivos y la relevancia que le otorgamos a la temática escogida en el Capítulo 1, avanzaremos en el marco metodológico de la investigación y la formulación de una hipótesis, además de resaltar los alcances y límites del estudio en el Capítulo 2. Luego, en el Capítulo 3 desplegaremos una amplia revisión de la literatura junto a los antecedentes existentes de la temática que nos convoca y el planteo del marco teórico que, con sus respectivas articulaciones, es el soporte conceptual de las relaciones entre los conceptos y enunciados a investigar, para continuar con el relevamiento de lo investigado y el desarrollo de aquellos contenidos que expliquen, contextualicen y fundamenten las distintas categorías que guían el análisis de la realidad que nos propusimos aprehender, elaborado en el Capítulo 4. El recorrido culmina con unas reflexiones finales que surgen no sólo del análisis crítico de los contenidos teóricos sino también del carácter de una práctica investigativa que intentamos resulte coherente con nuestra postura epistemológica.

Capítulo 1. Preguntas de investigación, objetivos y justificación

1.1. Preguntas y problema de investigación

Al hablar de la adolescencia se alude a un momento vital en el que suceden múltiples cambios que afectan aspectos fundamentales de nuestra persona. La transformación de nuestro cuerpo, nuestro psiquismo, nuestro pensamiento y nuestras relaciones familiares y sociales, nos conmina a la reestructuración de ciertas localizaciones en el plano de lo intrasubjetivo y a la construcción e inscripción de los nuevos vínculos que acontecen en la escena de lo intersubjetivo (Moreno & Del Barrio, 2005). La búsqueda de una identidad propia se convierte en un objetivo primordial en el proceso de esta metamorfosis. Los cambios experimentados durante esta etapa “son considerables y dichas transformaciones irremediamente van a influir en la configuración de la identidad en este momento vital de un modo especialmente intenso” (Herrero, 2016, p. 210).

La adolescencia se caracteriza como una etapa del crecimiento donde se llevan a cabo estructuraciones y reorganizaciones en lo intra e intersíquico de un sujeto que, por estar situado en un contexto histórico y social determinado, impacta y condiciona el camino que elige transitar. La pubertad, claramente, resulta ser semejante en todas las culturas, pero no pasa lo mismo con la adolescencia que presenta variaciones en los distintos medios sociales. En este punto, siguiendo a Juan Delval (1998), podemos argüir que es un fenómeno psicológico determinado por la pubertad pero que no se reduce a ella. Y por lo mismo, retomando a Amparo Moreno y Cristina Del Barrio (2005), cuando hablamos de cualquier período de la vida, hablamos “no tanto de categorías naturales -dictadas por la biología, definidas por rasgos universales e inmutables- sino más bien de categorías sociales, dotadas de significado por una cultura y sociedad particular” (p.17).

Al concebirse a la adolescencia como “una construcción determinada por lo social, lo histórico y lo cultural, en la que la identidad se va forjando en retroalimentación constante entre lo individual y lo social” (Herrero, 2016, p.122), resulta interesante describir cómo “el contexto histórico y social de los eventos se encuentra entre los principales determinantes de la formación de la identidad” (Sollod, et al., 2009, p.190).

A partir de estas afirmaciones vemos que, en nuestra época de democracias liberales, el posmodernismo, en tanto estado de la cultura que caracteriza a la sociedad actual, revela diversas formas de destitución subjetiva, fenómenos ligados a la transformación de la condición del sujeto moderno, quien a pesar de que muta hacia su autonomización bajo el ideal de un proyecto emancipador no deja de padecer nuevos y, aún, inesperados sufrimientos. Si, como afirma Giovanni Sartori (1991), “todas las liberal-democracias pasadas y presentes son, a la vez, sistemas de mercado” (p.146), la transformación subjetiva aludida se verifica en esas democracias de mercado, en ciertos hechos nuevos de la sociedad identificados en la cultura de la información, en la fascinación de la imagen y en el gran poder de los medios de comunicación (Grosser Guillén, 2006).

¿Cómo es el adolescente que conocemos hoy? ¿Cómo se produce la emergencia de este nuevo sujeto? Son interrogantes que los especialistas han comenzado a responder a partir de ciertos rasgos que, entre otros, caracterizan a lo posmoderno: el hedonismo en tanto búsqueda de placer inmediato, el individualismo, vivir en el “aquí y ahora”, el culto al yo que conlleva a la aparición de un nuevo narcisismo, la exacerbada problematización entre lo ideal y lo real acentuada por la aparición de las nuevas tecnologías y el consumo de masas, la exaltación de la belleza y la búsqueda de la eterna juventud (Herrero, 2016).

Las nuevas generaciones expuestas ante estas exigencias encuentran a su alrededor un colectivo de adultos sometidos a la misma presión e inducidos por el mismo proyecto emancipador y que, al pretender permanecer en la adolescencia dejan a los adolescentes sin referentes familiares y/o extrafamiliares; esos otros que juegan un papel tan fundamental en las estructuraciones y reorganizaciones psíquicas mencionadas. Ana Justo Herrero (2016) denomina

‘adulto *adolescencitizado*’, a esa persona que cronológicamente está situada en la edad que corresponde a la adultez pero que se esfuerza, al menos en algunas facetas de su vida y de su personalidad, en aparentar y vivir como un adolescente (p. 218-219).

Siendo que el adolescente encontrará necesariamente problematizado el acceso al mundo adulto en el tránsito hacia la construcción de su identidad, si solo cuenta, como modelos a los cuales imitar, con otros jóvenes por carecer de referentes adultos nos preguntamos:

- ¿Cómo significar la adolescencia en la actualidad?
- ¿De qué manera influye en la construcción de la identidad del sujeto adolescente la falta de modelos adultos?
- Adolescente posmoderno y adulto adolescencitizado: ¿un retrato descuidado de la sociedad actual?

1.2. Objetivos del estudio

Teniendo en cuenta el planteo realizado, la presente investigación busca:

Objetivo general: Analizar la construcción de la identidad del sujeto adolescente en el contexto cultural posmodernista actual.

Objetivos específicos:

- Estudiar los cambios esperables que enfrentan los adolescentes, específicamente en lo psicológico y lo social.
- Analizar el discurso posmoderno y su impacto en la producción de la identidad de los adolescentes.

- Examinar el valor de las relaciones que los adolescentes, en su acceso hacia la adultez, establecen con los adultos.

1.3. Justificación y relevancia de la temática estudiada

En la presente investigación haremos hincapié en cómo el adolescente “se hace” en relación a su cultura. Para ello debemos tener en cuenta que la cultura y sus instituciones van cambiando con cada época, por lo tanto, “la identidad como dispositivo indispensable que se le pide al ser humano para interactuar en este mundo también cambia” (Velásquez Pérez, 2007, p. 96). En este sentido, se puede decir que las diferentes épocas históricas, tradicionalmente planteadas: edad antigua, edad media, edad moderna, edad contemporánea, y el devenir de sus modos de producción (en sus cuatro grandes revoluciones productivas: comunismo, feudalismo, capitalismo, sociedad del conocimiento), han condicionado su subjetividad, su identidad y su autopercepción (Mejía, 2006).

La relevancia de la temática planteada radica en comprender la producción de la identidad del adolescente, con sus respectivos cambios y mudanzas en la organización psíquica y social, tomando en consideración al posmodernismo en tanto contexto condicionante y al nuevo ideal social que surge a partir de la exaltación de la juventud: el adulto adolescentizado con el que se encuentra el adolescente en su camino hacia la adultez. Considerando que la mirada acerca de la adolescencia instalada tiempo atrás propone una visión poco constructiva, despectiva, peligrosa y desalentadora del joven, las transformaciones producidas por las influencias del posmodernismo, por el contrario, instalan a la adolescencia como modelo social. ¿Podemos inferir, entonces, que la sociedad posmoderna realza aspectos “positivos” de dicho periodo y genera una mirada más alentadora de la adolescencia?

Por otro parte, la investigación podría colaborar en el ámbito clínico, tal como propone Montse Giménez en cuanto al conocimiento de las fortalezas psicológicas de los jóvenes, por ejemplo, la sabiduría y el conocimiento, el coraje, diversas fortalezas interpersonales, de templanza, entre otras, dado que:

La adolescencia es un periodo de la vida en el que los procesos de construcción de identidad, el desarrollo de nuevas formas de pensamiento, incluyendo la capacidad de razonamiento moral y el fortalecimiento de relaciones sociales, se convierten en una oportunidad irrepetible para la consolidación de valores y fortalezas humanas. (Giménez, et al., 2010, p.109)

Capítulo 2. Metodología

2.1. Diseño y tipo de estudio

Para responder a los objetivos específicos del presente trabajo (planteados en el capítulo 1) elaboramos un estudio descriptivo-explicativo que aborda de manera analítica el desarrollo de la identidad

del adolescente teniendo en cuenta el contexto actual posmodernista. En este sentido, pondremos el acento en la relación entre los diversos procesos que los adolescentes llevan a cabo en la producción de su identidad, condicionados por las nuevas legalidades que introduce el paradigma actual, para entender cómo éstas impactan en aquéllos. Para ello tendremos en cuenta, además, los supuestos epistemológicos que diversos autores sostienen desde distintos paradigmas de investigación, confrontando sus opiniones en algunos casos y señalando sus coincidencias en otros, lo que nos permitirá una profundidad mayor en el análisis narrativo, de contenido y la fundamentación de nuestras premisas en torno al cambio de perspectiva que se verifica en el viraje que va desde una mirada crítica sobre el adolescente y sus capacidades hacia una representación social de la adolescencia como etapa evolutiva “idolatrada” a partir de los cánones del consumismo posmoderno.

El diseño metodológico se ha centrado en la búsqueda de diversos conceptos y desarrollos teóricos que permitan esclarecer el tema a tratar, teniendo en cuenta los antecedentes de los planteos, las perspectivas epistemológicas de las diversas disciplinas consultadas y su aporte a la actualidad de las formulaciones teóricas. Ante esto, utilizamos una extensa revisión bibliográfica de documentos, artículos de revistas especializadas, tesis publicadas, entre otras fuentes, donde recurrimos a la lectura, comprensión, análisis y captación de ideas principales para su posterior desarrollo. El análisis crítico de los ensayos e investigaciones recopiladas alrededor de nuestro tema nos permitirá formular y sostener nuestra hipótesis.

2.2. Hipótesis

El posmodernismo impacta en la construcción de la identidad de los individuos, por lo que devienen un adolescente posmoderno y una sociedad adolescentizada.

2.3. Alcances y límites del estudio realizado

Disponemos de una gran cantidad de información acerca de la adolescencia, la construcción de la identidad y del movimiento llamado posmodernismo. Sin embargo, el futuro es inmediato, por lo que suponemos se avecinan diversas transformaciones y nuevos movimientos que, probablemente, tomarán partido en la sociedad. En este sentido, las perspectivas destacadas en la presente tesis forman parte del movimiento actual posmoderno predominante, pero con el pasar de los cambios éste quedará atrás y será parte de un acontecimiento más de la historia.

Por lo tanto, si bien lo mencionado anteriormente resulta ser positivo, también nos advierte de continuar revisando la sustentabilidad de los conceptos trabajados en la presente tesis; cuánto tiempo y de qué manera se adecuará a los cambios futuros. Es por este motivo que, en el caso de utilizar esta tesis para estudios alternativos, se deberá tener en cuenta la fecha de su publicación, pretendiendo con ello llevar a cabo investigaciones adicionales actualizadas que constituyan un nuevo estadio en la producción del conocimiento.

Capítulo 3. Antecedentes, Estado del Arte y Marco teórico

3.1. Antecedentes

Como preámbulo del apartado del Estado del Arte presentamos como antecedente unas breves referencias acerca de la juventud como objeto teórico de estudio en la historia del concepto desde diferentes perspectivas, mostrando las teorías que se aproximaron a la misma como hecho social y el tratamiento que hicieron de ella. Tal como anticipamos en la Introducción de este estudio, desde la consideración de la variable “edad”, se puede rastrear la existencia de jóvenes en las sociedades de las primeras civilizaciones de la Antigüedad, y podríamos agregar más antiguas aún, hasta el planteo de las “edades del hombre” en el Imperio Romano (Souto, 2007), aunque como señala Philippe Ariès (1987) las funciones características de las edades del hombre tenían muy pocas consecuencias prácticas en la institucionalización de la sociedad.

Como trataremos en los capítulos siguientes, cronológicamente, la adolescencia como etapa de transición de la infancia a la adultez no tiene límites precisos, y las aproximaciones teóricas a su tratamiento han sido realizadas en correlación con el ciclo de la naturaleza y la evolución histórica de las sociedades tomando en cuenta la participación de los jóvenes en ellas. Por supuesto que siempre han existido adolescentes en el sentido biológico del término, pero la juventud, como grupo social definido, recién cobró importancia en la modernidad (Ariès, 1987). Durante la Edad Media y principios de la Moderna, como aclara Ariès “los niños entraban de golpe en la gran comunidad de los hombres y compartían con sus amigos, jóvenes o viejos, los trabajos y los juegos cotidianos” (Ariès, 1987, p. 539); para la época la terminología usada para distinguir a los diferentes grupos etarios y la duración de los mismos eran, en parte, distintas a las actuales.

Entre fines del siglo XVIII y principios del XIX se inicia en Europa “el proceso de conformación de la juventud como grupo social” (Souto, 2007, p. 172) ya que los cambios económicos, políticos y sociales introducidos por la modernización posibilitaron al Estado crear “una serie de instituciones que aumentaron el período de dependencia de los jóvenes por consideraciones de edad, [también] les dieron un perfil característico y facilitaron tanto su organización como su actuación de forma independiente” (p. 172). Con la modernización, que tuvo un ritmo y una cronología diferente en los distintos países, el adolescente, como el joven, se vieron expuestos tanto a influencias competitivas con los diversos y cambiantes modelos de socialización familiares y comunitarios tradicionales, como a la confrontación de distintos sistemas de valores, la regulación de sus derechos individuales, el acceso al mercado laboral, el mantenimiento del estatus social, entre otros, que marcaron diferencias e impidieron que pudieran ser considerados un colectivo uniforme y homogéneo (Bourdieu, 2011).

Los estudios académicos contemporáneos sobre la juventud y la adolescencia con sus problemáticas surgieron en el primer trienio del siglo XX, especialmente en el periodo de entreguerras, aunque se suele reconocer a Jean-Jacques Rousseau quien, con su obra publicada en 1762 *Emilio o La Educación*, formuló la primera definición clásica de la adolescencia como concepto autónomo y un primer inventario de sus

características. Cabe precisar que en dichos estudios prevalece un fuerte sesgo de lo evolutivo en la definición del concepto, con una detallada descripción de los cambios fisiológicos que los adolescentes atraviesan en este periodo, hasta la publicación de los primeros trabajos de orientación psicológica, psicoanalítica, antropológica y sociológica que le dieron toda su dimensión y profundidad en cuanto a la comprensión del desarrollo del individuo en general, sumado a la importancia del impacto cultural en las sociedades del momento.

En cuanto a su significación, encontramos que el término “adolescencia” proviene de “ad”: a, hacia y “olescere” de olere: crecer. Significando la condición y el proceso de crecimiento. Consiste en la etapa del desarrollo del ser humano que sigue a la pubertad y en la que se producen toda una serie de cambios físicos, psicológicos y sociales. Se destaca por poseer diversos rasgos constitutivos, muy heterogéneos y variables, por lo que no deben ser entendidos como predicados permanentes e inmutables, sino como realidades cambiantes en el mismo curso histórico de la adolescencia (Bueno, 1996).

Tradicionalmente, a estos cambios físicos se los incluye en el término “pubertad” mientras que se reserva el término “adolescencia” para hacer referencia a los aspectos psicosociales concomitantes (Gesto, 2000). Es decir, “la pubertad puede definirse como una serie de cambios físicos en el organismo humano cuyo producto final es la completa maduración de los órganos sexuales y con ello la plena capacidad para reproducirse y relacionarse sexualmente” (Carretero, et al., 1995, p.13). Por lo tanto, es una etapa en la cual se producen los cambios necesarios que conducirán al sujeto a la madurez sexual (Gesto, 2000). Paralelamente se producen también modificaciones cognitivas; donde “ambos tipos de nuevas características traen consigo nuevas habilidades y nuevos intereses, es decir, nuevos recursos de personalidad. Entre estos nuevos intereses destaca el de encontrar una nueva *identidad individual*” (Herrero, 2016, p. 46).

Los cambios fisiológicos se refieren, entre otros, a una aceleración del desarrollo; los órganos sexuales llegan a su madurez, aparece la menstruación en las mujeres y la emisión de esperma en los hombres, también el vello en diversas zonas del cuerpo, crecen los senos en las mujeres y se dá el famoso “estirón”, generalmente primero en las mujeres y luego en los hombres. El impacto de estos cambios generará consecuencias psicológicas en la manera de verse a sí mismos y en la forma de relacionarse con los demás. Sumado a esto, el contexto histórico-cultural en el que se encuentren influirá en la autopercepción y por ende, en la conformación de su respectiva identidad. En relación a los rasgos culturales, cabe destacar la edad como condición social, que asigna una serie de estatus y de roles desiguales a los sujetos y la edad como imagen cultural, que atribuye un conjunto de valores, estereotipos y significados a los mismos (Feixa, 1996). Por lo tanto, “en torno a cada una de estas edades “sociales” se construye un sistema de prácticas y representaciones que involucra roles, expectativas, experiencias y actividades adecuadas, e instituciones encargadas de controlar, normalizar o eliminar las desviaciones de las mismas” (Adaszko, 2005, p. 39).

Observamos entonces que “la relación entre edad biológica y [la] edad social es compleja, socialmente manipulada y manipulable, especialmente en [lo] referido a quienes tienen escasos recursos para ejercer sus derechos, entre ellos los niños y los jóvenes” (Bourdieu, 1990; Hall y Montgomery, 2000; Bucholtz, 2002

citados en Adaszko, 2005, p. 39). Vemos, entonces, que, desde sus comienzos, y como mostraremos lo continuará siendo a lo largo de la historia, la adolescencia es una concepción plagada de confusiones acerca del lugar que los sujetos ocupan teniendo en cuenta tanto su edad biológica como su edad social y, a la vez, como la representación social que la comunidad tiene de ellos. Esto significa que cada sociedad segmenta, clasifica y organiza el ciclo de la vida social en edades de manera diferente ya que la clasificación es función del modo de producción y las estrategias de reproducción de los grupos sociales (Chatterjee, et al., 2001). De ser concebidos como “personas limitadas, adultos no logrados, que, en algunos casos, lleva a la subestimación tanto de sus posibilidades presentes como de sus progresos” (Moreno & Del Barrio, 2005, p. 20). Con el agravante de la contribución de cierta mirada psicológica que con su concepción ligaba a los adolescentes a la incapacidad, vulnerabilidad y peligrosidad,

tradicionalmente se ha ido configurando una conceptualización de la adolescencia como un periodo de la vida especialmente conflictivo y traumático. Esta visión generalizada de padres, educadores y sociedad constituye el principal obstáculo para establecer relaciones positivas desde las cuales permitir el desarrollo de las potencialidades de los más jóvenes. (Giménez, et al., 2010, p. 98)

Alrededor del sujeto adolescente, Grosser (2006) afirma que se contraponen dos visiones fuertemente ligadas entre sí. Una referida a una mirada adultrocéntrica, despectiva y descalificante, perspectiva que según Bueno (2002) constituye una posición etnocéntrica, por lo que “se piensan a los jóvenes como sujetos inmaduros e incompletos y por ende no enteramente responsables/responsabilizables por sus acciones” (Adaszko, 2005, pp. 39-40). Mientras que la segunda visión

denota una suerte de envidia por ese don preciado; hoy visto como mercancía, “la juventud”. Envidia acompañada del temor de perder lo que inevitablemente, el paso del tiempo implacable, nos recuerda, que los años pasan y aun cuando pueda hacer trampa y esconder con éxito los signos del paso del tiempo marcados en la piel, el pelo, la figura; no es lo mismo tener 20 que 40, porque quien tiene hoy 20 dentro de 20 puede mirarse como quien tiene hoy 40, lo cual, según la lógica expuesta, es agradable, pero quien tiene 40 dentro de 20 tendrá 60, y estará pronto a entrar a la vejez, palabra hoy satanizada. (Grosser Guillén, 2006, p.16)

Por lo tanto, ubicando a la adolescencia como una categoría universal, definida culturalmente de acuerdo a los distintos roles que asumen los jóvenes a su tiempo por la influencia de las múltiples corrientes teóricas que, desde sus respectivos enfoques intentarán dilucidar, atenderemos también diversos cambios con respecto a la manera de conceptualizar la identidad, ya que generalmente “se ha analizado muy abstractamente y con una clara connotación *esencialista*: [entendiéndose] como algo natural que forma parte de la esencia del individuo, como si viniera inscrita en su código genético” (Herrero, 2016, p. 103). Sin embargo, gracias al aporte de diversos autores tales como Karl Marx, Friedrich Nietzsche, Sigmund Freud, Erik Erikson, entre otros, la concepción tradicional de la identidad se ha ido modificando, pensándola como un proceso, cambiante y en movimiento, en contraposición a algo inamovible y estático a lo largo de toda la vida; perspectiva que mantenemos y en la que hacemos gran énfasis a lo largo del presente estudio.

3.2. Estado del Arte

3.2.1. Razones históricas que forjaron la Adolescencia como una categoría universal

A pesar de que desde la Edad Media contamos con clasificaciones que establecen diferencias entre la *infantia* (hasta los 7 años), la *pueritia* (entre los 7 y los 14 años) y la *adolescencia* (entre los 14 y los 21 años), con el pasar de los años continuó persistiendo una vaga identificación y definición de la categoría que llamamos adolescencia-juventud (Moreno & Del Barrio, 2005). Los aspectos para establecer estas categorías aluden a criterios diferentes en las distintas épocas. En las sociedades primitivas sin Estado la juventud quedaba enmarcada por la existencia de ritos que indicaban el cambio de status directamente desde la niñez al acceso de la vida adulta, un pasaje que generalmente se lo simbolizaba en la ceremonia del matrimonio para las mujeres y la aceptación de los varones en la comunidad masculina. Por lo que, el acceso a la vida adulta consistía en comenzar a “jugar roles vinculados por la participación en las labores productivas, reproductivas y de defensa” (Feixa, 1998, p. 20).

Philippe Ariés (1987) señala que durante el antiguo régimen (1500-1789) en la sociedad occidental europea no se podía representar bien al niño y menos aún al adolescente. “La infancia duraba exclusiva y necesariamente el periodo de mayor vulnerabilidad y en cuanto el infante lograba cierta autonomía pasaba a ser considerado como un hombre joven, esto es, un «adulto en miniatura»” (Lozano, 2014, p. 23). En este sentido, en estas organizaciones no solo no se tomaba en consideración el tiempo de la juventud como campo autónomo, sino que además dejaba planteadas ambigüedades entre la infancia y la adolescencia como entre adolescencia y la juventud. Esto contribuyó a demorar la emergencia de una idea clara sobre la adolescencia que, vale aclarar, desde el siglo XVIII venía siendo un fenómeno restringido a las clases urbanas acomodadas y a pesar de haber ido cambiando hacia mediados del siglo XIX (Lozano, 2014) hubo que esperar hasta mediados del siglo XX para que con “la emergencia de las sociedades desarrolladas y modernas, se establezcan las condiciones para la expansión de la juventud” (Gesto, 2000, p. 11); fenómeno que quedará reflejado en el ideal moderno que expresaba las aspiraciones de la burguesía (Goldmann, 1968) representadas en un sujeto abstracto y universal. Toda interpretación de la condición humana comenzó a ser pensada a partir de estos parámetros y, concomitantemente, “toda diferencia como defecto o estado inferior de desarrollo” (Adaszko, 2005, p. 40). Aparece así la adolescencia como una fase de subordinación, marginación, donde prevalece la limitación de derechos y recursos que, como tal, incapacita para actuar como los adultos. La adolescencia, como grupo social producido en las clases privilegiadas (Lutte, 1991), quedó vinculada a la expansión de la industrialización y al desarrollo capitalista (Gillis, 1974).

Con la expansión de la modernidad aumentó el interés por esta edad de la vida y a lo que la misma conlleva en el status del individuo, convirtiéndose en objeto de interés para diversas disciplinas que impulsaron con su investigación la deconstrucción de las propuestas de origen y la reformulación de ideales que luego, gracias a la producción teórica de nuevos conocimientos concomitante, encontraron destino en las etapas de la juventud y la adultez.

3.2.2. Emergencia y centralidad del concepto Adolescencia

A lo largo de los años se destacan diversas teorías que nos permiten establecer un hilo conductor respecto de las perspectivas desarrolladas por diferentes autores con el fin de arribar al conocimiento que tenemos en la actualidad acerca de la adolescencia y de la construcción de la identidad en el sujeto adolescente. Atender a este recorrido nos resulta necesario para comprender cómo surgen dichas teorías al ritmo de determinadas transformaciones sociales, movimientos que terminan generando nuevos paradigmas que permiten la comprensión no solo del impacto que un cierto contexto sociohistórico genera en un estadio diferenciado en el desarrollo de la personalidad sino, específicamente, poder comprender las condiciones de posibilidad que anticipan la emergencia de nuevos sujetos. Por lo tanto, hay distintas teorías que anteceden a la concepción actual de la adolescencia tanto como diversos movimientos anteriores al posmodernismo que nos permiten entender la cristalización de esta nueva realidad. Vicente Lozano lo expresa diciendo que

El campo de estudio sobre la adolescencia se mantiene en un estado de confusión y discusión en relación con la variedad de teorías y concepciones que se presentan bajo una pluralidad caótica, cuando no en abierta contradicción. No obstante, cada disciplina indistintamente puede presentar en su terreno específico formulaciones teóricas y metodológicas claras y distintas. (Lozano, 2014, p.14)

En el mismo sentido, Humberto Acosta (1993) sostiene que «a la adolescencia se la intenta definir desde muy diversos saberes, [y que] estas definiciones no resultan coherentes entre sí, ya que se apoyan en disciplinas y criterios muy disímiles» (p.32); dilema que Lozano resuelve sugiriendo que «puede resultar mucho más esclarecedor intentar caracterizar lo que es la adolescencia [más] que pretender definirla» (2014, p.14). En este sentido, señalaremos brevemente diversas raíces del concepto adolescencia que nos permiten arribar a una definición funcional del mismo.

El término adolescencia deriva del latín “*adolescere*”, que significa: crecer, madurar, desarrollarse. De acuerdo a esta etimología es concebida como una etapa de desarrollo, un proceso de maduración, perspectivas desde las cuales diversos autores llevaron adelante sus investigaciones. Ya en la antigua Roma, el escritor Marco Terencio Varrón (116-27 a.C) (2024) afirmó que “a los adolescentes se los ha llamado así de crecer”. Sin embargo, también encontramos, fruto de la confusión de algunos estudiosos, el haber homologado “*adolescere*” con “*adolecer*” cuyo significado es enfermar, sufrir, padecer, por lo cual, como recurso retórico interpretaron al adolescente como aquel que al crecer sufre y a la adolescencia como un período de crecimiento con dificultades, con carencias, llegando a hablar de las crisis de la adolescencia. En adelante iremos puntualizando estas posturas.

El estudio de la adolescencia desde diversas perspectivas dio lugar a la producción de saberes ligados a diferentes marcos teóricos “que han sido y siguen siendo los más influyentes a la hora de caracterizar estos años de transición hacia la edad adulta” (Moreno & Del Barrio, 2005, p. 24), y no solo abonaron el conocimiento sobre la misma, sino que colaboraron en mantener el interés teórico sobre un concepto que devino en una centralidad imprevista. La noción de adolescencia se anuda, en sus orígenes, a acontecimientos significativos en dos campos de producción teórica en los que se estaban buscando, desde

finales del siglo XIX, nuevas verdades que permitieran explicar el desarrollo ontogenético del ser humano y ayudaron a su propia consolidación como ámbitos científicos de pleno derecho. Enlaza, a la vez, la labor de dos hombres sobresalientes cuyas obras alcanzaron reconocimiento internacional; el descubrimiento del inconsciente y de la sexualidad infantil por parte de Sigmund Freud y la concepción de la adolescencia de Granville Stanley Hall contribuyeron a respaldar, retrospectivamente, el año 1904 como fundacional de un nuevo campo de estudio dentro de la psicología.

La sexualidad infantil desde la perspectiva freudiana significó a la infancia de modo tan novedoso que llevó a muchos especialistas a concentrarse en ella y hasta implicó el surgimiento de un nuevo niño en el campo de la ciencia. El peso de la invención y la manera en que Freud en 1905 presentó la pubertad en *Tres ensayos de teoría sexual* (1996a) contribuyeron a que, por mucho tiempo autores de los círculos psicoanalíticos adoptaran una visión del proceso adolescente que, según Mauricio Fernández Arcila, resulta como una suerte de “integración recapituladora de la sexualidad” infantil (2014, p. 90). Habiendo mostrado Freud en el primer ensayo, cita Fernández Arcila (2014), que “la sexualidad humana no está predeterminada naturalmente” (p. 90) sino que es el resultado de una génesis pulsional, en *La metamorfosis de la pubertad* Freud (2014) analiza “cómo se establece una organización sexual que en cierta forma ‘imita’ o ‘recupera’ el instinto” (p. 90), para reconocer luego, en una adición a la teoría en 1915, que “en la niñez se consuma una elección de objeto como la que hemos supuesto característica de la fase de desarrollo de la pubertad” (Freud, 1996a, p. 181).

Las implicancias de las formulaciones freudianas impactaron en los discursos y prácticas producidos por las nuevas ciencias durante el siglo XIX en general, y en la construcción de una visión de la adolescencia, en particular, que encontramos en los planteamientos de Stanley Hall (1904), quien comenzó a concebirla como un campo de estudio diferenciado dando como resultado la publicación del primer estudio científico sobre el tema y sentando ciertas bases que aún subyacen en determinadas formulaciones. Considerado, por ello, como el “‘descubridor de la adolescencia’, la concebía como un momento lleno de potencialidades, pero marcado inexorablemente por la turbulencia” (Moreno & Del Barrio, 2005, p. 24). El comportamiento adolescente, desde la concepción del psicólogo, corresponde a un patrón invariable y universal que procede de la naturaleza evolutiva humana y es independiente del ámbito sociocultural (Herrero, 2016). Su demostración de la adolescencia como un período de padecimientos que operan sobre sujetos inestables terminó imponiéndose en la psicología popular de la clase media norteamericana (Adaszko, 2005), construyendo el “*Storm and Stress*” como fórmula que caracterizaría a dicho período en los años siguientes. Fórmula que, como recuerda Mauricio Knobel (2004), al tiempo que reforzaba su carácter inevitable e inmutable, impuso la conclusión de que “sería *anormal* [esperar] la presencia de un equilibrio estable” (p. 41). Anna Freud, en tanto heredera de esta concepción, ya había afirmado que “la adolescencia constituye por definición una interrupción del plácido crecimiento que recuerda aparentemente diversos problemas emocionales y trastornos estructurales [...]. Ser normal durante la adolescencia es por sí mismo anormal” (citado por Moreno y Del Barrio, 2005, p. 26).

3.2.3. Enfoques clásicos para comprender el fenómeno adolescente

De la importante y abundante lista de autores que nutren el campo de estudio sobre la construcción de la identidad en el desarrollo del adolescente, seleccionamos aquellos que al ocuparse de aspectos específicos y desde un enfoque particular nos permiten mostrar un perfil del adolescente acorde con nuestra indagación y nos ayuden a responder nuestras preguntas. La perspectiva psicoanalítica, la psicosocial, la del ciclo vital junto con el enfoque ecológico y el constructivismo genético aportan conceptualizaciones en las que encontramos una multiplicidad de factores y características que enfatizan las transformaciones físicas y biológicas, intelectuales y cognitivas, de identidad y personalidad, sociales y culturales, morales y relativas a los valores (Dávila, 2004) con las que se han ido elaborando marcos generales que nos ofrecen sustento para fundamentar nuestro recorrido.

3.2.3.1. Adolescencia desde las teorías psicoanalíticas

Freud, decíamos, en *Metamorfosis de la pubertad* (1996a) precisó que lo propio de dicha transformación es el acceso a la sexualidad genital y describió minuciosamente las vicisitudes y limitaciones que atraviesa el joven, impuestas por la realidad social y por la propia represión sexual que le es concomitante. En el pasaje de la pregenitalidad a la genitalidad, el sujeto experimenta tres cambios cruciales: la subordinación a la genitalidad y el interés en nuevos objetos sexuales que le facilitan la salida hacia la exogamia. La emergencia de lo puberal despierta en él angustias en relación a los cambios corporales que pueden llegar a resultar desorganizantes y se instala como un momento de reorganización del psiquismo. Según Fernández Arcila (2014), Freud enseñó desde los inicios del siglo XX que “la sexualidad es el resultado contingente de una evolución histórica que podría haber tomado otros caminos y puntos de llegada” (p. 90), y que en la adolescencia -según desarrollos posfreudianos actuales- constituye una “fase nuclear de la existencia en la que los adolescentes establecen los patrones sexuales, culturales, sociopolíticos, éticos y estéticos con los que se regirán posteriormente” (Vives & Lartigue, 2018, p.49).

Otros estudios destacados fueron surgiendo a partir de la lectura que hace Lacan de las teorías freudianas de las fases del desarrollo psicosexual y del primado de la genitalidad desde la lógica signifiante, esto es, en el orden de la estructura del lenguaje (Lacan, 1976). Caracterizando su enseñanza como “ese abordar del revés el proyecto freudiano” (p. 6), trabajando sobre los que, según él, eran “los malentendidos que abrazan la idea de que habría en el sujeto algo que respondería a un aparato” (1976, p. 6) y advertido como estaba de rescatar a la teoría freudiana del campo de las disciplinas genetistas o del desarrollo, produjo conocimientos que nutrieron a no pocos investigadores cuyos estudios, inclusive, inauguraron diversas modalidades teóricas. En tal sentido, durante las décadas siguientes se fueron publicando investigaciones que muestran esas distintas miradas desde dónde se intentaba comprender a la adolescencia, de las que, a modo informativo, mencionaremos solo algunas.

El pedagogo y psicoanalista August Aichhorn (1925) publica un texto, *Juventud descarriada*, en el que intenta una articulación entre el saber psicoanalítico y el pedagógico al narrar su experiencia en uno de los primeros hogares reeducativos para jóvenes huérfanos o infractores creados en Europa. Es una obra que muestra a la adolescencia desde un ángulo opuesto al estudio que, en 1923, había presentado Siegfried Bernfeld (1975) sobre adolescentes que, alejados de la violencia y la autodestrucción, se dedicaban a actividades artísticas y culturales que les permitían poner en evidencia y compartir su espontaneidad y creatividad. En la década de 1930 aparecen trabajos que abordan la sexualidad en la adolescencia en su articulación con una mirada social. Entre ellos Wilhelm Reich, en 1931, escribió *La lucha sexual de los jóvenes* (1972) donde afirma que “la juventud sufre enormemente porque su sexualidad en maduración entra en extrema contradicción con las condiciones sociales dominantes, tanto con la educación recibida antes de la pubertad como con la situación social actual” (p. 98). Las afirmaciones de Bernfeld y Reich respecto de que podría atravesarse una adolescencia libre de conflictos y transcurriendo en circunstancias sociales favorables no atrajeron, sin embargo, el interés de los miembros de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, había que esperar varios años de práctica analítica con adolescentes para que los nuevos hallazgos clínicos y los cambios teóricos mostrasen que “las transformaciones de la pubertad son fundamentalmente mutativas para el funcionamiento y la estructura psíquica” (Fernández Arcila, 2014, p. 94).

Entre otros trabajos significativos, en 1935 Helen Deutsch publica *Psicología de la mujer* (1973) donde avanza sobre la adolescencia en el sexo femenino y discute la envidia del pene, su relación con la castración y el complejo de Edipo freudianos. Peter Blos (1981), por su parte, a partir de 1967 propone el concepto de segunda individuación en el desarrollo de la adolescencia advirtiendo que el mismo no debe concebirse como una réplica del primer proceso de separación-individuación que se verifica en la infancia sino más bien como una segunda oportunidad para resolver situaciones abrumadoras de peligro que provienen de la infancia (Blos, 1981), por lo que nos encontramos ante un colapso pasajero y una reconstitución final de funciones psíquicas.

La adolescencia no puede constituir una etapa evolutiva inconclusa. Su final responde a la ley epigenética del desarrollo. Como todos los otros periodos de la niñez, también la adolescencia pierde su impulso evolutivo, independientemente de que hayan sido cumplidas o no las tareas o desafíos propios de ella. El término de la adolescencia se produce en un momento biológico y culturalmente determinado, sea de manera normal o anormal. (Blos, 1981, p. 401)

Desarrollos más recientes, en los cuales los autores contemplan el aspecto sociocultural en su tratamiento acerca de la construcción de la identidad y la subjetividad en los jóvenes, destacamos los de Silvia Bleichmar (2009) quien al trabajar los desafíos que impone la pubertad al sistema psíquico, para lo cual el adolescente deberá emprender un trabajo de metabolización y transformación, plantea la necesidad de un nuevo anudamiento, el de cuerpo, psiquismo y cultura que lo prepara para la conquista de una subjetividad estructurante. A partir de este conflicto, motor de crecimiento, como señala Philippe Gutton (1993), lo puberal crea el acontecimiento adolescente de estructuración y reestructuración psíquica y, en el mismo proceso, termina quedando bajo el control de lo adolescente.

La adolescencia adquiere así, de la mano de los desarrollos de los primeros psicoanalistas en adelante, una centralidad definitiva que impulsó el resquebrajamiento de las ambigüedades niñez-adolescencia y adolescencia-juventud que se habían instalado y permitió mantener el interés de la comunidad científica por la continuidad de su estudio.

3.2.3.2. La Adolescencia no es un modelo universal

A lo planteado hasta el momento, que da cuenta de la impronta del discurso psicoanalítico en la distinción y centralidad otorgada al período adolescente como período específico en el desarrollo de todo individuo, cabe agregar que para Anna Freud (1992), la tarea fundamental que debe asumir todo adolescente es desligar su libido de los padres, catectizar nuevos objetos para lograr independencia afectiva y, con ello, alcanzar su autonomía. Heredera, como decíamos, de la propuesta de Stanley Hall contribuyó a reforzar la representación cultural de la adolescencia como un período caracterizado por múltiples problemas y tensiones, confusión normativa y oposiciones que refuerzan la inestabilidad propia del joven, algunas de las cuales se sostienen hoy en día. Sin embargo, como quedó explicitado, con el paso de las décadas esta mirada ha sido susceptible de controversia ya que no todos los especialistas acordaron considerar la adolescencia como una etapa necesariamente tormentosa y altamente estresante.

Entre los desarrollos realizados durante las primeras décadas del siglo XX, Margaret Mead, psicóloga norteamericana postgraduada en antropología, en 1924 buscaba

...probar en qué medida los problemas de la adolescencia -llamados en alemán *Sturm und Drang* y *Weltschmerz*- dependían por una parte de las actitudes de una cultura dada y por otra de las particularidades inherentes al desarrollo psicobiológico de la adolescencia con todas sus discrepancias, crecimiento desparejo y nuevos impulsos. (1972, pp. 122-123)

Así, las transformaciones puberales quedan asociadas con cambios en los estatus sociales pero la naturaleza de los mismos dependerá de la comunidad, la cultura y el sector social en que están insertos los jóvenes (Mead, 1967). Por lo tanto, no en todas las sociedades la adolescencia supone un período de crisis personal familiar o social, ni las crisis emocionales del adolescente son una realidad de carácter psicológico inevitables, sino que están canalizadas socialmente. Esta mirada enfatiza la variabilidad cultural del reconocimiento y expresión personal de lo puberal (Lozano, 2014). Podría decirse, siguiendo a Carles Feixa (2011), que la adolescencia es más una construcción cultural con evidente base biológica que una etapa evolutiva natural, común y fija a todas las sociedades y épocas. “Es la sociedad la que determina los valores para esta etapa de la evolución humana” (Lozano, 2014, p.25). En resumen, la crítica antropológica generó un fuerte debate en cuanto al concepto de adolescencia.

Algunos autores del campo de la psicología y la pedagogía redefinieron sus perspectivas y hoy la mayoría de los psicólogos rechazan la idea universal de que la adolescencia es tormentosa y tensa (Arnett,

1999; Kett, 2003). Sin embargo, “la crítica generacional no ha conseguido todavía deconstruir los estereotipos predominantes sobre los grupos de edad subalternos, percibidos a menudo como preparación al - o como regresión del - modelo adulto” (Feixa, 1996, p. 15).

3.2.3.3. Adolescencia desde la perspectiva psicosocial

Junto a la obra de Mead, con sus aportes desde un marco social general y antropológico en particular, podemos agregar la de otra antropóloga y etnóloga clásica vinculada a la antropología cultural, Ruth Fulton Benedict, quien definía a la antropología como la disciplina que estudia las diferencias entre las tradiciones culturales y afirmaba que el grado de dificultad de la transición adolescente hacia la adultez estaba determinada por la mayor o menor discontinuidad de las pautas de socialización. En su libro *El Hombre y la Cultura* (1971) pone de manifiesto que, a diferencia de otras propuestas teóricas, el interés debía centrarse en “las culturas” y en su impacto en la configuración del hombre. El énfasis en las culturas completas, tal como propone esta mirada, esto es, en el conjunto que surge de considerar a las culturas y sus características más el conjunto mismo como tercer elemento, es una parte importante de la perspectiva cultural relativista que instala que las culturas deberían ser estudiadas. Y la configuración cultural enfatizada por la antropóloga (1971) propone una manera de ampliar la comprensión de las culturas estudiadas al integrar los datos adecuados alrededor del concepto de las configuraciones culturales. Para la construcción de su pensamiento, Benedict fue influenciada por los desarrollos de la Psicología de la Gestalt (Köhler, 1972) cuyos representantes habían hecho trabajos sorprendentes para la época, al justificar la importancia de haberse centrado, como punto de partida, en el todo más que en sus elementos constitutivos.

Los psicólogos de la Gestalt nos han mostrado que, en el sentido de la percepción más simple, ningún análisis de las percepciones separadas puede considerarse como la experiencia total. No es suficiente dividir las percepciones en fragmentos objetivos. La estructura subjetiva, las formas dadas por la experiencia anterior, son cruciales y no pueden ser omitidas. (Benedict, 2010, p. 182)

Según la Psicología de la Forma, los individuos no experimentan sensaciones simples y luego las combinan formando otras más complejas, sino que perciben configuraciones como totalidades. Su mente es activa y ante un estímulo sensorial busca interpretarlo como parte de modelos o configuraciones mentales para dotarlo de significado. En este sentido, Benedict (2010) entiende que cada cultura modela el carácter de los individuos de una sociedad, aunque éstos no sean conscientes de ello.

Las culturas como algo más que la suma de sus características, en cada nivel de complejidad, “deben su éxito a la adquisición de la cultura integrada y lo curioso es que puede haber varias configuraciones posibles” (Benedict, 2010, p. 180), además causan la conducta de los individuos ya que lo que explica las diferencias entre los grupos humanos es, precisamente, la influencia que sobre ellos tiene la cultura.

En las décadas siguientes, las categorías creadas por los estudiosos de la relación “cultura y personalidad” aportaron propuestas que sirvieron para generar profundas e interesantes discusiones dando lugar a diversas posiciones antagónicas. La utilización de los modelos culturales que representa Benedict (2010), por ejemplo, fue cuestionada por su reduccionismo extremo de las categorías culturales cuando intenta caracterizar al individuo; una metodología necesaria de reducción a tal extremo para que dichos modelos puedan explicar la conducta humana a través de ellos.

La principal razón de que los antropólogos psicológicamente orientados se hayan apartado de las particularidades culturales cuando se trataba de definir al hombre y hayan optado por principios universales era, precisamente, el temor de caer en ese relativismo cultural, que estaba en su apogeo en los años de la década de 1940, cuando intentaban explicar las importantes variaciones de la conducta humana (Reynoso, 1993). La relación cultura y personalidad fue debatida desde la antropología y la psicología dando nacimiento, como veíamos, en los años de 1950 y 1960 a la antropología psicológica como un intento de tomar distancia del pasado teórico reciente. En la década de 1960 se sumaron al debate los sociólogos Alfred Lindesmith y Anselm Strauss (citados por Reynoso, 1993) entre otros, reclamando que estos desarrollos olvidaban la importancia de la interacción del individuo con las instituciones económicas, políticas y sociales no primarias que, según ellos, impactan en la personalidad produciendo cambios significativos. En las décadas siguientes surgieron otras miradas. Una, según la cual la personalidad es concebida como “un mediador entre diversos aspectos de la cultura” (Linton, 1979; Whiting y Child, 1953, citados por Reynoso, 1993, p. 25) y otra, representada por Axel Inkeles, Daniel Levinson y Melford Spiro (citados por Reynoso, 1993) que propone “la existencia de ‘dos sistemas’ complementarios, uno para la satisfacción de las necesidades psicológicas y otro para la realización de las funciones que están institucionalizadas en la estructura social” (p. 25).

Esta apretada síntesis cronológica intenta mostrar los debates que se fueron suscitando al abordar las relaciones que guardan entre sí los múltiples aspectos de la existencia humana que han de tenerse en cuenta cuando se intenta definirlos y relacionarlos entre sí para explicar la diversidad identitaria y cultural. Controversias que fueron dando lugar al surgimiento de nuevos constructos teóricos y diseños metodológicos que confluyeron hacia la construcción de concepciones en las cuales los factores biológicos, psicológicos, sociológicos y culturales se integran como variables dentro de sistemas unitarios de análisis. En este sentido, Clifford Geertz es, precisamente, quien dentro de los estudios culturales representa un giro en la antropología y en las ciencias sociales cuanto se trata de analizar la cultura en las diferentes sociedades y de lograr una imagen del hombre lo más exacta que fuera posible. Reformuló el concepto y el papel de la cultura en la vida humana, concibiéndolos ya no como “complejos de esquemas de conducta -costumbres, tradiciones, conjuntos de hábitos-, sino como una serie de mecanismos de control -planes, reglas, instrucciones- que gobiernan la conducta” (2003, p. 51) y redefinió al hombre poniendo el acento no tanto en los caracteres comunes de su conducta a través del tiempo sino sobre todo en “los mecanismos por cuya acción la amplitud y la indeterminación de las facultades inherentes al hombre quedan reducidas a la estrechez y al carácter específico de sus realizaciones efectivas” (2003, p. 52).

Por lo tanto, la perspectiva psicosocial considera relevante y determinante el papel de la socialización en la transición del sujeto adolescente hacia la adultez, ya que se presenta una “necesidad de adoptar nuevos papeles sociales que comprenden nuevos comportamientos, actitudes, valores y también una nueva definición de sí mismo” (Moreno & Del Barrio, 2005, p. 26). Llevar a cabo estos procesos supone el contacto con los otros, por lo que cabe destacar que nos encontramos ante un gran componente social que forma parte de nuestra identidad. En este sentido, al hablar de identidad se alude también, inevitablemente, a la “*identidad social* (o) colectiva, entendida como un *nosotros*” (Herrero, 2016, p. 113). Se puede decir entonces que “la identidad es un dilema entre la singularidad de uno(a) mismo(a) y la similitud con los otros” (De Rojas, 2004, p. 490).

La tarea fundamental de todo joven en esta fase es “saber ‘quién soy yo, cuál es mi papel en la sociedad y en qué voy a convertirme’” (Sollod, et al., 2009, p.191). Erik Homburger Erikson, el “arquitecto de la identidad”, según Lawrence Friedman (2000), y para muchos el más influyente teórico del desarrollo psicosocial de la personalidad y de la corriente psicoanalítica en relación con la infancia y la adolescencia (Alexander, et al.,1984; Muuss, 1996), nos ilumina con “dos contribuciones importantes estrechamente relacionadas: una psicología psicoanalítica del yo y una teoría del desarrollo psicosocial en el ciclo de vida” (Sollod, et al., 2009, p. 189). Concentrando su atención en las interacciones y las relaciones de la persona con los demás, busca entender cómo se forma la personalidad a lo largo de la vida y concibe a la adolescencia como el “periodo en que empieza a moldearse la estructura de la personalidad, como [una] consecuencia del desarrollo en la niñez, en una forma más coherente” (2009, p. 191).

Erikson describe al yo como el centro de la identidad individual. Fue quien propuso por primera vez el concepto de «crisis de identidad» y quien caracterizó al desarrollo del yo como el proceso que lleva a la adquisición de una identidad referenciada a una cultura determinada, incorporando con ello la dimensión sociohistórica (Lozano, 2014). A través de las crisis de la vida, el yo va obteniendo fortalezas para dominar “los enigmas planteados por la realidad interna y externa, en una secuencia inalterable de etapas psicosociales” (Sollod, et al., 2009, p. 208). En este sentido, la identidad como proceso biopsicosocial, implica al “cuerpo como entidad biológica donde lo físico y lo cognitivo actúan en íntima interrelación, como el cuerpo en tanto lugar simbólico donde lo cultural modela y deja su huella” (Herrero, 2016, p. 144).

3.2.3.4. Adolescencia desde el desarrollo cognitivo

Entre los estudios dedicados a relacionar las transformaciones de la estructura del pensamiento con la experiencia adolescente, destacamos el constructivismo genético de carácter dialéctico de Piaget e Inhelder (2007) porque inauguró la investigación científica de los orígenes y el desarrollo de las facultades intelectuales desde la infancia hasta la descentración que, al final de la misma, prepara la adolescencia. Convertido en una de las figuras claves de la psicología del siglo XX, en *Psicología del niño* (2007), escrito junto a Bärbel Inhelder, ofrece un sumario sobre la formación de las funciones mentales o, lo que es lo mismo, “el desarrollo

de las conductas hasta esa fase de transición, constituida por la adolescencia, que marca la inserción del individuo en la sociedad adulta” (p. 11). Planteó que la misma representa el coronamiento del proceso natural adaptativo en el plano cognitivo con la aparición de la estructura de pensamiento proposicional que le permite al joven operar con proposiciones verbales o simbólicas (Saavedra, et al., 2016). En estos desarrollos teóricos no se limita a considerar sólo los factores de maduración biológica, sino que, admitiendo la importancia de la influencia del ambiente, contempla también aquellos aspectos que dependen del ejercicio o de la experiencia adquirida tanto como los provenientes de la vida social.

El estudio del desarrollo cognoscitivo es, a partir de su alternativa epistemológica, una herramienta útil para comprender la progresión de la construcción estructural del pensamiento “como un conjunto de procesos funcionalmente continuos y estructuralmente discontinuos que se inician en los niveles más elementales, en el niño, y se continúan hasta las formas más abstractas de la ciencia” (Arias, 2006, pp. 156-157).

Reconociendo a la adolescencia como la “edad de los grandes ideales o del comienzo de las teorías, sobre las simples adaptaciones presentes a lo real” (Piaget, Inhelder, 2007, p. 131), Piaget la describe como ese tiempo de una expansión afectiva y social facilitada por la “transformación del pensamiento (que se viene produciendo) y que haga posibles la elaboración de las hipótesis y el razonamiento sobre las proposiciones desligadas de la comprobación concreta y actual” (2007, p. 131). Admite que la socialización y las transmisiones culturales juegan un papel muy importante en la generación de los cambios afectivos típicos que se vivencian y asumen en este tiempo, y sugiere a los psicoanalistas y a los psicólogos clínicos tenerlos en cuenta cuando formulan sus interpretaciones de los cambios que acontecen. Ampliar su mundo abarcando la realidad y la ficción más allá del presente y elaborar teorías sobre sí mismo y sobre la humanidad para insertarse en el mundo adulto implica que la nueva estructura mental que se construye ha de integrarse a la precedente y que, gracias a sus nuevos instrumentos deductivos, pueda el joven liberarse, en parte, de su pasado e inaugurar actividades nuevas que lo orienten hacia el porvenir.

En este sentido, Piaget advierte que para dar cuenta de estas transformaciones tanto la psicología clínica como el psicoanálisis suelen centrar sus hipótesis en la reedición del Edipo, del narcisismo y de las sucesivas identificaciones con modelos que permitan la liberación de las elecciones de objetos infantiles y se ocupan muy poco del “papel de la autonomía concreta adquirida durante la segunda infancia ni el de las construcciones cognoscitivas que permiten la anticipación del futuro y la apertura a los valores nuevos”(2007, p. 149). Con el pensamiento formal, enfatiza, el joven adquiere “una dimensión más en el empleo de ‘valores ideales y supraindividuales”’ (2007, p. 149). Tal como lo ejemplifica Itziar Etxebarria (2001), durante la adolescencia parecen incrementarse las actitudes altruistas gracias al desarrollo de nuevas aptitudes cognitivas que favorecen la empatía o capacidad para ponerse en el lugar del otro como tomar conciencia de que las experiencias vitales trascienden la situación inmediata. Esto se debe a la emergencia de una nueva habilidad favorecida por el acceso al razonamiento hipotético deductivo y a la prueba experimental (Piaget, 2007). Esta habilidad para pensar en abstracto, según Diane Papalia y Sally Olds (2005), habilita a los jóvenes para entender los principios morales universales. Afirman que, cuando los procesos de pensamiento maduran, los adolescentes son más capaces de pensar acerca de su propia identidad, de entablar relaciones adultas

con las demás personas y de determinar el momento y la modalidad de su integración a la sociedad. En este sentido, algunas diferencias importantes entre el niño y el adolescente son este pensamiento que va más allá del presente, la capacidad para construir teorías, poder reflexionar sobre su propio pensamiento y la asimilación de las ideologías y las escalas de valores características de la sociedad de su tiempo (Herrero, 2016); cualidades diferenciadas respecto del periodo de la niñez pero compartidas con el adulto, ya que, más allá del tiempo de desarrollo de cada uno, adolescente y adulto logran construir un pensamiento analógico formal y un razonamiento lógico como expresión máxima de su desarrollo cognitivo.

Las transformaciones de las sociedades contemporáneas, con los cambios socio-históricos que han ido teniendo lugar, produjeron cambios de paradigmas que suponen el surgimiento de replanteos en relación al lugar de la adolescencia y del adolescente. En este camino, se destaca la labor pionera de Piaget, quien inauguró una nueva epistemología que ayudó a que el determinismo de la infancia que, desde distintas vertientes teóricas, había acaparado la atención de los investigadores en el campo de la educación, la psicología y el psicoanálisis -tal como quedó presentando- fue abriéndole paso a desarrollos sobre la especificidad del lugar, las características y, con ello, la importancia de este periodo de la vida y del sujeto que lo transita, lo cual no hará más que aumentar con el correr del siglo XX y, como tal ayudaron a borrar las ambigüedades que, en un primer momento, impedían una clara distinción entre niño y adolescente. Asimismo, junto a aquellos autores que no diferenciaban adolescencia y juventud (Erikson, 1980; Ausubel, 2002), otros para quienes tal distinción era útil y necesaria, producían saberes (Sullivan, 1974; Blos, 1981).

3.2.3.5. Adolescencia desde el enfoque ecológico y la perspectiva del ciclo vital

Entre las diversas perspectivas teóricas acerca del desarrollo humano durante fines del siglo XIX y principios del siglo XX se destaca una mirada naturalista e innatista que busca un patrón universal del mismo. Sin embargo, en el transcurso de la segunda mitad del siglo pasado surge un creciente interés por dar cuenta acerca del impacto de los factores culturales e históricos en dicho proceso (Lombardo & Krzemien, 2008).

Si pensamos que el desarrollo tiene su origen en el contexto sociocultural en el que se encuentra el individuo,

el producto final de [éste] también es único, [ya que es] afectado por el nivel de complejidad alcanzado por la cultura en la que vive. Si, por el contrario, consideramos el origen del desarrollo en una fuente interna, sean cuales fueren sus características, el producto final estaría preformado en los procesos mismos que le dan origen y que serían universales. (Lombardo & Krzemien, 2008, pp. 112-113).

Por lo tanto, “los individuos cambian en un contexto biocultural cambiante... Esta cuestión implica que el estudio evolutivo debe considerar al menos dos flujos de sistemas cambiantes interactivos: el individuo y la sociedad... o la evolución ontogenética y biocultural” (Baltes, 1983, p. 258)

Partiremos del aporte del Enfoque Ecológico que surge en 1979 tomado como marco conceptual por la Perspectiva del Ciclo Vital a partir de su emergencia en 1983, buscando promover una visión integral del sujeto teniendo en cuenta las diversas influencias que lo abordan valiéndonos de los

avances en la investigación científica y en los diseños metodológicos (que) han sentado las bases para nuevas concepciones acerca del desarrollo (replantando, de esta manera) el peso del factor biológico hacia la consideración de la influencia recíproca de factores culturales e históricos. (Lombardo & Krzemien, 2008, p. 111)

3.2.3.5.1. Enfoque ecológico

El Enfoque Ecológico y la Perspectiva del Ciclo Vital presentan una mirada relativamente actual que propone una visión integral del sujeto teniendo en cuenta una estructura en la cual éste está inserto, sumergido en una serie de sistemas que forman parte de su desarrollo vital e influyen en el mismo, tanto a nivel cognitivo, como moral y relacional.

Ante esto, propone una mirada integral del individuo teniendo en cuenta las diversas influencias que lo alcanzan y toma como “marco conceptual, (lo que) Urie Bronfenbrenner (1979) refiere como *ecología del desarrollo humano* (o teoría ecológica), la cual resulta especialmente valiosa cuando se trata de dar cuenta del contexto del ciclo vital” (Ruiz & Valdivieso, 2002, p.18), ya que

contempla el desenvolvimiento humano en forma ampliada, focalizado en las interacciones mutuas entre el individuo y su ambiente, (por lo que) esta propuesta es útil para comprender la influencia dinámica de múltiples factores en el desarrollo del niño o adolescente (Morelato, 2011, p. 209).

Dicho en otras palabras, el presente enfoque “propone estudiar a los individuos dentro de un contexto compuesto por niveles de coordinación múltiples e integrados, entre los que se incluyen el biológico, el individual-psicológico, el interpersonal-social, el institucional, el cultural y el histórico” (Lerner & Galambos, citado en Moreno & Del Barrio, 2005, p. 28). Al ser un modelo interaccional, bidireccional y recíproco (Morelato, 2011), nos permite comprender la transición de la adolescencia a la adultez, resolviendo la ambigüedad adolescente-adulto desarrollado en el capítulo cuatro.

En su libro *La ecología del desarrollo humano*, Bronfenbrenner (1979) presenta el ambiente ecológico compuesto por una serie de estructuras que se retroalimentan mutuamente, generando una interacción entre ellas, es decir, se trata de una interacción entre diversos contextos en los que participa un individuo, de la que subrayamos la intercomunicación concomitante a tal proceso. Dichas estructuras o subsistemas son cuatro: microsistema, mesosistema, exosistema y macrosistema.

De acuerdo a Gabriela Morelato “el microsistema está relacionado con las actividades y roles del niño en su medio inmediato. Señala los aspectos cotidianos de la casa, la escuela, el trabajo, las relaciones

directas con los padres y hermanos” mientras que el macrosistema se encuentra “compuesto por los patrones culturales vigentes tales como creencias, ideologías, valores, sistemas políticos y económicos que son internalizados de forma activa por el individuo influenciando sus comportamientos” (2011, p. 210).

El individuo se desenvuelve en este conjunto de subsistemas que conforman, a su vez, un sistema caracterizado por roles, normas y reglas determinadas sujetas a un movimiento dinámico dependiendo del contexto histórico en el que se desarrollen. Por lo tanto, en el ciclo vital de las personas podrán repercutir, ya sea directa o indirectamente, diversas modificaciones posibles.

Cabe así considerar algunas tendencias prevalentes en el siglo XXI, relacionadas con el *exosistema*, como son los avances de la neurociencia, la genética, la biotecnología, la nanotecnología, las tecnologías comunicacionales (incluyendo el impacto de un mundo interconectado virtualmente: “la aldea electrónica”), así como los cambios demográficos. (Ruiz & Valdivieso, 2002, p. 18)

Por lo tanto, el sistema con sus respectivas características influirá significativamente en el rol tanto de los adultos como de los adolescentes, por lo que la íntima relación que subyace al “adolescente en su contexto”, ambos conformando un único sistema, determinará el posicionamiento y la imagen que vaya asumiendo el joven así como la manera en que sea visto y considerado por los otros. De este modo se puede afirmar que ser adolescente, además de la evolución biológica que lo caracteriza, es «una experiencia sensible a las condiciones históricas y sociales» (Cohen, 2015, p. 63).

3.2.3.5.2. Perspectiva del Ciclo Vital

Como afirma Moreno y Del Barrio (2000) el enfoque ecológico presta especial atención al marco sociocultural que dota de significado a los diversos cambios y acontecimientos que impactan y condicionan el curso vital del sujeto. Por ejemplo, en cuanto a la adolescencia, esta es susceptible y vulnerable a diversas variables que afectan la continua e intensa búsqueda de la identidad, por lo que su conformación se destaca como uno de los trabajos psíquicos principales de dicho tránsito.

Sin embargo, no solo la adolescencia resalta por ser un periodo permeable a una serie de cambios, ya que, tomando como marco de referencia la Perspectiva del Ciclo vital consideramos “la totalidad de la vida como una continuidad de cambios, destacando parámetros históricos, socioculturales, contextuales, y del acontecer cotidiano e individual, como prevalentes sobre cualquier clasificación etárea, o en la que predomine la edad como criterio” (Ruiz y Valdivieso, 2002, pp. 19).

Esto se debe a que

en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX, se van produciendo cambios en las perspectivas teóricas acerca del desarrollo humano, y una de las características de estos cambios es el creciente interés acerca de la influencia de factores culturales e históricos en aquel proceso (Lombardo & Krzemien, 2008, pp. 112).

Por ejemplo, “tanto el desarrollo, como el envejecimiento tienen significados, no solo biológicos, sino culturales, que, en todo caso, superan concepciones unidimensionales, estáticas y limitantes (Ruiz y Valdivieso, 2002, pp. 20). En el mismo sentido, Paul Baltes (1987), quizá uno de los autores más representativos del estudio de la Psicología del Ciclo Vital, sostiene que se ha superado la conceptualización clásica del desarrollo como unidireccional, secuencial, irreversible y universal. “Quienes comparten la perspectiva del ciclo vital (Thomae, Lehr, Birren, Neugarten, Baltes, entre otros), en una u otra forma, consideran como rasgos característicos del curso de la existencia humana la multidimensionalidad, la multidireccionalidad, la plasticidad y la discontinuidad” (Ruiz y Valdivieso, 2002, pp. 20) por lo que no existen trayectorias únicas del desarrollo (Baltes, et al., 1998), ya que “algunos aspectos se mantienen, a la vez que en cualquier tiempo surgen otros nuevos” (Ruiz y Valdivieso, 2002, pp. 20). Es por este motivo que el presente enfoque se orienta tanto al desarrollo ontogenético como al marco cultural histórico generacional (Baltes, et al., 1980), dado que, para el autor, no se puede entender el desarrollo ontogenético sin tener en cuenta el contexto en el cual se despliega.

Continuando en la misma línea, como afirma Bernice L. Neugarten (1968),

la importancia de la edad cronológica (constructo demográfico, más que funcional) es relativa, debido a que la edad por sí misma no es un factor causal, explicativo o descriptivo, ni una variable organizadora de la vida humana. Así tiende a perder importancia cualquier clasificación de la vida por etapas, dado que los hitos culturales y biológicos son cada vez más inexactos e inesperados (Ruiz y Valdivieso, 2002, pp. 20).

No obstante, “la sociedad construye y propone un modelo a las personas, una especie de organizador del desarrollo de sus vidas. Incluye un sistema de normas, comportamientos esperables, roles según la edad y las instituciones sociales también responden a ese sistema organizando el trayecto de la vida” (Lalivé d’Epinay, et al., citado en Lombardo & Krzemien, 2008, p. 115). Situándonos en la sociedad actual, siguiendo a los autores, consideramos que diversos “relojes sociales”, se han ido modificando o más bien “licuando” ya que “la definición cultural de cualquier condición de la vida depende tanto de la historia y biografía del individuo, como del contexto en el que se encuentra y del espíritu cambiante de los tiempos (Ruiz y Valdivieso, 2002 pp. 23). Es por este motivo que la relación entre la edad cronológica y la subjetividad es relativa a cada individuo, teniendo en cuenta el contexto sociohistórico en el que se encuentre sumergido (Villar, 1999). “Hay quienes tienden a entenderlo así al afirmar, por ejemplo, *“aunque tengo 70 años, me siento como de 50”* (2002, pp. 22).

La Psicología del Ciclo Vital nos resulta un marco adecuado para afrontar la perspectiva de una sociedad adolescentizada, ya que nos situamos ante un gran peso sociocultural en cuanto a las maneras diversas de ser, en contraposición a la edad como factor cronológico determinante; causa actual de la falta de referentes adultos debido a la paridad de estos con los adolescentes.

3.2.3.6. Modernidad y Posmodernidad

Referirnos a lo antiguo y lo nuevo suele remitirnos a la historia, en el caso que nos ocupa, a quiebres en el curso de la historia. El “nuevo presente” que una amplia diversidad de autores significaron, a su turno, como “modernidad” fue vinculado por muchos de ellos al Renacimiento, nombre con el que designaron en el siglo XIX al movimiento cultural registrado en la Europa occidental durante los siglos XV y XVI, más precisamente al período de transición entre la Edad Media y los inicios de la Edad Moderna.

Se suele llamar ‘Renacimiento’ a un período de la historia de ‘Occidente’ caracterizado por varias notas: resurrección de la Antigüedad clásica; crisis de creencias e ideas; desarrollo de la individualidad o ‘descubrimiento del hombre como hombre’; concepción del Estado como obra de arte; descubrimiento de nuevos hechos y nuevas ideas, ampliación del horizonte geográfico e histórico; fermentación de nuevas concepciones sobre el hombre y el mundo; confianza en la posibilidad del conocimiento y dominio de la Naturaleza; etc. Puede verse fácilmente que estas y otras notas que podrían agregarse son tan diversas y en parte tan contradictorias entre sí, que no permiten caracterizar el período en cuestión con razonable vigor. (Ferrater Mora. 2004, pp. 3066-67)

Esta multiplicidad de notas, a las que se refiere el autor de la cita precedente, hizo que los distintos autores se valiesen de algunas de ellas -y aún sumaron otras- para caracterizar este período generando además “muchos debates acerca de las características propias del [mismo] y acerca también de sus límites temporales, aun admitiendo que tales límites no pueden ser determinados nunca con precisión, y cambian según los países” (2004, p. 3067).

En este sentido, podemos encontrar que el término “moderno” aparece ya en el siglo V y su finalidad fue poder distinguir con él un presente, oficialmente convertido en cristiano, del pasado romano-pagano. Con un contenido diverso, y tal como enseña Jürgen Habermas (1985), veremos reaparecer el concepto en ciertos períodos en los que se constituyó una suerte de conciencia de una nueva época que estaba surgiendo pero que guardaba una relación renovada con lo antiguo que pretendía dejar atrás. Nueva época que se comprende a sí misma como el resultado precisamente de la transición de la antigüedad a lo moderno.

No hay, entonces, acuerdo entre los autores para determinar el comienzo del período histórico llamado “moderno”, más aún vemos cómo el mismo término caracteriza como tal a lo nuevo que emerge y que será superado cuando aparezca la próxima novedad. Siguiendo a José Ferrater Mora (2004), con el término “modernismo” se designa “toda tendencia a acoger y aun a exaltar lo moderno, sea éste lo que corresponde al período histórico, o bien todo lo más nuevo y reciente de cualquier época (p. 2434).

De la lectura de Habermas (1985), constatamos que, en el siglo XII, durante el reinado de Carlomagno, la gente se consideraba moderna. Lo mismo ocurrió en Francia en el siglo XVII, en las postrimerías del 1600, con el conocido debate o “*querelle* entre antiguos y modernos” (Baumer, 1985, p. 119), esto es la comparación entre los autores considerados clásicos y los que en cada momento han sido tenidos por actuales. Incluso Guillermo Obiols planteó que “debemos entender por Modernidad fundamentalmente el pensamiento del siglo

XVIII” (1993, pp. 248/249). Según el autor, lo que prometían las ciencias modernas eran el progreso infinito del conocimiento y el avance interminable hacia mejoras sociales y morales.

La sociedad, por su parte, reforzaba la promesa sosteniendo también la idea de un progreso en el sentido de un cambio de mentalidad que implique un bienestar para vivir mejor tanto en sentido material como espiritual, “el amor como consideración hacia el otro y la capacidad de espera para lograr lo deseado” (1993, p. 250). Este cambio configuró una nueva forma de conciencia moderna, un cambio paradigmático en la visión del mundo -referido en este momento al abandono del teocentrismo y la asunción del antropocentrismo renacentista- que seguirá transformándose a lo largo del tiempo.

Durante el siglo XIX, el espíritu modernista de la época que había radicalizado su conciencia de la modernidad, llegó a romper todo vínculo histórico específico -baste como ejemplo la radicalización de la diferencia humano/no humano y humano/animal-, movimiento que devino en un nuevo “modernismo” que al establecer “una oposición abstracta entre tradición y presente [hace que], en cierto sentido, todavía [seamos] contemporáneos de esa modernidad estética” surgida por primera vez a mediados del siglo XIX (Habermas, 1985, pp. 20-21). Las consecuencias de estas transformaciones fueron los nuevos valores centrados, entre otros, en el individuo, la razón, la ciencia, lo empírico, la producción, el futuro, que determinaron rasgos de identidad novedosos en el hombre, que marcan la prevalencia de “la racionalidad como identidad del hombre occidental” (Velásquez Pérez, 2007, p. 97).

Sumado a esto, en la década de 1880 Freud había comenzado a referirse a la noción de subjetividad que, “a diferencia de otras explicaciones psicológicas, ponía en el pasado y en el tiempo la clave de su interpretación” (Hernando, 2018, p. 99). Fue así como el discurso social transformó, en el siglo XIX, “las bases más profundas que hasta entonces lo habían regido” (2018, p. 99) y las expresiones que daban cuenta de nuestra comprensión del yo se fueron modificando notoriamente (Gesto, 2000). Luego de la visión romántica que heredamos sobre todo del siglo XIX, en la cual el yo atribuía a cada individuo rasgos de personalidad como pasión, alma, creatividad y temple moral, en el siglo XX surgió una cosmovisión según la cual “las principales características [del sujeto] tienen que ver con su capacidad de raciocinio para desarrollar conceptos, opiniones e intenciones conscientes” (2000, p. 33).

Nace, en este contexto, el concepto de individuo que, como derivado de individualidad, es caracterizado como ser estético, sujeto a normas, que reconoce al otro y alcanza cierto grado de singularidad dentro de un colectivo, marcando su dependencia con respecto a los grupos. Por el contrario, como derivado de individualismo, en tanto no hay reconocimiento del otro y tampoco lo hay de los códigos éticos y sociales, se refiere a un conjunto de creencias, valores y prácticas culturales en el que los objetivos individuales predominan sobre los grupales (Luna, 2006; Bonnefoy, et al., 2002).

Abocado a la investigación de la historicidad del proceso de construcción de la identidad colectiva, Josexto Beriain (2000) planteó que en los ideales de la modernidad el poder se proyectaba en el hombre, en cambio lo posmoderno, afirma Argiro Velásquez Pérez (2007), “implica la crisis de esta asignación del poder

en el individuo y en los valores propios de la modernidad” (p. 96). Mary Midgley (citada por Hernando, 2018) argumenta que la idea que propone la Ilustración acerca de que

el individuo es ‘una voluntad usando un intelecto’, capaz de generar un pensamiento ‘imparcial, desapegado, racional e impersonal’, es uno de los tantos mitos con los que opera nuestra cultura, ya que razón y emoción no pueden deslindarse entre sí (p. 34).

Los estudios neurológicos de finales del siglo XX y primeras décadas del XXI comienzan a plantear, precisamente, la misma conclusión: “el sustrato de un sentimiento se completa con los cambios en los procesos cognitivos que son inducidos simultáneamente por sustancias neuroquímicas” (Damasio, 2013, p. 175).

Esther Díaz investigó cómo las cosmovisiones sociales y culturales de los últimos decenios del siglo pasado contradicen los ideales modernos y se encontró con que la pregunta ya sobrevolaba la historia desde mediados del siglo XX. Concretamente, se trataba de dilucidar

si después de la hecatombe tecnocientífica, política, estética y ética que estremeció al mundo, desde fines del siglo XIX hasta mediados del siguiente, seguían en pie los ideales del proyecto moderno, [tanto como] si las realizaciones concretas, la construcción de subjetividades y las prácticas sociales se establecían de modo moderno o respondían a otro imaginario social. (Díaz, 2005, p. 9)

En el mismo sentido, el filósofo y sociólogo Jean-François Lyotard se pregunta cómo, a partir de las heridas infringidas al ideal moderno, se puede seguir pensando “como decía Hegel, que todo lo real es racional y que todo lo racional es real después de los campos de concentración” (citado por Obiols, 1993, p. 266). Lyotard denominaba peyorativamente “grandes relatos” a las utopías o proyectos para fundamentar y legitimar a las instituciones, las legislaciones, las prácticas sociales y políticas, las éticas y los modos de pensar, relatos que finalmente han entrado en crisis ya que ciertos acontecimientos los han invalidado. Se trata de la muerte de las ideologías o de las utopías, es el fin de los “grandes relatos”, de esas ideas que apuntando al futuro prometían emancipar a la humanidad (Lyotard, 1991).

Fruto de sus investigaciones, Díaz aclara que cuando se refiere a que lo “moderno” ha sido superado por lo posmoderno no se está refiriendo al sentido novedoso actual que encierra el término ni tampoco a la era Moderna. Se refiere a “un movimiento histórico-cultural que surge en Occidente a partir del siglo XVI y persiste hasta el XX” (1989, p. 16), en el cual se han ido resquebrajando marcadamente los ideales modernos, muy especialmente “los valores cognitivos, económicos, estéticos, míticos-religiosos, políticos, éticos y eróticos” imperantes en nuestra cultura (1989, p. 17). Afirma que la modernidad, preñada de utopías, apuntó al futuro donde todo había que hacerlo en pos de un mañana mejor, en cambio nuestra época, desencantada, tiende a desembarazarse de las utopías.

El filósofo y sociólogo Zygmunt Bauman (2007), para hablar de posmodernidad recurre al término “modernidad líquida” y señala que las sociedades actuales tienen rasgos diferentes a las modernas de principios del siglo XX. Con la palabra “líquida” pretende destacar la idea de fluidez y plantea que, por su gran

movilidad, a los fluidos se los asocia con liviandad o levedad, términos que a su vez relaciona con las ideas de movilidad e inconstancia. Estas razones justifican, para él, que “fluidez” o “liquidez” son metáforas adecuadas para aprehender la naturaleza de la fase actual -en muchos sentidos *nueva*- de la historia de la modernidad” (2007., p. 8). Una de las cuestiones relevantes que aborda en su texto, *Modernidad Líquida*, es que el individuo al experimentar cierta disolución del sentido de pertenencia social se va abriendo paso a la preeminencia de una marcada individualidad. El ser humano se siente más seguro estando solo que amparándose en una comunidad; solo se expresará y accionará entre aquellos a quienes considere de su propia clase. El “no hables con extraños’ -que era antes una advertencia de los padres a sus hijos indefensos- se ha convertido ahora en un precepto estratégico de la normalidad adulta” (2007., p. 118).

Por otra parte, como plantea Gilles Lipovetsky en un artículo de 1992, si “el individualismo contemporáneo es inseparable de la búsqueda de la identidad, de la calidad de vida, de la diversidad” (2015, párr. 19), en la lógica individualista posmoderna ha habido una “revolución del espacio privado como también una mutación del espacio público” (2015, párr. 20). En esta nueva etapa se desarrolla “un fenómeno de desafección frente a los grandes sistemas de sentido y representación” (2015, párr. 20). Para el autor, también se trata del fin de las grandes utopías sociales como el decaimiento de la creencia sobre la transformación del mundo, de la esperanza en la revolución, de la posibilidad de destrucción del capitalismo y de la economía de mercado.

En este sentido, en la geografía conceptual de las teorías actuales referidas a este marco que moldea tanto a sujetos como instituciones y prácticas sociales, los debates entre los autores presentan coincidencias y controversias llegando a conmover diversos ámbitos de la cultura. Si lo que mejor caracteriza a este momento es el cambio de la relación entre espacio y tiempo, entonces la física, filosofía, sociología, literatura, arte, arquitectura, economía, política, entre otros, han debido ampliar su horizonte de interpretación en el análisis de las mutaciones y de los rasgos de la época.

3.3. Marco teórico

El objeto de estudio que intentamos construir en el presente trabajo necesariamente habremos de pensarlo, como quedó expresado anteriormente, a partir de soportes conceptuales y empíricos con los que iremos dialogando y desde una mirada transdisciplinar que nos permita acceder a su análisis. En este sentido, nos apoyamos en una breve referencia histórica de la Antigüedad que nos ayuda y sirve de fundamento para comenzar a encuadrar la porción de realidad que circunscribimos para delimitar dicho objeto.

Los aforismos de carácter enigmático y oracular que Heráclito de Éfeso, presocrático nacido en el siglo VI a.C., utilizó en su reflexión filosófica mientras buscaba el principio primero o esencia última de todas las cosas, nos muestra un método. A ese principio, el filósofo lo encontró en el logos que, para él, no solo es el discurso sino también es el “principio ontológico que organiza las tensiones opuestas que constituyen la realidad” (Gardella, M., 2021, p. 56). Comprendiendo a la realidad como la unión de los contrarios, explica al

devenir, según Ángel Cappelletti, como “el tránsito de una cosa a su contrario, siempre constituyendo una unidad inseparable, posibilitaría el movimiento” (1969, p. 64). Este logos que existe siempre y es común, hace referencia a la importancia del cambio como esencia misma de la existencia. El cambio se da en la unidad, y es lo que permanece. De ahí que, de entre todas las variaciones que se le asignan a uno de sus aforismos, el clásicamente conocido como el fluir del río, seleccionamos aquel con el cual el filósofo da cuenta de que “nada es permanente a excepción del cambio” (el entrecomillado es nuestro). El cambio es lo único que podemos concebir como certero y fiable. “Nada permanece [aclara Pedro Pardo de Santayana] y lo que existe se transforma sin dejar de ser o dando lugar a una realidad distinta” (2020, p. 348). Interesantes reflexiones que nos permiten comenzar a contextualizar ciertos fenómenos ligados fundamentalmente a la transformación de la condición del sujeto en el devenir de su vida, que podemos verificar en la vasta literatura que existe sobre el tema como en la cotidianeidad del quehacer humano en nuestras democracias de mercado.

Logos, palabra, razón. En varias historias de la filosofía, la palabra representa el paso del mito al logos. Si el mundo es racional, entonces hay en él un logos del cual disponemos y lo empleamos para alcanzar el conocimiento de la realidad y para decidir la dirección de nuestra conducta (Ferrater Mora, 2004).

La lengua es, de todas las instituciones sociales, la más dinámica y cambiante. De acuerdo a lo dicho por Heráclito en su momento, lo único permanente en ella es el cambio. Mucho tiempo después y con diferentes intereses, también Ferdinand de Saussure (1995) se percató de esta característica de la lengua y se puso a investigar acerca del cambio lingüístico. De las causas posibles del cambio fonológico que examinó, estableció que el tiempo es el factor determinante del cambio. Por otra parte, y ampliando el rumbo del análisis, sabemos que en ninguna comunidad de hablantes tampoco encontramos nada eterno, no hay nada que permanezca para siempre, por lo tanto, el cambio, aquí, también es un hecho imprescindible a tener en cuenta. Este cambio natural que se registra en toda comunidad es lo que precisamente ha ido provocando que, ante el surgimiento de nuevas realidades, aparezcan nuevos términos para nombrarlas y/o describirlas.

En nuestro estudio, las variables “cambio permanente”, “nuevas realidades” y “nuevos términos” resultan sustanciales a la hora de abordar las transformaciones graduales de una determinada tradición filosófica que impactan y ayudan al surgimiento de esas nuevas realidades -como las relacionadas con la identidad y/o la subjetividad- para las cuales se hace necesario poder conceptualizarlas con nuevos términos. En este sentido, para la presente indagación optamos por la adopción de una perspectiva dialéctica para lograr comprender ciertas variaciones que no pueden construirse sino sobre la base de una relación crítica respecto a principios precedentes. Y de esto da cuenta, precisamente, una nueva palabra que devino en concepto, que se ha ido imponiendo y generando revisiones, nuevas preguntas e investigaciones de teorías y saberes ya concebidos: el neologismo “posmodernidad”, el cual para Gianni Vattimo expresa de una forma diferente la experiencia de “la historia y la misma temporalidad y, por lo tanto, también una puesta en crisis de la legitimación historicista que supone una pacífica concepción lineal y unitaria del tiempo histórico” (1989, p. 3).

La transformación del complejo orden internacional, desde finales del siglo XIX en adelante, da cuenta de importantes quiebres que implican la instauración y hegemonía de determinados órdenes mundiales que, cada uno a su turno, significó nuevas relaciones de poder entre las principales potencias intervinientes en la disputa, como el establecimiento de los sistemas de valores derivados de los principios que inspiraron a cada uno de los que imponía su supremacía: “el [orden] multipolar de finales del siglo XIX y la primera mitad del XX, el bipolar de la Guerra Fría y el unipolar de la hegemonía estadounidense” (Pardo de Santayana 2020, p. 348). A partir de esas décadas de hegemonía unipolar comenzó a hablarse, por un lado, del desplazamiento de la supremacía mundial desde Occidente a Asia en el cual, supuestamente, Estados Unidos cedería su poderío a China y, por otro, de una cuarta revolución industrial que habría de transformar las relaciones entre los actores del panorama internacional y entre las personas en general. De la asociación de estos cambios, José Pardo de Santayana cree que muy probablemente surgirá “un mundo muy fragmentado en lo relativo a los principios y las referencias que inspiran y articulan la convivencia internacional” (Pardo de Santayana, p. 349) y que esto nos pondría ante una nueva situación: la coexistencia de distintas cosmovisiones. Independientemente de que se verifiquen o no estos movimientos, este análisis da cuenta de que lo esperable está signado por la permanencia del cambio.

Lo eterno en contraposición a lo efímero, tensiones opuestas para comprender la realidad que Charles Baudelaire (2021) mostró cuando escribió, en 1863, uno de los ensayos icónicos de la historia de la estética, *El pintor de la vida moderna*, considerado como una de las cartas fundacionales de la modernidad. En él, el poeta y crítico de arte, convierte lo efímero en una categoría de la belleza y sostiene que, junto a lo contingente y lo veloz conforman una de las dos mitades del arte; la otra mitad la componen lo inmutable y lo eterno. El escritor francés, expresa David Harvey (1998), no solo es reconocido por sus análisis sobre la modernidad sino también, y al mismo tiempo, por promover y predecir la posmodernidad; enfatiza que el posmodernismo acepta

lo efímero, la fragmentación, la discontinuidad y lo caótico que formaban una de las mitades de la concepción de la modernidad de Baudelaire [pero] sin intentar trascenderlo ni contrarrestarlo. El posmodernismo se deja llevar y hasta se regodea en las corrientes fragmentarias y caóticas del cambio como si fueran todo lo que hay. (Harvey, 1998, p. 61)

¿Cuál es la nueva condición “posmoderna” del saber?, se pregunta Jean-François Lyotard (1991). Para él, posmoderno designa el estado de la cultura a partir de las transformaciones acaecidas desde el siglo XIX en la ciencia, la literatura y las artes. Qué será del pensamiento ilustrado en el umbral crítico de la informatización de las sociedades. Los modos del saber posmoderno no se corresponden con un pensamiento que proceda por oposiciones o a partir de binomios en tensión. En el ámbito de la ciencia, concretamente, comienzan a cuestionarse los grandes esquemas interpretativos por su carácter totalizante; esta crisis que denominó como la “incredulidad hacia los metarrelatos” (p. 4) que le dieron cohesión y sentido a las sociedades occidentales, será sustituida por una pluralidad de juegos del lenguaje y, por otra parte, no conducirán necesariamente al desencanto y a una total deslegitimación. Entendiendo al saber científico como “una clase de discurso” (p. 11), afirma que la ciencia obtiene su legitimación por los discursos construidos a

su alrededor, por las informaciones, los medios de información, las teorías de la comunicación, la informática, entre otros. Poniendo el énfasis en los actos de habla, se interesa por los juegos del lenguaje y, desde esta perspectiva, concibe que cada uno de los enunciados que los distinguen -denotativos, performativos y prescriptivos- están determinados por reglas que especifican sus propiedades y el uso que de ellas se pueda hacer. Así concluye en que “todo enunciado debe ser considerado como una «jugada» hecha en un juego” (p. 12).

El clima social signado por la tendencia posmoderna en que vivimos, asegura el filósofo, está plagado de proclamas de finitud: fin de los grandes esquemas teóricos-filosóficos, fin del sujeto, fin del logos, de las totalidades, de lo universal y el fin de todo lazo social. Para comprenderlo e interpretarlo, siguiendo a Lyotard (1991) es necesario contar con algunas claves sociológicas y filosóficas en relación a lo que ocurre en una sociedad que ha sido alcanzada por la condición posmoderna, sin embargo, debido a que la complejidad con que la filosofía aborda la existencia humana excede el objetivo que nos hemos propuesto, optamos por una perspectiva histórica-sociológica que nos permite, en todo caso, acercarnos a otras áreas.

Del mismo modo en que, en su momento, los Estados-naciones pelearon por lograr el dominio de territorios y la explotación de materias primas y de mano de obra barata, Lyotard enfatiza que en un futuro muy probablemente peleen por el dominio de las informaciones. “En su forma de mercancía informacional indispensable para la potencia productiva, el saber ya es, y lo será aún más, un envite mayor, quizá el más importante, en la competición mundial por el poder” (1991, p. 7).

La modalidad del capitalismo actual, ayudado por las transformaciones técnicas y tecnológicas, va a la par de un cambio de función de los Estados que repercute, decididamente, en la imagen de las sociedades. Posmodernidad, como concepto entonces, “pondría de relieve un cambio de rumbo, una reorganización profunda del modo de funcionamiento social y cultural en Occidente, con innegables repercusiones en la propia identidad de los individuos” (Herrero, 2016, p. 9). La voluntad colectiva y la cooperación en el sostenimiento de objetivos tendientes al mantenimiento de un lazo social, característico de la vida moderna, va mostrando una tendencia hacia un marcado individualismo que avanza y afecta la conexión de intersubjetividades, necesarias para otorgar sentido a las prácticas compartidas entre los individuos (Lyotard, 1991).

A esta descomposición de los grandes relatos le sigue lo que Jean Baudrillard (1978) teoriza como “la disolución del lazo social y el paso de las colectividades sociales al estado de una masa compuesta de átomos individuales lanzados a un absurdo movimiento browniano” (citado por Lyotard, 1991, p. 15), esto es como átomos en irracionales movimientos irregulares hacen que “ningún análisis pueda contener esa realidad difusa, descentralizada, molecular de una sociedad, en la que ya no queda ni objeto de saber ni tampoco sujeto de saber” (1978, p. 34). Para Lyotard (1991), en cambio, en una situación como la actual donde prima el hecho de que nadie cuenta con nadie y donde cada uno se ve remitido a sí mismo, uno sabe que “el *sí mismo* es poco pero no está aislado, está atrapado en un cañamazo de relaciones más complejas y más móviles que nunca” (p. 15). Es decir que, en su concepción, el individuo no pierde de vista a la sociedad y

mantiene una idea de vinculación con el otro a partir, precisamente, de su conciencia de la desvinculación social.

Joven o viejo, hombre o mujer, rico o pobre, siempre está situado sobre «nudos» de circuitos de comunicación, por ínfimos que estos sean; está situado en puntos por los que pasan mensajes de naturaleza diversa. Nunca está, ni siquiera el más desfavorecido, desprovisto de poder sobre esos mensajes que le atraviesan al situarlo, sea en la posición de destinatario, de destinatario, o de referente. (Lyotard, 1991, p. 15)

Dentro de los vectores de cambio que producen transformaciones en la sociedad del conocimiento hay que considerar también la globalización, la tecnologización, el consumo y la información (Desfilis, et al., 2020). Es innegable cómo las transformaciones del urbanismo y la revolución democrática de la vivienda, que comenzaron en las décadas de 1950 y 1960, contribuyeron a imponer la idea de que las sociedades capitalistas liberales habían ingresado en una fase nueva de su historia y, también, al advenimiento de un nuevo individualismo. El surgimiento de la sociedad de consumo da cuenta de ello. Nuevos valores y comportamientos sociales llegaron de la mano de un modo de vida donde se privilegiaban los objetos, el bienestar, la comodidad, el consumo privado, el hedonismo, la legitimidad de los placeres y de las satisfacciones materiales e íntimas. El hedonismo, devenido en un fenómeno de masas, se manifiesta muy especialmente en el disfrute de uno mismo y el excesivo consumo, por lo cual, según Gilles Lipovetsky, “el individuo se absorbe cada vez más en su espacio privado, genera la exigencia de depender menos de los demás, de ser dueño de sí mismo, de decidir la orientación de su propia vida, de vivir para sí mismo” (2015, párr. 6).

La ciudad tradicional dominada por el polo de lo público también ha cambiado. En qué se transforma la sociabilidad en esta ciudad, se pregunta el autor. Nos responde que la ciudad ha sido entregada a la atomización y a las múltiples redes donde los individuos se reencuentran en función de sus intereses y trayectorias personales; “no es más que una aglomeración de viviendas privadas donde se vive aparte” (2015, párr. 5). Sin embargo, hace una aclaración interesante para nuestro estudio y es que, a pesar del florecimiento del individualismo, de la atomización social y del anonimato, hay “una forma de sociabilidad que subsiste de modo ostensible [y] es la de las bandas juveniles” (2015, párr. 5) y aclara que es una sociabilidad tendencialmente a la marginalidad.

Es la marginalidad lo que se corre el riesgo de desarrollar con el desempleo, la sociedad dual, la segregación de los barrios, el racismo, pero también el fin de las grandes organizaciones tradicionales de encuadramiento que eran las iglesias, los partidos, los sindicatos. (Lipovetsky, 2015, párr. 5)

Los factores mencionados hasta aquí no resultan suficientes, según el estudio del autor, para explicar la ruptura cualitativa en el ciclo histórico del individualismo, a estas transformaciones materiales debe sumarse el surgimiento de “una revolución en los valores sustentada por el advenimiento de la sociedad de consumo” (2015, párr. 6). De lo referido hasta aquí sobre este punto, cabe agregar que el hedonismo se ha venido haciendo cada vez “más ‘productivista’: culto de la forma, de la delgadez, de la juventud, etc.” (2015, párr. 8).

Este hedonismo utilitarista de masas que nos gobierna es consumista y ha contribuido a variar y multiplicar los estilos de vida, también provocar que en la esfera privada surjan deseos autónomos y más libres. Las transformaciones que han afectado a la familia y a la vida sexual de las personas dan cuenta de este fenómeno: uniones libres, aumento de los divorcios, de los hogares unipersonales, aumento de los nacimientos por fuera del matrimonio, descenso notable de la natalidad y liberalización y desculpabilización de la vida sexual.

Estas transformaciones son acompañadas por la multiplicación de normas socialmente legítimas que ayudan a reivindicar la desestandarización colectiva de ciertos gustos y aspiraciones que pierden la rigidez en las que se venían sustentando y se combinan, además, en nuevas formas polifacéticas y heterogéneas. Es evidente que, históricamente, determinadas luchas y movilizaciones colectivas desempeñaron un papel importante en el surgimiento de este hedonismo cultural al que nos venimos refiriendo, pero también es necesario agregar las transformaciones habidas en las últimas décadas gracias al papel de la educación (Lipovetsky, 2015), ligadas a cambios culturales que, en la actividad social cotidiana de las personas, permiten la emergencia de nuevas representaciones mentales individuales tanto como las surgidas a partir de actividades prácticas y colaborativas que tienen lugar cuando las personas las realizan en forma conjunta ya que comparten ideales, artefactos materiales e instituciones sociales para lograr sus propósitos. Tanto en la familia como en la escuela se ha iniciado una nueva modalidad de comunicación que impacta en la socialización y en la construcción de vínculos relacionales, así como en la comprensión y en la subjetividad de los otros y en el desarrollo de “los deseos de autonomía y de reconocimiento entre los jóvenes, minando las tradiciones, los papeles instituidos y la autoridad familiar en beneficio de la expresión y la reivindicación de uno mismo” (2015, párr. 10).

En esta modernidad inestable y cambiante, sin pautas de referencia universales “ya nadie cree en el porvenir radiante de la revolución y el progreso, la gente quiere vivir [en el] aquí y ahora, conservarse joven y no ya forjar el hombre nuevo” (Obiols, 1993, p. 255).

Este orden de cosas, unido al enorme crecimiento de los medios de comunicación de masas, a fenómenos como el neoliberalismo, la globalización, la sobreproducción y a un sistema económico derrochador y consumista, ha generado la aparición de un modo de socialización y de individuación inédito que rompe con el instituido desde los siglos XVII y XVIII; en definitiva, ha generado el nacimiento del sujeto humano postmoderno (Lipovetsky, 2000).

3.3.1. Adolescencia y Psicoanálisis

Inmersos ya en el posmodernismo, vemos que así como se han generado revoluciones en distintos ámbitos como los mencionados, también quedan cuestionadas diversas concepciones tradicionales acerca del momento en el que la adolescencia tiene lugar. Encontramos que, por un lado, esta etapa incluye

anticipadamente a niños cada vez de menor edad y, por otro, se extiende cada vez a jóvenes de mayor edad, avanzando en la adultez. Por lo tanto, cabe preguntarnos ¿Cuándo es “correcto” ser adolescente?

Donald Winnicott (1954) se pregunta si

el hecho de que los adolescentes puedan serlo en el momento correcto, o sea, a la edad que abarca el desarrollo de la pubertad, ¿no indica acaso una sociedad sana? En nuestra sociedad actual, reflexiona, el adulto se forma mediante procesos naturales a partir del adolescente que avanza impulsado por las tendencias de crecimiento. (p. 100)

Desde esta perspectiva, si la adolescencia se extiende hacia cierto periodo que en la modernidad era considerado como adultez, esto es si estamos frente a una adolescentización de la adultez, ¿nos hallamos, entonces, ante una sociedad “no” sana? Más aún, si se es adulto a partir de las tendencias de crecimiento impulsadas en la adolescencia y dicho crecimiento nunca se detiene, ¿cuándo se deja de ser adolescente?

Si como afirma el autor, la transición entre la niñez y la adolescencia se presenta marcada por un hito fisiológico caracterizado por la pubertad -objeto teórico que refiere a la transformación del cuerpo- y acompañada por un anclaje biológico entre la libido y la primacía genital representada por el acontecimiento de lo puberal -objeto teórico psicoanalítico que refiere a la transformación del psiquismo-, en la transición de la adolescencia hacia la adultez, además del crecimiento evolutivo que abarca toda la vida, habrá de procesarse el anudamiento cuerpo-psiquismo-cultura a la espera de la conquista de una subjetividad estructurante. En este sentido, nos preguntamos, cómo caracterizar a dicha transición cuando los límites entre las etapas se han desdibujado o, parafraseando a Zygmunt Bauman, (2007) se han licuado.

Winnicott propone, también, un modelo acerca de la adolescencia donde sugiere que

si la adolescencia necesita adultos que sean adultos y no actúen como adolescentes, es porque solo como adultos recibirán una fantasía en la agresividad del crecimiento. Si no actúan en carácter de adultos, si estuvieran adolescentizados, recibirán de la agresividad no la fantasía, sino el acto, y reaccionarán como si este fuera equivalente a lo real. (Klein, 2014, p. 177)

Por lo que, si esto sucede, los adultos quedarían en posición de igual a igual con el adolescente, especularizados en él. Si el adulto confronta al adolescente como adolescente, ya no hay confrontación porque siente que el adolescente realmente puede asesinarlo, porque lo que el otro le muestra le es “reconocible”, en cuanto adolescentizado. Termina el juego -el “cómo sí”- y lo lúdico, comienza la amenaza, lo ominoso, el drama hórdico (Klein, 2014) dejando de lado la confrontación que opera como diferenciador entre adultos y adolescentes.

Por lo tanto,

que los jóvenes modifiquen la sociedad y enseñen a los adultos a ver el mundo de forma renovada; pero donde existe el desafío de un joven en crecimiento, que haya un adulto para encararlo. Y no es obligatorio

que ello resulte agradable. En la fantasía inconsciente, estas son cuestiones de vida o muerte. (Winnicott, 1972, p.193)

Es decir, en el material que subyace en los juegos, el niño llega a ser adulto sobre el cadáver de un adulto, ya que la muerte y el triunfo personal se relacionan con el proceso de maduración y con la adquisición de la categoría de adulto. La inmadurez es un elemento esencial de la salud en la adolescencia; ya que sin ésta se pierde toda la actividad imaginativa, el pensamiento creador, los nuevos sentimientos, las ideas para una nueva vida, pierde sentido la rebelión, entre otras cosas. Por lo tanto, los adultos deben mantenerse intactos, intentando sobrevivir, sin otorgarles a los jóvenes responsabilidades que no les corresponden; si renuncian a esto, el adolescente se convierte en adulto en forma prematura, desarrollando una falsa madurez (Winnicott, 1972). Entonces, haciéndose presente la necesidad de diferenciar a los adolescentes y los adultos teniendo en cuenta el sistema conceptual winnicottiano, cabe preguntarse “¿Qué sucede cuando el adulto ya no puede sostener su adultez desde condiciones sociales y culturales, que modifican el sentido y la función de lo adulto en la sociedad?” (Klein, 2014, p. 177).

El adolescente necesita un entorno sólido que lo acompañe, que posibilite la comprensión, la comunicación, que lo haga sentir seguro y comprendido (Pavlovsky, 1975). Cabe resaltar que ya no se trata de la confrontación entre adultos y adolescentes como mencionaba Winnicott (1972), sino que es más importante remarcar el papel de la confianza, de la esperanza, la estima, entre otras cosas, con el fin de demostrarle al adolescente que el adulto es un ser confiable (Klein, 2012).

Es por este motivo que, si la confrontación no define una demarcación entre el adolescente y el adulto, y esta es definida por la confianza, nos preguntamos; ¿predomina un exceso de confianza en la actualidad que ubica al adolescente y al adulto en un mismo periodo con características similares? Por ende, ¿nos situamos ante una sociedad adolescentizada sin una delimitación entre ambos periodos? O ¿nos encontramos ante una falta de confianza, ya que el adulto se ubica en una posición “adolescente” por lo cual, dichos valores mencionados anteriormente no son transmitidos hacia los jóvenes por lo que se pierde el interés en el mundo adulto? ¿Qué factores son entonces los que generan que algunos jóvenes se extravíen en el camino de ascenso hacia la adultez? (Adaszko, 2005).

En resumen, “los límites y las trayectorias posibles del desarrollo humano están constantemente abiertos a discusión y son renegociados culturalmente generación tras generación” (Posada, 2005, párr. 24) es por ello que, la relación entre el adolescente y la sociedad es entonces de reconciliación y creatividad. En *Youth and Crisis* Erikson plantea: “No podemos separar el crecimiento personal del cambio social... ni podemos separar... la crisis de identidad en el desarrollo histórico, porque los dos aspectos contribuyen a su mutua definición, y realmente dependen uno de otro” (Maier, 1980, p. 23).

3.3.2. Ciclo vital vs Desarrollo

Sin embargo, no todas las perspectivas se sustentan en lo mencionado anteriormente, por ejemplo, la visión tradicional del desarrollo, basada en el binomio crecimiento-declinación y restringida a las primeras fases de la vida, plantea este proceso como el resultado de la maduración biológica. Por lo que, con la intención de ofrecer una perspectiva más amplia, la psicología del ciclo vital pone en tela de juicio la mirada de la llamada psicología del desarrollo ya que, para explicarlo, “además de las influencias derivadas de la edad del sujeto, [se deben tener en cuenta] las influencias derivadas de la historia -época histórica o cambios generacionales- que modifican el contexto donde estos cambios se producen” (Desfilis, et al., 2020, p. 67).

En este sentido, como quedó expresado en el Estado del Arte, el desarrollo debe definirse también desde lo cultural, ámbito que “en todo caso, supera concepciones unidimensionales, estáticas y limitantes” (Dulcey-Ruiz & Uribe Valdivieso, 2002, p. 20). De esta manera, la importancia otorgada a la edad cronológica es la de ser un constructo demográfico más que uno funcional, por lo cual cualquier clasificación de la vida por etapas tiende a perder peso teórico ya que explicar el desarrollo exclusivamente desde un solo ámbito sería un error que terminaría ofreciendo conceptualizaciones inexactas o aun inesperadas.

La propuesta de Agustín Lozano (2014) de una concepción funcional de adolescencia de carácter universal e histórico-cultural pretende evitar una definición sustancialista, basada en una subjetividad abstracta y común a todas las culturas. Su postura coincide con la de Dulcey-Ruiz & Uribe Valdivieso (2002) en cuanto a que, si nos basamos únicamente en esquemas evolutivos o exclusivamente en teorías psicobiológicas que ofrecen definiciones desde lo cultural o histórico, caeríamos en un reduccionismo. Ante esto, la perspectiva del ciclo vital “se convierte en un marco de referencia de tipo contextual y dialéctico” (p. 19) ya que considera a la vida como una continuidad con cambios tomando en cuenta como relevantes -tal como fue desarrollado en el Estado del Arte- parámetros históricos, socioculturales, contextuales y del acontecer cotidiano e individual.

Tomando en consideración, además, el modelo multisistémico propuesto por Bronfenbrenner (1986), destacado también por nosotros oportunamente, el desarrollo humano es concebido como un proceso que implica movimiento a manera de espiral, donde existen avances y retrocesos que denotan continuidad y discontinuidad a través del tiempo teniendo en cuenta la relación de las personas con su ambiente ecológico. Un proceso formado por una compleja estructura de sistemas que influyen de manera directa o indirecta sobre los individuos (Bronfenbrenner, 1993), que permite comprender dicha complejidad dado que estudia sistemas que se caracterizan por ser conjuntos de elementos en interacción y corresponde a una propuesta teórico-metodológica interaccionista al considerar que ambos, la persona y el medio, se afectan mutuamente (Bronfenbrenner, 1986; Koller, 2004; Ortiz & Nieto, 2012; Vidal, 2001). Por lo tanto, existe una caracterización del

acoplamiento de la capacidad del individuo para relacionarse con un espacio vital cada vez mayor de personas o instituciones por una parte y, por la otra, la participación de estas personas e instituciones para hacerle partícipe de una preocupación cultural presente. (Erikson, 1974, p. 61)

En la interacción continua del individuo con el medio ambiente observamos un continuo desarrollo de la identidad. Precisamente en la adolescencia, “fase del desarrollo humano necesaria para el pleno desarrollo de la personalidad de los jóvenes y para la supervivencia y el progreso de la identidad” (Lutte, 1991, p. 21), se sostiene la identidad en el intercambio con otras personas, mezclándose con distintos grupos y sumergiéndose en diversas conversaciones las cuales redefinen su identidad (Lowe, 1974), brindándonos un sentido de continuidad y coherencia del yo (Erikson, 1980). Por lo tanto, a partir de las experiencias enmarcadas en un determinado contexto social, el sujeto configura una imagen de sí mismo, de los demás, de los roles que va a desempeñar, entre otras cosas (Oliveira, 1998), “así pues, el proceso de formación de la identidad se origina tanto interiormente como por fuerzas externas que cambian según cambie la sociedad y las instituciones insertas en ella” (De Rojas, 2004, p. 490).

Dicho en otras palabras, la identidad “se entiende en una dimensión antropológica por estar enmarcada en la atmósfera cultural del medio social global y en una dimensión sociológica por tratarse de una construcción que emerge de las relaciones entre individuos y grupos” (Etkin, y Schvarstein, 1992, p. 26). Así mismo sucede con la adolescencia ya que “se plantea más como (un) espacio antropológico que como espacio personal; más como etapa social que como etapa del desarrollo ontogenético” (Lozano, 2014, p. 29).

Sumado a esto, Arnett & Taber (1994) señalan que aun reconociendo la variabilidad cultural, el fin de la adolescencia y la transición no se define precisamente por variables conductuales individuales, tales como el desarrollo cognitivo, la regulación emocional o comportamientos socialmente responsables; “estas variables, a pesar de servir como indicadores individuales para establecer la transición al estado adulto, no son tanto variables ontogenéticas, sino un resultado del tipo de socialización predominante en cada cultura” (1994, p. 30).

Es decir, nos encontramos ante diversas culturas las cuales se destacan por presentar una socialización extendida donde

la transición al estado adulto es más dilatada en el tiempo y se define por criterios individuales relativos a la autonomía personal; mientras que en culturas con socialización estrecha, sociedades tradicionales no occidentales, la característica definitoria es que el individuo se ve presionado hacia la conformidad con ciertos patrones culturales predefinidos y marcados por eventos sociales, principalmente el matrimonio. (1994, p. 30-31)

Por lo tanto, se destaca la socialización como el proceso mediante el cual la sociedad -a través de las instituciones sociales, especialmente la familia y luego la escuela- enseña al individuo cuales son las conductas que se esperan de él como miembro de la misma. Desde niños aprendemos qué está bien y qué no lo está y las consecuencias de actuar de una u otra forma. Por lo que, a través del aprendizaje de estas normas y el apego a ellas, el individuo puede lograr una integración satisfactoria a la sociedad.

Cabe aclarar que, lejos de lo que durante mucho tiempo se asumió,

la socialización no solamente se presenta en la infancia, en realidad, los seres humanos enfrentan una socialización permanente y dinámica, cuyos objetivos fundamentales siguen siendo los mismos a través de toda la vida: homogeneizar y diferenciar. Homogeneizar en tanto se pretende que la persona desarrolle y ejecute las características que le permitirán ubicarse dentro de un grupo determinado, y diferenciar, bajo el propósito de establecer la línea divisoria entre las características y rasgos que configuran a una persona (grupo) en relación a otra (grupo). (Sánchez, 2009, p. 255)

En resumen, “la antropología nos ha enseñado que todos los cambios de origen biológico no comportan una significación propia sino aquella que les es dada a través de la cultura en el contexto de la cual se producen” (Gesto, 2000, p. 10). Por lo que, el fenómeno adolescente al estar inserto en una sociedad perteneciente a un tiempo histórico y un espacio geográfico determinado, podrá cambiar históricamente “como producto de las propias acciones intencionales, personales o colectivas de los miembros de la cultura” (Posada, 2005, párr. 24). Lo mismo sucede con la identidad que, como quedó expresado, es un constructo inherente al contexto sociohistórico.

En este sentido, durante la adolescencia el joven irá experimentando una serie de cambios a nivel psicológico, cognitivo, social, sexual y moral, los cuales le permitirán ir logrando progresivamente las tareas presentes en la adolescencia; siendo una de ellas la búsqueda y consolidación de la identidad en sus diversos aspectos (Gaete, 2015), lo que nos conduce a una estructuración y reestructuración subjetiva que se alcanza solo con trabajo psíquico; un trabajo de elaboración que implica la idea de movimiento pulsional de construcción representacional y de creación, poniendo en juego tanto la transmisión y la herencia como la participación del sujeto en un campo intersubjetivo y que se llevará a cabo teniendo en cuenta, también, diversos fenómenos sociales, políticos y económicos propios de la época.

3.3.3. Posmodernismo y Adolescencia

Nos encontramos entonces ante una adolescencia donde predomina una falta de guías, de referentes, como señalamos a lo largo del presente desarrollo. Sin embargo, estos se encuentran insertos ante un mar turbulento de relaciones sociales, pero estas se caracterizan, generalmente, por ser entre pares; y con esto también nos referimos a los adultos, ya que los tomamos según adolescentizados.

Sumado a lo mencionado, los medios electrónicos y los avances tecnológicos son los que nos permiten potenciar dicho mar turbulento de relaciones sociales en las que nadamos, ya que a mediados del siglo XX irrumpen en la sociedad productos eléctricos y electrónicos. “Desde la década de los ochenta el ordenador personal ha ido haciéndose cada vez más presente en nuestras vidas hasta convertirse, en la actualidad, en un artículo imprescindible junto con Internet” (Herrero, 2016, p. 15).

Por lo tanto, “desde 1880 hasta 1950 se va instalando poco a poco los primeros elementos que ayudarán a entender el paso al periodo denominado como posmodernidad” (Herrero, 2016, p. 13); que son el aumento de la producción industrial, la aparición de grandes métodos comerciales que caracterizan el

capitalismo moderno, como por ejemplo, el marketing, los grandes almacenes, las marcas registradas, la publicidad, entre otras; el movimiento alrededor del culto al consumo, al ocio y al placer; la moda, la difusión e influencia de los medios de comunicación de masas, etcétera. Sin embargo,

el cambio más importante que afecta al desarrollo en esta etapa puede ser englobado dentro de los cambios históricos («revoluciones», los valores de la postmodernidad y los cambios derivados de la llamada Era digital), tan trascendentes (Serra, 2012) que requieren su incorporación en un modelo explicativo sobre los adolescentes actuales. (Desfilis, et al., 2020, p.67)

La tecnología se ha democratizado hasta tal punto que nuestra vida cotidiana está invadida por la misma. El progreso tecnológico, va pues, aparejado al hedonismo y también al narcisismo que parece caracterizar al sujeto en la posmodernidad. Sumando a esto, se potencian aún más diversos ideales presentes en la actualidad como el hecho de mantenerse joven y actuar como tal.

Aparece socialmente un modelo adolescente a través de los medios masivos en general y de la publicidad en particular. Este modelo supone que hay que llegar a la adolescencia e instalarse en ella para siempre. Define una estética en la cual es hermoso lo muy joven y hay que hacerlo perdurar mientras se pueda y como se pueda. (Obiols, G. A & Obiols, S, 2008., pp. 38-39)

En resumen, “las nuevas dinámicas de información y comunicación imprimen un sello en las nuevas subjetividades e identidades” (Velásquez Pérez, 2007, p. 96), los valores culturales compartidos juegan roles claves en el funcionamiento psicológico de los individuos, son transmitidos y reforzados desde las instituciones y en cierto tipo de escenarios sancionan o refuerzan determinadas conductas (Zubieta, A., 2009).

Como apunta Carles Feixa (1998),

para que exista la juventud, deben existir, por una parte, una serie de condiciones sociales (es decir, normas, comportamientos e instituciones que distingan a los jóvenes de otros grupos de edad) y, por otra parte, una serie de imágenes culturales (es decir, valores, atributos y ritos asociados específicamente a los jóvenes) (p. 18).

La configuración de todo ello depende en último término de la estructura social en su conjunto (1998).

Capítulo 4. Adolescente y adulto a la conquista de una identidad estructurante en el universo posmoderno

4.1. La identidad tras las huellas de la ciudad

La intención de recrear un diálogo entre diferentes formas de organización social con la finalidad de comprender ciertos aspectos de la creación de la identidad nos ha llevado ante las puertas de la “ciudad”. Esta metáfora aparece en los escritos agustinianos cuando discute “el origen de la sociedad en general, [y

agrega], de la 'ciudad'", (San Agustín 1989, párr. 22). Aborda el tema a partir de la catastrófica caída y saqueo de Roma por la conquista de Alarico y sus soldados en el 410, y la repercusión que el prelado de Hipona le da a este acontecimiento para comenzar a resolver las disputas que sacudían en sus ánimos a cristianos y paganos, y para lograr probar que toda la verdad se encuentra en el cristianismo en tanto camino de la liberación del mal y de la infelicidad y demostrar la incoherencia y lo infundado del culto politeísta (1989). El Santo "abrigaba desde hacía muchos años el deseo de escribir esta vasta obra sobre la ciudad de Dios, o, más exactamente, [según sus palabras] sobre las dos ciudades que se reparten hoy día el imperio del mundo" (párr. 13); dos ciudades "entreveradas en este mundo hasta que el último juicio las separe. Quiero, que me ayude la gracia divina [a] exponer lo que estimo deber decir sobre su origen, su progreso y el fin que les espera" (párr. 14). La Ciudad Eterna y la ciudad terrena; "la creación de los ángeles (Ciudad de Dios) y el origen de la de los malvados, [con] las consecuencias [para] la vida humana" (párr. 21); la ciudad espiritual, fundada en el amor de Dios y la carnal, fundada en el amor de sí mismo; la ciudad de Dios tiene sus orígenes en Abel, "la ciudad terrena procede del fratricidio de Caín" (párr. 22). Esta obra será completada por la gran tarea emprendida por Tomás de Aquino traduciendo al latín estudios filosóficos y científicos y ayudando "a conciliar el pensamiento de Aristóteles con la teología de la Iglesia; el lugar de discusión para su reintroducción fue la universidad, que será en adelante el centro de la actividad intelectual" (Arias, 2006, p. 149).

De estos acontecimientos, entre las tantas ideas que pueden evocar pero que muchas de ellas exceden a nuestro estudio, señalamos su importancia historiográfica en cuanto al pasaje del medioevo hacia la emergencia de la Modernidad y, concomitantemente, del surgimiento de un nuevo sujeto, porque -siguiendo la lectura de Bauman acerca de los escritos agustinianos- el "mundo que aparece ante nuestras puertas [y que] es semejante a un desierto, aún resta darle su sentido" (Bauman, 2003, p. 46). El haber abierto las puertas de la ciudad, como nos sugiere el autor, nos puso en situación de construir un camino que nos haga llegar "hacia la meta donde se encuentra el sentido. Esa 'introducción' del sentido ha sido llamada por el filósofo 'construcción de la identidad'" (p. 46).

Pensamos en la identidad cuando no estamos seguros del lugar al que pertenecemos; es decir, cuando no estamos seguros de cómo situarnos en la evidente variedad de estilos y pautas de comportamiento y hacer que la gente que nos rodea acepte esa situación como correcta y apropiada, a fin de que ambas sepan cómo actuar en presencia de otra. 'Identidad' es un nombre dado a la búsqueda de salida de esa incertidumbre. (Bauman, 2003, p. 41)

De acuerdo a las referencias reunidas hasta aquí, la identidad "se incorpora a la mentalidad y la práctica moderna" (2003, p. 42), desde el inicio, como una tarea que debe ser llevada a cabo por el propio individuo, aunque, como veremos, no sin contar con alguna suerte de tutor o guía; alguien que tuviese sobrados conocimientos acerca de las identidades que se podrían asumir.

4.2. La identidad tras las huellas de la cultura

Cuenta Alce Negro (1986) que en la tribu de los Oglala Lakota o Siux, en la reserva Pine Ridge de Dakota del Sur en América del Norte, existían tradiciones especiales que se aplicaban a los adolescentes: “*Hanblechezapi o Imploración de una visión*”, en el caso de los hombres (p. 64), y “*Preparación de la muchacha para los deberes de mujer o Ishna Ta Awi Cha Lowan*” (p. 124) en el caso de las mujeres.

A los muchachos se les anima a internarse solos en el bosque, van sin armas, “vestido con su piel de bisonte, su taparrabos y sus mocasines” (Alce Negro, 1986, p. 66), a la búsqueda de una visión o sueño que, al volver al hogar relata a los ancianos sabios de la tribu para que los interpreten de acuerdo con sus prácticas legendarias. El sueño le revela al joven para qué está destinado en la vida. Podrá ser un certero cazador, un gran guerrero, un experto en la caza de caballos salvajes, un fabricante de armas, un líder espiritual, un curandero o un berdache -hombre que se viste y actúa como mujer-. En cualquier caso, la cantidad de roles posibles para los hombres es limitada; lo es mucho más para las mujeres. Cuando alguien desea implorar, es muy importante que solicite la ayuda y los consejos de un hombre santo para que todo se realice correctamente ya que, si las cosas no se hacen según las reglas, puede ocurrir alguna desgracia (Alce Negro, 1986). Las razones para implorar pueden ser variadas pero la más importante es, sin duda, que ayuda a darse cuenta de la unidad de la persona con todas las cosas; a comprender que establece un parentesco con todas las cosas y entonces, en su nombre, ruegan al Gran Espíritu que les dé el conocimiento del Sí mismo. “Él que es la fuente de todo y que es más grande que todo” (1986, p. 65).

Los ritos de preparación de las muchachas tienen lugar después del primer período menstrual. Ya convertida en mujer debe comprender el significado de este cambio y ha de ser instruida en las obligaciones que deberá cumplir a partir de ese momento. Es necesario que comprenda que el cambio producido en ella es algo sagrado, pues desde ahora será como la Madre Tierra y podrá tener hijos, que deberán ser educados conforme a las vías del Gran Espíritu. Además, debe saber que cuando le llega su período, ella porta una influencia importante pues con su sola presencia le puede quitar el poder a un hombre santo.

Alojada en un pequeño tipi fuera del círculo del campamento, la joven es atendida por una mujer mayor que ella, quien la instruye además en las cosas que toda mujer debe saber, incluso en el arte de confeccionar mocasines y vestidos. Esta mujer mayor que purifica a la muchacha con la ayuda del humo aromático debe ser buena y pura, pues sus virtudes y sus costumbres pasan a la muchacha. Las mujeres también imploran, después de haberse purificado en la cabaña; “otras mujeres les ayudan, pero ellas no van a una montaña elevada y desierta; se retiran a una colina del valle, puesto que son mujeres y necesitan protección” (Alce Negro, 1986, p. 65).

Hasta aquí, el surgimiento de la modernidad, la emergencia de un nuevo sujeto, la construcción de la identidad y de las distintas configuraciones que hemos presentado respecto de la concepción de la adolescencia, sea ésta como etapa del ciclo vital, como rito o como momento en la vida, fenómenos todos que tienen como factor instituyente al cambio.

4.3. Una metodología para entender lo social: análisis, interpretación, comprensión

En 1937 Erikson (Dimas & Tobías, 2009) viajó a Dakota para investigar la causa de la apatía entre los sioux en edad escolar. Se encontró con un continente distinto de aquel en el cual las teorías lingüísticas y de otras disciplinas de estudios se fundaron, Europa y América, por un lado, y aún distinto en América mismo, estadounidenses y los nativos de las comunidades originarias, por otro. Todos tenían una filosofía propia, una ciencia, un arte y una lingüística diferentes. En *Voces de la Tierra. La Lingüística de la Vida*, Elizabeth Corona Palomera investiga cómo surgen nuestros pensamientos intentando “encontrar las fallas en un sistema dominado por una sociedad hegemónica occidental” (2009, p. 88), partiendo para ello de los años previos de la llegada de los españoles al continente americano. Señala que la Modernidad es un concepto que se forja de un modo distinto en Europa y en América; que Europa instauró su propia historia; que América fue invadida por el Renacimiento de España y Portugal; y que, con la apertura de Europa al mundo, llegaron a la explotación y expropiación de recursos naturales y humanos sobre lo que llamaron el Nuevo Mundo. Es concluyente Enrique Dussel cuando, tomando posición en el debate acerca de modernidad-posmodernidad, afirma que “América Latina nació al mismo tiempo que la modernidad, pero como su otra cara necesaria, silenciada, explotada, dominada. Nunca fuimos modernos, siempre sufrimos la Modernidad. No somos lo irracional; somos la parte dominada y explotada” (1994, pp. 47- 48).

En su visita a las reservas indias americanas, Erikson se encontró con una tribu que a partir de su invasión y sometimiento ya había incorporado las enseñanzas y las costumbres del hombre blanco y se habían trastocado sus valores tradicionales. La sioux era una comunidad que sentía haber sufrido las imposiciones de un sistema que les resultaba totalmente ajeno. Los búfalos ya habían sido extinguidos y ellos pasaron de ser guerreros a agricultores sedentarios (Dimas & Tobías, 2009). Aunque al principio no le resultó fácil a Erikson obtener la información que necesitaba para su investigación, con el paso del tiempo se ganó la confianza de las ancianas que fueron quienes le aportaron datos sobre cómo educaban a sus hijos antes de la llegada del hombre blanco, sobre sus costumbres y hábitos ancestrales.

En 1942 viajó al norte de California para investigar a los yurok, una tribu de pescadores y recolectores de bellotas. Estaba interesado en comparar la educación infantil y los estilos de personalidad de los habitantes de las dos comunidades, y a ambas con los niños y jóvenes estadounidenses. De los resultados obtenidos resaltamos que entre los sioux observó lo que Erikson significó como un nuevo fenómeno: ciertos “síntomas psicológicos, que incluían la falta de una identidad clara, relacionados con un sentimiento de pérdida de la tradición cultural” (2009, párr. 4). Los yurok le parecieron completamente distintos a los sioux en cuanto a las formas básicas de existencia, y con valores más cercanos a los de la clase media estadounidense (2009).

Entender que la confianza de las ancianas y la observación de las relaciones que podía ir estableciendo con algunos otros miembros de la tribu le posibilitaban abrir distintos accesos hacia el conocimiento, lo muestran con una vocación de investigador que todo practicante debiera tener en su aspiración de alcanzar la comprensión; no tan solo a través de lograr un concepto o argumentación teórica como de hecho lo hace Erikson, sino también centrándose en la interacción, en el compartir mutuo en una relación sujeto a sujeto

(Jauß, 2012). Él, quien siempre se consideró psicoanalista, también leyó y analizó los datos de su investigación a la luz de los avances de la antropología, la psicología y otras ciencias sociales de su época; sus planteos teóricos llevan la marca de sus observaciones sobre éstas y otras culturas. En el centro de su enfoque teórico está la teoría del ciclo vital, mirada que, gracias al trabajo de campo realizado, le permitió integrar “la riqueza cultural de un informe antropológico con la perspectiva psicológica de un clínico capacitado” (Dimas y Tobías, 2009, párr. 4). Enfatizó su comprensión del yo, integró el desarrollo de sus ocho etapas psicosociales a las etapas del desarrollo psicosexual de Freud (1996a) y profundizó su estudio sobre la identidad abordando el impacto de la cultura, la sociedad y la historia en el desarrollo de la personalidad (Dimas y Tobías, 2009).

4.4. La identidad tras las huellas de lo individual y lo social

En *Ocho Edades del Hombre* (1987) Erikson señala que “en la pubertad y la adolescencia todas las mismidades y continuidades en las que se confiaba previamente vuelven a ponerse en duda” (p. 235). En su búsqueda de un nuevo sentimiento de mismidad, al joven le preocupa enormemente cómo lo perciben los demás en comparación con lo que él mismo siente que es; para lograrlo llega a “elegir artificialmente a personas bien intencionadas para que desempeñen los roles de adversarios y [estén] siempre dispuestos a establecer ídolos e ideales perdurables como guardianes de una identidad final” (p. 235).

La construcción de la noción de sí mismo y de la propia identidad, en cada persona, “implica el conocimiento y la toma de conciencia reflexiva sobre el sujeto y sus acciones” (Daros, 2006, p. 309). La identidad supone la permanencia real de un sujeto (independientemente de los cambios que pudiera hacer o tener) y como “identidad psicológica implica la toma de conciencia de ser siempre el mismo en cuanto es sujeto (unicidad del sujeto) y diverso respecto de sus actos y de los otros sujetos (diversidad)” (Daros, 2006, p. 298). Por lo tanto, la identidad siempre guarda alguna relación con la diversidad. Para ser uno mismo es necesario admitir, al mismo tiempo, la diversidad respecto de los otros.

Las observaciones y los planteos de Erikson coinciden en que

a partir de la modernidad, haber nacido y crecido en una comunidad ya no era garantía suficiente de integración. Cada cual debía encontrar por sus propios medios el sentido de la vida y conquistar el derecho a una existencia social. (Adaszko, 2005, p. 41)

Como hemos mencionado, con la impronta de lo posmoderno comienza a forjarse un nuevo paradigma en el cual los límites entre la adolescencia y la adultez empiezan a ser difusos. Creemos que, en parte, ello se debe a que los rituales y las ceremonias que reinaban tiempo atrás y que tenían como objetivo demarcar el fin de un periodo vital y el comienzo del siguiente, además de transmitir las “reglas de [la] comunidad, asignando un conjunto de papeles domésticos, sociales y religiosos prefijados por la sociedad adulta” (Moreno & Del Barrio, 2005, p. 21-22), van perdiendo vigencia. En este contexto, en su búsqueda de autoafirmación y

reconocimiento social el joven podría desarrollar diversas conductas, aun las más arriesgadas, cuando éstas “forman parte de ritos privados, solitarios, cuyos resultados suelen ser provisionales e insuficientes para significar la vida e insertarse en la comunidad” (Moreno & Del Barrio, 2005, p. 41). En la prevalencia de los fenómenos de alcoholismo y delincuencia juvenil, por ejemplo, Víktor Frankl (2003) reconoce la existencia del “vacío existencial” que les sirve de sustento; vacío que surge ante la carencia de un instinto en el sujeto y de tradiciones adquiridas que le indiquen qué hacer. El joven errando por los diferentes espacios que le brinda el ambiente “se enfrenta a una pluralidad de trayectorias vitales que está en la base de sus problemas personales y los conflictos a los que da lugar” (Lozano, 2014, p. 25); experiencia que se da en una “era del vacío”, al decir de Lipovetsky (2000), un nihilismo que implica el abandono de los grandes sistemas de sentido (ideales políticos, religiosos y culturales), “que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni apocalipsis” (Lipovetsky, 2000, p. 10), en la que va encontrándose con mutaciones permanentes y diversas identidades, sin aferrarse a ninguna, en una búsqueda *light* de la identidad personal. Con esto pretendemos significar, retomando a Bauman (2003), que “la dificultad ya no es cómo descubrir, construir [o] armar una identidad, sino cómo impedir que ésta se nos pegue. El eje de la estrategia en la vida posmoderna no es construir una identidad, sino evitar su fijación” (p. 51).

Siguiendo esta línea de pensamientos, cabría preguntarnos si este contexto no representaría para los adolescentes el peligro de llegar a

sufrir una prolongada confusión de roles, como acertadamente la describiera Erikson. Esa confusión constituye una forma extrema de una crisis de identidad que consiste en un sentirse ajeno a sí mismo, abrumado por los sentimientos de desconfianza, duda, inferioridad y desesperanza. Sin metas ni planes, la iniciativa se paraliza y las acciones pierden su sentido. Es fácil observar la confusión de los jóvenes en su conducta hostil, sarcástica, prepotente y de desprecio a los roles que la sociedad considera deseables. (Merino, 1993, p. 20).

En la cultura posmoderna del consumo, debemos tener en cuenta que la persona no se desentiende de la búsqueda de la calidad de vida, en lugar de ello, “en la nueva religión de la incesante mejora de las condiciones de vida, el vivir mejor se ha convertido en una pasión de masas” (Lipovetsky, 2007, p. 11); sin embargo, además del bienestar material, el hiperconsumidor es “un demandante exponencial de confort psíquico, de armonía interior y plenitud subjetiva; asistimos al mercado del alma y su transformación, [también al] del equilibrio y la autoestima” (p. 11). La felicidad interior se convierte en un objeto de marketing del cual el consumidor quiere disponer. Demostración, entonces, de que tampoco el abandono de los grandes sistemas de sentido, como mencionamos en otro capítulo, implica oponerse a la búsqueda de nuevas creencias, las que finalmente devienen tan fuertes como las del pasado.

Si el nuevo contexto posmodernista representa un peligro para los adolescentes, no parecería estar determinado por las variables que componen al mismo. Que el joven pueda hacer ya lo que desea, requiere también de una actitud crítica ante el consumo, eligiendo “a la carta” y con libertad lo que desea y con “una coexistencia pacífica de las creencias, con amplitud de fronteras” (Daros, s.f., p. 6).

En contestes con las reflexiones de Erikson, a partir de su trabajo de campo, acordamos en definir a la identidad como una invención moderna, en términos de:

un conjunto de representaciones y la valoración que un sujeto posee de sí, que le generan un sentimiento de mismidad y le permiten mantener en el tiempo la cohesión interna. Nuestro psiquismo está apuntalado permanentemente en los grupos, en las instituciones, y a través de éstos, en la sociedad en su conjunto. (Edelman & Kordon, 2000, p. 56)

En las tribus de los Sioux y de los Yurok la construcción de la identidad se sostiene principalmente en la transmisión de un conjunto de creencias, costumbres y tradiciones que identifican a estas sociedades. Si bien, como quedó expresado, los roles que sus integrantes representan en la comunidad son limitados, no dejaban de aprenderse a partir de la trama de las relaciones establecidas en las familias y entre las familias en la cotidianeidad; los valores culturales compartidos juegan roles claves en el funcionamiento psicológico de los niños y adolescentes, ya que son transmitidos y reforzados desde los adultos, y en cierto tipo de escenarios, como en los ritos de paso, sancionan o refuerzan determinadas conductas. Corroboramos con ello, la afirmación de Bauman (2003) señalada oportunamente, respecto de pensar a la identidad en el sentido de un proyecto que, desde el comienzo, deberá encararse individualmente. “Corresponde al individuo [afirma] encontrar un escape de la incertidumbre” (2003, p. 42), paso que queda representado en el ritual que el individuo debe afrontar y en las consecuencias derivadas al asumir un nuevo posicionamiento en la comunidad y en la vida; para lograrlo no queda librado exclusivamente a su propia iniciativa sino que su empeño en la autoformación es acompañado por tutores o guías que detentan un conocimiento superior sobre las identidades que potencialmente podría adquirir.

Los valores tradicionales propios de cada cultura pueden verse influenciados y modificados con el tiempo, simplemente con el cambio en la interacción entre las personas promoviendo la emergencia de nuevos ideales individuales y colectivos, así como la transformación de las costumbres y creencias que reinan en la sociedad, todo lo cual deriva en que la cultura y sus distintas prácticas tradicionales se vuelven diversas. Esto demuestra cómo identidad y cultura se implican mutuamente.

También vemos esta integración identidad-cultura en el impacto que sobre estas comunidades tuvo la imposición forzada de la cultura del hombre blanco. La confianza básica en una sociedad es un concepto eriksoniano (1987) interesante para pensar la toma de conciencia de lo que es la identidad social por parte de la sociedad. La confianza básica representa un núcleo de esperanza que permite a los individuos emprender acciones y proyectos en común. De allí surge el sentido de nuestra realidad social, también de nuestra autonomía y soberanía social (Giddens, 1997). En este sentido, en la comunidad india, el trastocamiento de valores y costumbres, sobre todo impulsados por otra sociedad y de modo violento, genera turbulencias que pueden provocar distintos efectos, que muy pocas veces resultan positivos. Los sioux se quejaban por la pérdida o transformación de ciertos valores y costumbres en pos de tener que desterrarlos definitivamente o de tener que asumir otros nuevos que nada tenían que ver con su idiosincrasia. Como caso extremo, puede suceder que el excesivo debilitamiento de una sociedad provoque su caída o su desaparición;

baste recordar para su fundamentación las investigaciones en torno a los procesos de colonización y aún descolonización que, como mínimo, nos evoca la repatriación de la tierra y de la vida indígena como algunas de sus tantas consecuencias (Elliott, 2017; Tuck & Wayne Yang, 2021).

Sin pretensiones de haber abundado en tradiciones, costumbres y estilos de vida que nos provean de un conocimiento exhaustivo de estas comunidades pero siguiendo un hilo conductor que nos conduzca a una mayor comprensión, nos preguntarnos si se trata de comunidades premodernas que, a partir de la invasión, comenzaron a vivir los efectos y las consecuencias del proceso de la modernidad, o si por el impacto de la cultura de los blancos las comunidades terminaron asimilando características propias de la posmodernidad. Teniendo en cuenta el recorrido acotado que podemos ofrecer aquí, recurrimos, desde la filosofía del invasor, a la afirmación de Walter Dignolo (2005) acerca de que “la colonialidad es el reverso inevitable de la Modernidad” (p. 22), esto es que la modernidad y la colonialidad son mutuamente dependientes; afirmación que suscribe Enrique Dussel cuando, en su *Pedagógica Latinoamericana* (1980) expresa que la conquista de los indios por parte de la invasión europea muestra claramente el colonialismo como momento constitutivo de la Modernidad occidental al proponerse como la posibilidad de liberación para los indios incultos e inhumanos de sus primitivismos, de sus tradiciones para alcanzar la racionalidad propia de un ser civilizado, y con ello su humanización.

Desde la filosofía indígena, nos aclara Joseph Estermann (2015) que lo mismo que ocurrió en el continente americano en aquella época, “se perpetúa hoy mediante la hegemonía económica y cultural de Occidente, a través de la globalización económica neoliberal e informática, sustentada y fomentada en parte por la filosofía posmoderna” (p. 11). En este contexto, las concepciones no occidentales del universo y del propio ser humano, por caso, sustentadas en la sabiduría indígena no tienen valor de mercado para poder competir con el paradigma dominante occidental que se impone con su afán totalitario y universalista, “a condición de negar al otro en su alteridad” (2015, p. 12). Estermann aclara que a pesar de la buena acogida que se le dispensa a la tradición mítica y cultural de los pueblos indígenas sigue pregnante la universalidad performativa de la filosofía occidental como único paradigma válido; sostiene que, en el fondo, el paradigma posmoderno “no es una ruptura epistemológica con la tradición filosófica dominante sino su expresión más inteligente; es ante todo una corriente occidental con su arraigamiento en una cultura determinada” (2015, p. 13). El marco teórico de la antropología estructural tanto como el enfoque intercultural que propone Estermann (2015) nos permiten comprender que para analizar dos escenarios tan disímiles, como el de invasores y dominados, deberíamos de atender a la forma en que las distintas comunidades se interrelacionan con su entorno social y con sus semejantes; abordarlas a partir de un diálogo entre diferentes culturas, ya que cada pueblo, en cada época tiene su propia estructura lógica donde los elementos que lo componen tienen una significación específica. La comunidad sioux se transformó y entendemos que, de algún modo, en esto radica el posmodernismo, en ser esencialmente un proceso de transformación.

Siguiendo este razonamiento, retomamos lo dicho anteriormente acerca de que la identidad y la diferencia se implican mutuamente, agregando que alcanzamos la identidad “cuando reconocemos a la ‘alteridad’ del otro como enriquecedora e integradora de nuestra propia identidad” (Seibold, 2000, p. 524).

Tal como sucede con la identidad individual, “la *identidad social construida y constituida* implica también el reconocimiento de la *diversidad social constituyente*” (Daros, 2006, p. 301). Friedrich Nietzsche, en *La voluntad de poder* (2000) destaca que la cultura es una interpretación asumida por unos hombres con intereses muy determinados. Es la serie de visiones producida por los afectos, que se impone a los individuos desde el poder (Pintos, 1985); tiene la capacidad de reproducir esos afectos de unos individuos en los otros. Los afectos son una apariencia, una simple imitación del proceso de producción de imágenes; los valores, el yo, la identidad tienen “como fondo la interpretación que está vigente en la cultura” (Herrero, 2016, p. 106-107). En este sentido, para Nietzsche (2000) todas las configuraciones culturales son ilusiones, apariencia de cultura y las etapas por las que la misma atraviesa no son fases de un proceso racional que conduce a un fin sino signos de una determinada fisiología. Desde esta perspectiva, define al sujeto diciendo que el

“Sujeto” es la ficción que pretende hacernos creer que muchos estados similares son en nosotros el efecto de un mismo “substratum”; pero somos nosotros los que hemos creado la identidad entre estos diferentes estados; el hecho no es su identidad, sino el que los traduzcamos en una relación de identidad, el que los aparejemos. (Nietzsche, 2000, '480, p. 339)

Y en Fragmentos póstumos (2006) dice que

El yo no es la posición de un ser respecto a muchos (instintos, pensamientos, etc), sino que el ego es una pluralidad de fuerzas de tipo personal, de las cuales cada vez una diferente pasa a primer plano como ego, y mira a las otras como un sujeto mira al mundo exterior condicionante y rico en influjos. El sujeto salta de un lugar a otro; quizá sentimos los grados de las fuerzas y de los instintos como cercanía y lejanía, e interpretamos como un paisaje y una llanura aquello que propiamente es una pluralidad de grados cuantitativos. El más próximo, más que el más lejano, se llama para nosotros 'yo'; de modo instintivo convertimos en el entero ego lo que predomina momentáneamente, y ponemos todos los instintos más débiles en una perspectiva más lejana y hacemos de ellos un entero tú o 'ello' [Es]. (citado por Parmeggiani, 1998, p. 207 [KSA 9, 6[70], p. 211-212])

Sin pretender adentrarnos en el problema metafísico de la unidad en el pensamiento del filósofo, señalamos cómo Marco Parmeggiani (1998) nos aclara la metáfora presentada. Nietzsche, nos muestra de qué modo el sí mismo nos hace creer en la unidad personal. Interpretamos algo como cercano o lejano según los distintos grados de intensidad de las fuerzas o instintos que estén implicados. Pasa a primer plano la fuerza “que está más cercana, creemos nosotros que es nuestro yo” (1998, p. 207). Todos los demás instintos los vemos como ajenos, extraños y que proceden del exterior. La ficción de la unidad del yo se constituye porque equivocadamente tomamos a uno de los instintos que componen nuestra naturaleza como si se tratara de nuestra unidad. Que el sujeto salte de un lugar a otro está indicando que no permanece siempre él mismo. Esta crítica nietzscheana a la unidad del yo dice que dicha unidad “es una ficción y no puede constituir el centro permanente del individuo ni siquiera como ficción” (1998, p. 208). La apuesta de Nietzsche de que la identidad no sería una entidad que se origina exclusivamente en lo individual y que no es estática ni permanente, derriba la idea de un individuo que, durante toda su vida se mantiene idéntico a sí mismo. La novedad que introduce este pensamiento es doble, la idea de que el sujeto se autopercebe a partir de la

percepción y la construcción procedente de los otros y se complementa con la idea de la “identidad como pluralidad, siempre en movimiento” (Herrero 2016, p. 108).

Se comprende, entonces, que “la definición que una persona hace de sí misma no sólo deriva de su interacción cotidiana, de cómo se observa y cómo actúa, sino de todos los aspectos que cultural y socialmente internaliza en torno a su yo” (Sánchez, 2009, p. 251); vale como ejemplo la interiorización de valores, normas y códigos culturales que son generalizados y compartidos en un sistema social. Esta subjetividad nietzscheana no puede quedar desligada, como señala Andrew Kock, “de las condiciones contextuales de su construcción”. Hay una conexión entre “la fabricación de la subjetividad y el contexto social, tecnológico e institucional de aquello en lo que se cree” (Kock, 2005, p. 116).

4.5. La identidad tras las huellas de la adolescencia

En 1965, Paul Ricoeur propone la hermenéutica en el sentido clásico, aquella que alude a la interpretación del significado de los textos, a la que asume la forma de una “crítica radical que sospecha de la comprensión y de la interpretación” (Gadamer, 1997, p. 127). Esta sospecha radical, que como metodología de investigación ya había sido introducida por Nietzsche en sus construcciones teóricas, la volvemos a encontrar en el psicoanálisis freudiano. Freud y Nietzsche tienen en común el promover la duda acerca de la validez de las ideas, el coincidir en una crítica desmitificadora del hombre, de la cultura y de la falsa conciencia; para ambos, estos tres constructos son una interpretación (Pintos, 1985).

Cuando Freud define los caracteres del sistema inconsciente, afirma que

la condición del inconsciente {Unbewusstheit} es sólo una marca de lo psíquico que en modo alguno basta para establecer su característica. Lo inconsciente abarca, por un lado, actos que son apenas latentes, inconscientes por algún tiempo, pero en lo demás en nada se diferencian de los conscientes; y, por otro lado, procesos como los reprimidos que, si devinieran conscientes, contrastarían de la manera más llamativa con los otros procesos conscientes. (Freud, 1992b, p.168)

Y plantea al inconsciente en términos de sistema, aclarando que “usamos las palabras «consciente» e «inconsciente» ora en el sentido descriptivo, ora en el sistemático, en cuyo caso significa pertenencia a sistemas determinados y dotación con ciertas propiedades” (1992b, p. 168). Una de las piedras angulares de la arquitectura teórica del psicoanálisis es, indudablemente, la pulsión. Los contenidos del inconsciente son representantes pulsionales regidos por una legalidad específica y a los que la represión les obstaculiza su acceso a la conciencia. En su formulación, se trata de un psiquismo pulsional concebido desde el comienzo a partir de una tópica intersubjetiva; en ese marco de tópica intersubjetiva se dará la constitución del aparato psíquico. En este sentido, la relación del individuo con quienes lo rodean reviste aquí un carácter estructurante; esa relación es conflictiva y constitutiva. Para poder convivir armónicamente con los demás, el sujeto debe renunciar a la satisfacción plena de lo pulsional. En contestes con esto, para Freud (1996b) el

patrimonio cultural de una sociedad tanto como su organización común y económica tienen un sentido y son, como los síntomas neuróticos, formaciones de compromiso que los tornan interpretables; esta mirada le permite a Freud avanzar sobre la comprensión de la cultura procurando una explicación metapsicológica de sus manifestaciones. Nos presenta el fenómeno clínico y el fenómeno social, íntimamente vinculados.

La discusión de la posmodernidad en torno al sujeto, ante las propuestas globalizadoras y las demandas de un mundo digitalizado cuyas consecuencias a nivel psicobiológico en el individuo hemos demostrado, avanza, de la mano de los autores referidos, por un lado, en el sentido de una deconstrucción radical y, por otro, con la resistencia de aquellos que prefieren pensarlo como la continuidad del movimiento constitutivo de la modernidad que se prolonga en nuestra contemporaneidad (Lisciani Petrini, 2012). En este punto encontramos a quienes, como Obiols y Di Segni Obiols (2008) afirman que “no solo buena parte de los adolescentes son posmodernos sino que la sociedad misma se ‘adolescentiza’ en las condiciones de posmodernidad” (p. 22), y a quien, como Enrica Lisciani Petrini (2012) que se pregunta si la categoría de “sujeto agente auto-consciente” podrá afrontar “los desafíos inéditos que plantea la actualidad (p. 138-139)”, y aún a quien, como Alain Touraine, que en diálogo con Farhad Khosrokhavar (2002), propone un nuevo tipo de modernidad ya que las modalidades de organización y acción social, cultural y política propia del mundo actual como las instituciones que las encarnan, y a la que denomina sociedad de la información o de la comunicación, habrían perdido vigencia.

El posmodernismo con la promoción de sus ideales de juventud eterna, la adolescencia como modelo social, narcisismo y hedonismo, entre los conceptos que a esta altura de los desarrollos nos permiten responder las preguntas que nos hemos planteado, han trastocado diversas perspectivas tradicionales predominantes tiempo atrás. Las transformaciones experimentadas por los jóvenes en sus realidades psicosociológicas, sus esperanzas ahora sostenidas en la igualdad de posibilidades mientras reclaman por el respeto a las diferencias; la toma de decisiones conflictuadas en lo personal y en lo social que se hará en función de una pretendida realización personal de éxito; las necesidades insatisfechas también inherentes a lo individual y a lo social que buscarán la satisfacción inmediata; la espontaneidad, el confort y el placer vueltos un *modus operandi*, sumado al agravamiento de las contradicciones del sistema social, requieren de una redefinición sostenida y fluida de la noción de identidad que caracteriza a determinados individuos, desde aquellos recién llegados hasta los que siguen permaneciendo, como “cautivos en la adolescencia” (Castillo, 1997; 1999).

Si bien existen ciertos desacuerdos al pretender significar al sujeto de la época, en lo que sí acuerdan los autores es en que, habría en la sociedad actual una retroalimentación del “conflicto” entre la adolescencia y la sociedad; crisis esperable del período adolescente en una sociedad apremiada y traumatizante como la nuestra, más la crisis que surge de las propias contradicciones de la globalización y de las demandas de un mundo digitalizado en el que se va instalando el poder de la tecnología y en el cual los adolescentes fomentan una cibercomunicación interpersonal que termina tecnicando los vínculos relacionales (Castell, 1997, 1998) que, esencialmente son de naturaleza sociocultural.

El concepto de “crisis de identidad” en la adolescencia ha sido ampliamente debatido desde mediados del siglo XX, sobre todo en relación a la pérdida de los objetos de deseo y de amor de la infancia y a la elección de nuevos modelos extrafamiliares a los cuales identificarse, sumado a la centralidad de los duelos en el proceso adolescente. En un estudio pormenorizado, Rodolfo Urribarri (2015) muestra que algunos autores le adjudican un signo negativo a este período de la vida al entenderlo desde una perspectiva que lo signa de sufrimiento, dolor y caos, mientras que otros ven a la crisis “como producto de maniobras defensivas, lo que acerca al adolescente a la manía, a la psicopatía, o a la psicosis, con profundas y extensas implicancias en la clínica” (p. 53). Entendiendo que estas perspectivas patologizan el desarrollo en vez de comprenderlo y explicarlo, profundiza sobre los escollos que encuentra en las teorizaciones de la época y dialoga con psicoanalistas y psiquiatras que vienen pensando a la adolescencia como un proceso positivo que promueve el cambio hacia una búsqueda de adaptación no traumática a una nueva realidad (Urribarri, 2015). Uno de los especialistas con el que profundizó el intercambio, Philippe Jeammet, de la Universidad de París VI, afirma que

la evolución de la sociedad nos ha hecho cambiar de perspectiva con respecto a algunos aspectos de la psicopatología. De una patología de los conflictos, que fomentaba una sociedad represiva, hemos pasado a centrarnos en una patología de las relaciones, los límites y la dependencia, que favorece una sociedad liberal. Ya no podemos seguir pensando en la problemática pulsional de la agresividad o de la sexualidad sin considerar dialécticamente la problemática de la identidad, de los límites, del temor a quedar atrapado por las personas investidas o a ser abandonado por ellas. La adolescencia es un momento privilegiado para que se exprese esta problemática. (Jeammet, 2009, p. 31)

Y refiriéndose a la complejidad de la vida social en la actualidad, afirma que “los adolescentes son el espejo de la sociedad” (Jeammet, 2002, párr. 5). La lectura de estos autores nos evoca la respuesta de Lyotard (1991) tras el fin de los metarrelatos, y nos preguntamos si el constructo teórico “adolescencia como crisis” podría asemejarse a la condición de los relatos de la modernidad que la perspectiva posmodernista contribuyó a derribar.

Considerar dialécticamente la problemática adolescente llevó a los investigadores a centrarse en “la relación del sujeto psíquico con la realidad para abordar los cambios en la subjetividad” (Bleichmar, 2009, p. 65) como eje relevante para dar cuenta de los aspectos vinculados con la transmisión simbólica que opera en la familia, lo que permite el anudamiento del psiquismo con lo cultural en una relación recíproca en la que se inscriben mutuamente. Los adolescentes, en su periodo de definición personal, necesitan referentes, valores, guías, que en condiciones de inestabilidad actúen como elementos que contribuyan a dar sentido a sus búsquedas (Jiménez & Bernal, 2004). Sin embargo,

los procesos de desidentificación de los adultos, obligados radicalmente a reposicionarse cotidianamente para seguir garantizando su inserción en la cadena productiva -si no en el proceso social en su conjunto- constituyen tal vez uno de los obstáculos mayores para la elaboración de propuestas que no dejen a los adolescentes y jóvenes tempranos librados a la anomia. (Bleichmar, 2009, p.59)

Entonces, como lo hizo Bleichmar a propósito de la crisis argentina del 2001, cabría preguntarnos si “¿se puede realmente proponer que estamos ante un proceso en el cual los adolescentes se ven sometidos, en virtud de las condiciones imperantes para los adultos, a la ausencia de un universo identificatorio posible?” (2009, p. 61). Destacando que la pertinencia de su intervención en aquel momento puede replicarse en la situación actual de nuestro país, observamos que su respuesta es apropiada también en cuanto al tema que nos ocupa. En 2009 planteó que:

la inestabilidad de la sociedad argentina, atravesada por acontecimientos históricos aún no metabolizados y cuyo movimiento no garantiza que se encuentre en tránsito hacia lugar previsible alguno, no puede homogéneamente determinar el marco representacional en el cual se inserten las generaciones que atraviesan hoy este tránsito entre la infancia y la juventud. (Bleichmar, 2009, p. 59)

Su hipótesis es que, para proponer una perspectiva identificatoria a los adolescentes, deben recomponerse las grandes líneas de la identidad que se encuentran fracturadas en la historia de los adultos. Traslada a nuestras preguntas, la autora nos ilustra acerca de que la deconstrucción de identidades producidas a lo largo de generaciones, que impone a los adultos “el incumplimiento de su propia promesa generacional y una expulsión de la identidad acuñada a lo largo del tiempo” (2009, p. 71), formas con las cuales la realidad social impacta en la subjetividad de los adolescentes, dejando sus efectos especialmente “en los modos con los cuales el yo se representa a sí mismo y se sostiene en su función integradora” (2009, pp. 71-72) tanto a nivel del psiquismo individual como el social.

Entonces, ¿habitamos acaso una sociedad adolescentizada, como referimos anteriormente, debido a que se ha desdibujado la adolescencia? ¿O lo desdibujado es el modelo adulto actual como referente identificatorio de los adolescentes? Si los adultos viven en un mundo adolescentizado, ¿siguen siendo los padres quienes promocionan el modelo social identificatorio para la producción de identidad de sus hijos? Estas preguntas nos ayudan a profundizar la relevancia de nuestra hipótesis.

Vivir la adolescencia lleva el tiempo de la metamorfosis particular de cada quien.

La prolongación del tiempo social de la adolescencia y el paso de su condición de liminalidad a ser definida como estado que se atraviesa lenta y dilatadamente (más tiempo y mayor ralentización) se ha visto acentuada por los cambios que se han sucedido en las últimas décadas. Para el adolescente tardío los *tiempos* han dejado de ser cronológicos, ya que durante la *pubertad social* el reloj biológico cede el paso al cronómetro social. (Jiménez & Bernal, 2004, p.76)

Condiciones tales como una pubertad social, una adolescencia forzada y una juventud prolongada, sumado a la fomentación de “un mercado que evidentemente se ve favorecido por una extensión de la adolescencia y que, por lo mismo, la estimula utilizando fuertes estrategias de marketing” (Gesto, 2000, p. 42), nos sitúan, según los autores citados, ante una gran paradoja: una sociedad *adolescente* de adultos. Por lo que proponer a la adolescencia como modelo social contribuye a la adolescentización de una vasta porción de la sociedad adulta (Obiols y Di Segni Obiols, 2008) ya que transforma la transitoriedad que debiera caracterizarla y la ubica en el rumbo de una juventud social prolongada. Lo que suele denominarse como

adolescencia tardía, no es, evidentemente, producto de alguna discapacidad o falla personal, sino, instituida culturalmente. Se instala así un modelo al cual tender, y que atrae a jóvenes y adultos a quedarse, si es posible, para siempre.

los valores de la juventud y la belleza propia de la misma son tomados como modelo por el individuo posmoderno. La sociedad exige a los adolescentes que crezcan, que asuman una serie de responsabilidades o al menos que se preparen lo mejor posible para hacerlo. Pero por otra parte, les dice que se queden así como están, que esa es precisamente la mejor y única forma de vivir. (Gesto, 2000, p.42)

Dicho modelo social impacta en los adultos no solo respecto del cuerpo adolescente sino también en su estilo de vida; representa la identidad de la imagen siempre joven. La "identidad por la imagen es identificación: una entidad sujeta al cambio, en constante lucha contra el tiempo" (Daros, 2006, p. 281). Para ellos, esta etapa no es vivida como incómoda (Obiols & Di Segni Obiols, 2008), la incomodidad y aún el conflicto es para los adolescentes más jóvenes.

Para comprender el alcance de estas afirmaciones, es interesante recordar que la tesis fundamental de la sociología de Lipovetsky (2000) afirma que vivimos, en la actualidad, una segunda revolución individualista que, desde sus comienzos, implica un proceso de personalización en interacción con una transformación social en la que se revalorizan al máximo las elecciones y los deseos y se minimiza la represión. En este contexto, siguiendo a Daros, (s. f.), la ausencia de grandes ideales junto a la deserción de los valores sociales, característicos de la posmodernidad, acentúan la personalización y el abandono de los sistemas políticos, religiosos y culturales. "Amarse a sí mismo es suficiente, no se necesita al otro para ser feliz" (Daros, p. 9). El narcisismo produce una personalidad que permanece aislada en la masa y que tiene una conciencia indeterminada y fluctuante. El cuerpo es un objeto de culto y su cuidado y control responden al "deseo de la autosedución" (Daros, p. 10); deja de ser el soporte del alma y pasa a ser la persona misma. "La vejez se vuelve una idea intolerable" (Daros, p. 10) y hay que mitigar el dolor a envejecer y a morir buscando que deje de ser real.

De lo planteado se desprende que, en la actualidad, el desarrollo del sujeto adolescente y su desempeño con los "adultos adolescentizados" problematiza su acceso al mundo adulto porque llegan a borrarse las fronteras entre unos y otros, por lo cual los jóvenes solo encuentran como "modelo" a otros jóvenes debido a la falta de referentes adultos. Si bien la personalidad psicológica del adolescente terminaría damnificada, de todos modos, del reconocimiento compartido con estos otros surgen microgrupos que permiten, según Bleichmar (2009), "rearticular modos de cohesión y de re-identificación para los adolescentes y jóvenes, y de ello depende la posibilidad de recomposición de procesos identificatorios que den garantía" (p. 61) para frenar una posible desintegración que amenace a estos grupos. Sin embargo, quedarían imposibilitados de asumir los ideales y modelos hegemónicos e indefensos ante el avance de "*la falta de identidad de los adultos*" (Daros, 2006, p. 282). Esta carencia en los adultos junto a la crisis en los valores, el hedonismo, la exaltación del consumo, entre otros, "llevan a una ausencia de conflicto del adolescente para

con el medio y con los padres, y por lo tanto a una ausencia de superación de la adolescencia para entrar en la edad adulta” (p. 282); la estructura de los roles familiares puede llegar a resentirse y a desdibujar “la tradicional función paterna de una cultura milenaria” (p. 302). De acuerdo con el planteamiento de Burin (1998)

“la posición de los padres ante el adolescente ya no sería la de enseñar, transmitir experiencia, sino, por el contrario, la de aprender una especie de sabiduría que tendrían los adolescentes y, sobre todo, el secreto de la eterna juventud” (p.197).

Por lo tanto, una sociedad que concede un estatus social difuso a los adolescentes, entendiendo por tal no a un posicionamiento determinado por la edad cronológica que, según Bernice Neugarten (citada por Ruiz y Valdivieso, 2002), “por sí misma no es un factor causal, ni una variable organizadora de la vida humana” (p. 20), sino a la manera de marco conceptual, teniendo presente la llamada ecología del desarrollo humano que, como quedó expresado en otro acápite, considera la totalidad de la vida como una continuidad con cambios, sobre cualquier otra consideración en la que predomine la edad como criterio, representando un intento de superar las transformaciones u obstáculos que se presenten, “reconociendo que en cualquier momento de nuestras vidas hay pérdidas y ganancias” (Ruiz y Valdivieso, 2002, p. 19).

Quienes comparten con las autoras Elisa Dulcey-Ruiz y Celia Uribe Valdivieso la perspectiva del ciclo vital -Baltes, P. (1983); Lehr, M. y Thomaes, H. (1994); Neugarten, B. (1999)- nos ayudan a pensar lo que podría ocurrir si en el tránsito hacia la adultez, el adolescente no encuentra un límite claro para “etiquetar” a determinadas personas como pertenecientes a la mediana edad porque la percepción social que de ellas se tiene y la percepción que cada una tiene de sí misma las llevan a comportarse como adolescentes. Si este modelo -siguiendo a Dulcey-Ruiz y Uribe Valdivieso (2002)- es acompañado de una falta de optimización en la utilización de los bienes disponibles como son sus recursos personales -habilidades, capacidades y relaciones-, sin ayudarlos a detectar oportunidades y restricciones en los dominios biológico, social e individual, sin identificar los procesos involucrados en la aplicación de medios para el logro de metas alcanzables, sin aclararles sus expectativas ni brindarles guías o tutores en un momento fuerte para el adolescente en cuanto a las demandas e imperativos que recibe de la sociedad; con todos estos rasgos característicos del curso de la existencia humana que sostiene la perspectiva epistemológica en la que nos centramos, se estará contribuyendo a aumentar las dificultades de ser adolescente. Pese a todo, para Lipovetsky “no faltan razones para tener esperanzas” porque la persona tiene la capacidad para poder reinventarse (2000, p. 12).

5. Reflexiones finales

El diseño del proyecto de investigación llevado a cabo intenta responder una pregunta que orientó nuestro desarrollo: para avanzar en nuestro estudio ¿debemos abordar nuestras reflexiones y prácticas historiográficas a partir de planteos de diversos movimientos intelectuales modernistas y posmodernistas? Nuestro objetivo no es hacer un inventario sobre adolescencia, identidad y posmodernismo sino seguir un hilo conductor epistemológico que nos lleve, a través de los consensos y desacuerdos teóricos, hacia la comprensión de la cultura en la que estamos inmersos. Desde la idea de un progreso ininterrumpido, señala Enrique Marí (1994), con el rigor extremo de la razón y el sometimiento a la norma hasta el universo de la posmodernidad en el cual autores como Lyotard, Vattimo, Baudrillard, y Lipovetsky, entre otros, mirando las modificaciones operadas, dejaron el concepto de posmodernidad para “referirse al desencantamiento del mundo tanto en el sentido de la fuga de los dioses de la ciudad como en el sentido de crisis e intemperie permanente” (1994, p. 89).

El movimiento posmodernista ¿inculcó nuevas características en los individuos o los individuos comenzaron a comportarse y pensar de otra manera, defendiendo determinados valores e ideales con lo que dieron forma al posmodernismo? Caracterizada la sociedad como cambiante y la identidad por un sentido de continuidad en el tiempo pero, a la vez, por un espíritu cada vez más acelerado de los tiempos y, en tanto tal, requiriendo de transformaciones respecto de visiones y costumbres tradicionales con la finalidad de adaptación a la renovación que desde los cambios personales inevitables y desde lo sociocultural se proponga, no podemos pensar el cambio como algo ajeno al individuo; la sociedad, la identidad y el cambio se encuentran en una retroalimentación constante, tal, que resulta imposible concebir separadamente al sujeto y sus objetos en el análisis de una cultura.

Las experiencias de las comunidades originarias de América del Norte narradas oportunamente, respecto del desarrollo individual, demuestran el planteo de Erikson acerca de que “el crecimiento de un sentido de identidad depende del pasado, del presente y del futuro” haciendo referencia al ciclo vital que atraviesa todo ser humano (citado por Dimas y Tobías, 2009, párr. 15), y resaltando que el individuo “debe estar seguro de que lo que ha elegido para sí será viable en el futuro a pesar de los cambios que puedan producirse a nivel personal o provenientes del mundo exterior” (2009, párr. 15), y respecto del desarrollo sociocultural, demuestran que “cualquier cultura que quisiera resistir el paso del tiempo debe estar en una renovación constante porque en esa lucha solo hay dos opciones: renovarse o morir” (2009, párr. 15). A modo de ejemplo, al transcurrir el tiempo, la cultura originaria de los sioux fue desapareciendo y la nueva cultura que se fue construyendo con la colonización no les proveyó los sustitutos necesarios para que conservaran ciertos ritos y tradiciones. En tanto a los yurok, cuyos valores estaban más cerca de los de la clase media estadounidense, les resultó menos dificultoso adaptarse al estilo de vida “americano” (2009, párr. 15).

5.1. Una anécdota: Dos fechas, dos acontecimientos, dos décadas, un mismo autor, un mismo lugar que dan cuenta del cambio incesante

Cuenta Marcelo Pizarro (2013) que, en octubre de 2004, en el “patio de la filosofía” (párr. 1), inaugurado como tal por el entonces decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Félix Schuster, aprovechando que Gilles Lipovetsky estaba en el país para dictar un seminario empresarial, decidieron organizar una conferencia invitando al filósofo. Como estaban ocupados todos los espacios con los que cuenta la casa de estudios para un evento de esa naturaleza, hubo que acondicionar un patio con las comodidades necesarias. Lipovetsky había publicado en 1983, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*; una colección de textos escritos desde 1979 que giraban alrededor de la idea de que el capitalismo moderno ha provocado una complicada ruptura en el mundo occidental y ha conducido hacia una sociedad escéptica de los grandes relatos, irrespetuosa de las jerarquías, emancipada de las represiones, ávida de identidad, individualista, narcisista y consumista; esto es a una sociedad posmoderna (Pizarro, 2013). Con un optimismo considerado por los asistentes ya como desmedido o bien irresistible, Lipovetsky respondía a quienes se lamentaban por la prevalencia de las masas frente a la escasez de individuos “que ‘la cultura posmoderna es un vector de ampliación del individualismo’” (Pizarro, 2013, párr. 4) y para componer el mundo, decía, había que ratificar la condición del individuo. Sin embargo, dado que muchas de sus observaciones habían sido cuestionadas y ahora no se las compartía con el mismo entusiasmo, esa noche de octubre, “el clima de velorio pueblerino se palpaba en el aire” (2013, párr. 1). Mientras tanto, el optimismo de Lipovetsky se debía a que consideraba que en el siglo XXI se produjo un cambio de época que provocó nuevos debates sobre los mismos temas;

en la sociedad capitalista occidental los individuos remarcaban su universalidad al expresar su individualidad y confirmaban su individualidad al reconocerse como sujetos universales; ya no se celebraba la indiferencia y la liviandad aunque [estas] siguieran siendo las pasiones que gobernaban (Pizarro, 2013, párr. 2).

En la sociedad posmoderna, sigue diciendo el autor, donde “la juventud no era una edad sino un concepto, los jóvenes eran aquellos que aceptaban su juventud como un hecho de mercado y principio simultáneo de identidad y alteridad” (2013, párr. 3). Todo aquello que se proclamaba, transformaciones mediante, quedaba trunco, y en octubre de 2004, en el mismo patio, Lipovetsky dijo que “el concepto de posmodernidad era falso, un invento” (párr. 6) y propuso una noción nueva: “hipermodernidad”. En aquella noche, sigue comentando Pizarro, la escena era sombría, triste y lamentable y los participantes estuvieron seguros de que contemplaban un entierro antes que un nuevo nacimiento (2013).

En una entrevista realizada por Pablo Gianera (2019), ante la pregunta acerca de si entiende a la hipermodernidad como un límite histórico o hay algo más allá, Lipovetsky responde

En la Edad Media había varias edades medias. Pienso que, de la misma manera, la hipermodernidad no es homogénea. No quiere decir siempre lo mismo. En segundo lugar, usé este concepto para dejar de lado el de "posmodernidad", que es ridículo, porque somos cada vez más modernos. No estamos "después" de la modernidad. Hay una profundización en los elementos modernos: el mercado, la tecnociencia, la democracia, el individualismo. ¿De dónde sale ese "post"? La hipermodernidad quiere decir que los grandes modelos de la modernidad no tienen un contramodelo creíble. Todo el mundo critica al mercado, ¡pero nadie plantea otro modelo! (Lipovetsky citado por Gianera, 2019, párr. 4)

Lo que Lipovetsky, a partir de 1992, llama hipermodernidad es "un escenario en el que la individualidad, el consumo y la autoexpresión constituyen los pilares de las relaciones sociales, en las que el yo-autorreferencial opaca el sentido del deber con arreglo a las pautas sociales de la modernidad" (Salazar, 2020, p. 307). En este sentido, ocupan un lugar central en su análisis cuestiones como la inflación del yo en una sociedad del hiperconsumo, haciendo hincapié, entre otros, en fenómenos como la política, la feminidad, la moda y el lujo; rebautizándola -para diferenciarla de la posmoderna- como sociedad de la ligereza (Lipovetsky, 2016).

A pesar de las distintas modulaciones que fue adquiriendo su pensamiento, su núcleo se ha mantenido constante: el cambio paradigmático desde la modernidad capitalista y occidental, de las instituciones estables y duraderas a la sociedad hipermoderna que privilegia lo efímero.

Unos años después de aquellos primeros ensayos de Lipovetsky (2000), Bauman (2007) nos proponía el concepto de "modernidad líquida" para referirse a un período inestable y cambiante, donde lo que fluye y pasa, cambia una población; afirma que "como todos los fluidos, no conservan mucho tiempo su forma. Los sólidos son moldeados una sola vez. Mantener la forma de los fluidos requiere muchísima atención, vigilancia constante y un esfuerzo perpetuo..." (p. 13) e incluso el esfuerzo que se haga para lograrlo no asegura el éxito.

Mientras tanto, Víctor Frankl se mostraba preocupado dado que lo que él llama "vacío existencial" es un fenómeno muy extendido durante el siglo XX (2012, p. 79) y lo adjudica a una doble pérdida que ha sufrido el hombre. Por un lado, la pérdida de diversos instintos animales básicos que le otorgaban cierta seguridad a su conducta, y por otro, como mencionamos en el presente estudio, "las tradiciones que habían servido de contrafuerte a su conducta se están diluyendo a pasos agigantados" (p. 80). Si el autor parte de que "la primera fuerza motivante del hombre es la lucha por encontrarle un sentido a su propia vida" (Frankl, 2015, p. 73) y se están diluyendo en parte ciertos instintos y tradiciones que le indican al individuo qué hacer, la respuesta lograda e inconsciente a esta demanda, construida con las ideas de lo que es el mundo para cada quien, será la base de su identidad. Esta afirmación se condice con la de Bauman acerca de que, en los tiempos del que nos hablan los teóricos, la angustia más importante relacionada con la identidad "es la preocupación por la perdurabilidad" (2007, p. 41). ¿Cómo seguirá esta deriva? ¿Hacia dónde nos conducirán las siguientes transformaciones? No podemos conjeturarlo, el tiempo y la incertidumbre tomarán partido.

La oposición perdurabilidad/efimeridad nos recuerda otra anécdota, esta vez de Freud, que nos esclarece el tema:

5.2. Otra anécdota: Cuando el desasimiento de la libido respecto de sus objetos resulta un proceso doloroso

La relación del sujeto psíquico y la realidad social, “vale decir el conjunto de variables sociales, económicas y políticas que fundan y sostienen un campo representacional en el cual se despliegan angustias, temores y relaciones consigo mismo y con el otro humano”, (Bleichmar, 2009, p. 70) conduce a las formas con las que el sujeto libidinal recibe el impacto de la misma.

En ocasión de un paseo por la campiña, Freud repara que un joven poeta que lo acompaña admiraba la hermosura natural que los rodeaba, pero no podía disfrutarlo ya que:

Le preocupaba la idea de que toda esa belleza estaba destinada a desaparecer, que en el invierno moriría, como toda belleza humana y todo lo hermoso y lo noble que los hombres crearon o podrían crear. Todo eso que de lo contrario habría amado y admirado le parecía carente de valor por la transitoriedad a que estaba condenado. (Freud, 1992a, p. 309)

Esto causó la sorpresa de Freud quien le advirtió al poeta que, en sus dichos, “la transitoriedad de lo bello conlleva su desvalorización” (1992a, p. 309) y enfáticamente sostuvo que se trata de lo contrario, le procura “un aumento del valor. El valor de la transitoriedad es el de la escasez en el tiempo” (p. 309). Así como esas bellezas naturales, “la hermosura del cuerpo y del rostro humanos también la vemos desaparecer para siempre dentro de nuestra propia vida, pero esa brevedad agrega a sus encantos uno nuevo” (p. 310). ¿Qué efecto tiene sobre el psiquismo acordar que la belleza sea transitoria? Si lo que prevalece es el dolor por perderla y “puesto que el alma se aparta instintivamente de todo lo doloroso”, nos dice Freud (p. 310), la persona, como en esta ocasión el poeta, sentirá “menoscabado su goce de lo bello por la idea de su transitoriedad” (p. 310). Si la significación de la representación es que lo bello perdura más allá de los cambios, si puede escapar de las influencias destructoras, seguramente su transitoriedad no empañaría la posibilidad de gozar porque lo bello, en este caso, es independiente de su perdurabilidad. Estas reflexiones realizadas por Freud si bien no provocaron impresión alguna en el poeta, le permitieron a él avanzar en la teoría sobre el duelo un tiempo después; llegó a conjeturar que lo que perturbaba el juicio del joven malogrando la posibilidad de gozar de la belleza debía ser la “rebelión anímica” (p. 309) ante algo que se pierde. El optimismo de Freud, por el contrario, se debe a que, según él, lo perecedero potencia el deseo; empuja hacia la búsqueda de algo nuevo que reemplace lo perdido o sofoque el dolor que implica una pérdida.

En el estudio que nos ocupa, y como reflexión acerca de la hipótesis que hemos propuesto, lo transitorio aparece en el centro de la problemática que venimos desarrollando, no solo desde lo evolutivo que, como

subraya Freud en la anécdota con el joven poeta se muestra en un cuerpo que se deteriora, también en la transición hacia la adolescencia primero, y de allí a la adultez, sino que el advenimiento mismo de lo nuevo se va entretejiendo en la historia personal del individuo a partir del intercambio con los otros; implica la necesaria resignificación y recomposición psíquica que alude a los modos con los que la sociedad, cada vez, determina las formas con las que un sujeto se inserta en el mundo en que le toca vivir (Bleichmar, 2009). Precisamente la identidad conceptualizada como un “proceso” cambiante y en movimiento, revela su pluralidad al estar aquél mediado por la intervención de otros individuos (Gergen, 2018); es lo que George Mead (1982) en su momento señaló acerca de que el concepto hace referencia al “yo mismo” en su interacción con los otros significativos y lo que lleva a Adaszko a afirmar que “no hay un único modo de ser adolescentes sino más bien identidades diversas que se definen a partir de relaciones sociales con los adultos y con otros grupos de adolescentes en contextos concretos” (2005, p. 39).

El desarrollo de la tecnología y los procesos inherentes a la globalización produjeron en los individuos una sensación de “encogimiento” del mundo, donde se han vuelto más cortas las distancias y el tiempo parece pasar más rápido. Esto, a su vez, produjo un sentimiento de desapego y alienación donde las personas pueden sentir que no tienen un lugar fijo en el mundo (Bauman, 2007).

Entre el hipermodernismo y el entretejido fluctuante de la modernidad líquida, los adolescentes construyen su identidad a partir de sus padres, en primer término, y luego a través de otros modelos extrafamiliares e intergeneracionales, es decir en contraste con los demás, situándose dentro de categorías y grupos (Jenkins, 1996). Dolor o añoranza por la imperdurabilidad sumado a la sensación de no tener un lugar fijo en el mundo puede producir “procesos de desconstrucción subjetiva sin que quien los padece tenga mucha noción de lo que está ocurriendo [y aún poner] al yo en riesgo de estallar ante lo inesperado atacante o lo impensable repetido” y sometido a la angustia al aniquilamiento representacional (Bleichmar, 2006, p. 3), justamente cuando el adolescente necesita de la construcción de lazos estables acompañados de una sensación de mismidad que haga posible la instalación de una identidad consistente (Jenkins, 1996).

El viraje del paradigma, en este caso de la modernidad hacia la posmodernidad, impacta en el adolescente y en cómo este se concibe y desarrolla; y correlativamente impacta en la adultez, en los roles del adulto y en cómo estos se posicionan ante los adolescentes. En los últimos años, en la sociedad occidental se vino registrando un alargamiento de la adolescencia y, por lo tanto, un retraso en cuanto a la incorporación de los adolescentes al mundo laboral y en su acceso a la independencia económica; transformación que vino acompañada de la permanencia de los adultos jóvenes en la adolescencia como modelo social ideal, todo lo cual contribuyó a achicar la brecha entre unos y otros.

Los adultos se caracterizaban por ser los mayores referentes a los cuales aspiraban identificarse los jóvenes, querían ser como ellos. Con lo cual, si los adultos se ubican en una posición de paridad ¿quiénes son ahora los referentes? Si solo pueden serlo otros adolescentes como ellos, queda claro que, de esta

manera, queda garantizada la salida a la exogamia en tanto elección de objeto en lo “extrafamiliar” pero quedaría perturbado el acceso a, y de, lo “intergeneracional” en lo que atañe a la producción de una trama entre la ley, el deseo, la identificación, la transmisión, la cultura.

Freud al tematizar el sepultamiento del Complejo de Edipo en 1924, señala Bleichmar (2022), hizo un descubrimiento muy importante: “la interdicción del intercambio de goce intergeneracional, porque [esa] es la manera en que una sociedad pueda proyectarse hacia el futuro en tanto reproducción [de la especie], al menos mientras la humanidad sea la que es” (párr. 3). Esta instancia de prohibición es la que clausura ciertas satisfacciones pulsionales del adolescente uniendo inseparablemente al deseo con la ley. Lo perturbable es, precisamente, la ausencia de esas prohibiciones y de nuevas identificaciones que barrería con la asimetría respecto del adulto y con la responsabilidad de éste para con el adolescente. En una sociedad en la cual los adultos se adolescentizan, dejan de ser el necesario sostén de los “verdaderos adolescentes”.

Una sociedad adolescentizada donde predomina el consumo, la tecnología, el hedonismo, la inmediatez, entre otros, hace que diversas concepciones acerca de la adolescencia, la identidad y la sociedad tomen distintos tintes con respecto a sus concepciones tradicionales, lo que nos lleva a formularnos nuevas preguntas. Si no hallamos una posible y clara demarcación entre la adolescencia y la adultez, ¿sería pertinente señalar que la adultez en algún momento se licua debido a la falta de un componente diferenciador de ésta con respecto a la adolescencia? En ese caso, al concebir a la adolescencia como un modelo social, ¿nos hallamos, entonces, ante una adolescencia perdurable? El “siempre adolescente” ¿no es acaso uno de los ideales fuertes que se desprende de la mirada posmoderna?

Llegados a este punto, las preguntas que nos surgen nos sumergen en niveles más profundos o bien ante otros caminos a recorrer en torno a las problemáticas planteadas no solo por la amplitud de los campos en los que inciden la adolescencia, la identidad y la cultura, sino porque las mismas van desprendiéndose de las propias formulaciones que fuimos analizando, y de estar a nuestro alcance, fuimos sumando a algunas de ellas al presente estudio. Si los límites entre el adulto y el adolescente no están bien definidos, si además la adolescencia no solo se adelanta sino también se extiende en un escenario vertiginoso de cambios culturales y sociales, ¿desde dónde y cómo orientamos a los adolescentes hacia un futuro que no podemos predecir? En conversaciones con Carlos Fresneda, Bauman (2013) afirma que “no tenemos un destino claro hacia el que movernos” (párr. 2), de cualquier manera pensamos que los fenómenos categorizados como moderno, posmoderno o hipermoderno, adolescencia, adultez, adolescentización, se producen en un espacio y un tiempo determinados, responden a ciertas condiciones de elaboración y reconocimiento y es la sociedad la que, en definitiva, se encarga de otorgarles consistencia y legitimidad generando conceptualizaciones que reflejan los acuerdos y discursos de una época. En este sentido, parafraseando a Bauman, el fin de la metáfora de la “modernidad sólida” para dar cuenta de la experiencia humana de “estar en el mundo”, que plantea el filósofo, se reveló como una narrativa más a partir de comenzar a pensar esa experiencia en clave “líquida”.

Bibliografía

- Acosta, H. (1993). Nuestros adolescentes: el salto al vacío de una generación. *Revista Educación y Pedagogía*, 5 (10-11). Universidad de Antioquía.
- Adaszko, A. (2005). Perspectivas socio-antropológicas sobre la adolescencia, la juventud y el embarazo. Mónica Gogna (Coord) et al., *Embarazo y maternidad en la adolescencia. Estereotipos, evidencias y propuestas para políticas públicas*, CEDES, 33-65.
- Aichhorn, A. (1925). Juventud descarriada. Martínez de Muguia.
- Alexander, T., Rodin, P., Gorman, B. (1984). Psicología evolutiva. Pirámide.
- Arias, S. (2006). Estudio de la Epistemología Genética. Jean Piaget y el pensamiento contemporáneo. María T. Lodieu (comp.) *Lecturas en Psicología*, 147-174, Proyecto Editorial.
- Ariés, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Taurus.
- Aristóteles (1994). Sobre los caracteres en relación con la edad. *Retórica*, 374-381. Editorial Gredos.
- Arnett, J. (1999). Adolescent Storm and Stress, Reconsidered, *American Psychologist*, vol. 54, N° 5, 317-326.
- Arnett, J & Taber, S. (1994). Adolescence terminable and interminable: When does adolescence end? *Journal of Youth and Adolescence*, N°23. Springer.
- Ausubel, D. (2002). Adquisición y retención del conocimiento. Una perspectiva cognitiva. Paidós.
- Barth, F. (comp.) (1976). Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales. Fondo de Cultura Económica.
- Baltes, P., Reese, H., Lipsitt, L. (1980). Life-Span Developmental Psychology. In M. Rosenzweig, & L. Porter (Eds.), *Annual Review of Psychology*, 31, 65-110. <http://dx.doi.org/10.1146/annurev.ps.31.020180.000433>
- Baltes, P. (1983). Psicología evolutiva del ciclo vital: algunas observaciones convergentes sobre historia y teoría. A. Marchesi, M. Carretero y J. Palacio (Comps.) *Psicología evolutiva T. Teorías y métodos*, 247-267. Alianza Editorial.
- Baltes, P. (1987). Theoretical propositions of life-span developmental psychology: On the dynamics between growth and decline. *Developmental Psychology*, 23(5), 611–626. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.23.5.611>
- Baltes, P., Lindenberger, U., Staudinger, U. (1998). Lifespan theory in developmental psychology. R.M. Lerner (Ed.), *Handbook of child psychology*, Vol. 1, 5ª ed., 1029-1043. Wiley.

- Baudelaire, CH. (2021). El pintor de la vida moderna. Editorial Alianza.
- Baudrillard, J. (1978). A la sombra de las mayorías silenciosas o el fin de lo social. Kairos.
- Bauman, Z. (2003). De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad. Stuart Hall y Paul du Gay (comps.), *Cuestiones de Identidad Cultural*. Editorial Amorrortu, 40-68.
- Bauman, Z. (2007). *Modernidad líquida*. Fondo de cultura económica.
- Bauman, Z. (2013). ¿Qué futuro estamos construyendo? Entrevista realizada por Carlos Fresneda (corresponsal), *Economía.elmundo.es*
<https://www.elmundo.es/elmundo/2013/05/16/economia/1368689703.html>
- Baumer, F. (1985). El pensamiento europeo moderno. Continuidad y cambio en las ideas, 1600-1950. Fondo de Cultura Económica.
- Benedict, R. (1971). El Hombre y la Cultura. Edhasa.
- Benedict, R. (2010). La integración de la cultura. Bohannan, P. y Glazer, M. (eds.), (2010). *Antropología. Lecturas*. Mc Graw Hill, 175 -185.
- Beriain, J. (2000). La lucha de los dioses en la modernidad. Anthropos.
- Bernfeld, S. (1975). Concerning a Typical Form of Male Puberty. *Adolescent Psychiatry, Vol. XX*, 51-65.
- Bleichmar S. (2006). Estallido del yo, desmantelamiento de la subjetividad. *Topía. Un sitio de psicoanálisis, sociedad y cultura. Identidades Estalladas. Año XVI (46)*. topia.com.ar/revista/identidades-estalladas
- Bleichmar, S. (2009). La subjetividad en riesgo. Topía Editorial.
- Bleichmar, S. (2022). Subjetividad y Psiquismo. Facultad de Periodismo y Comunicación Social- UNLP. <https://perio.unlp.edu.ar/sites/2022/08/silvia.bleichmar-subjetividad-y-psiquismo>
- Blos, P. (1981). El segundo proceso de la individuación de la adolescencia. La transición adolescente, *ASAPPIA*, 118-401.
- Bonnefoy, M., González, O., Favreau, A. (2002). Juventud de los 90: una reflexión en torno a la juventud urbano popular. *Revista última década*, Nro. 17, 131-159.
- Bourdieu, P. (2011). La "juventud" solo es una palabra. *Cuestiones de Sociología*, 142-153. Ediciones Istmo.

Bronfenbrenner, U. (1979). The ecology of cognitive development: Research models and fugitive findings. En Wozniak, R.H. & Fischer, K.W. (Eds.), *Development in context: Acting and thinking in specific environments*, 3- 44. Hillsdale, NJ: Erlbaum.

Bronfenbrenner, U. (1986). Ecology of the family as a context for human development: Research perspectives. *Developmental Psychology*, 22(6), 723- 742.

Bronfenbrenner, U. (1993). La ecología del desarrollo humano. Paidós.

Bruner, J. (1984). La inmadurez: su naturaleza y sus usos. *Acción, Pensamiento y Lenguaje*. Alianza Editorial.

Bueno, G. (1996). Sobre el concepto de espacio antropológico. *El sentido de la vida*. Oviedo: Pentalfa.

Bueno, G. (2002). Etnocentrismo cultural, relativismo cultural y pluralismo cultural. *El Catoblepas*, N°2.

Burin, M. (1998). La relación entre padres e hijos adolescentes. *Género y Familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Paidós.

Cappelletti, A. (1969). La Filosofía de Heráclito de Éfeso. Monte Avila Editores.

Carretero, M., Palacios, J., Marchesi, A. (1995). *Psicología evolutiva. Tomo III - Adolescencia, madurez y senectud*. Editorial Alianza.

Castells, M. (1997). La sociedad red. *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*, Vol. 1. Alianza.

Castells, M. (1998). El poder de la identidad. *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*. Vol. 2, Alianza.

Castillo, G. (1997). *Cautivos en la adolescencia: los hijos que siguen en el nido, los hijos que se refugian en el alcohol*. Editorial Oikos-Tau.

Castillo, G. (1999). El adolescente y sus retos. La aventura de hacerse mayor. Ediciones Pirámide.

Chatterjee, P, Bailey, D., Aronoff, N. (2001). Adolescence and old age in twelve communities. *Journal of Sociology & Social Welfare*, vol. 28, N° 4, 121-159.

Chaves, M. & Fidalgo Zeballos, E. (coords.) (2013). Culturas juveniles en la tapa del diario: tensiones entre el margen y el centro de la hoja. *Políticas de infancia y juventud: producir sujetos y construir Estado*. Editorial Espacio.

Cohen, I. (2015). El comportamiento agresivo en adolescentes. Una disfunción en las habilidades sociales. Contini, N. (Comp.), *Agresividad en los adolescentes de hoy. Las habilidades sociales como claves para su abordaje*, 61-90. EDUNT.

Corona Palomera, E. (2009). Voces de la Tierra. La Lingüística de la Vida. *Signos Lingüísticos*, vol.v, núm.9, 87-108.

Damasio, A. (2013). El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano. Paidós.

Daros, W. (2006). En la búsqueda de la identidad personal. Problemática filosófica sobre la construcción del "yo" y su educación. Universidad del Centro Educativo Latino americano. UCEL.

Daros, W. (s.f.). La persona en la Posmodernidad: La Lectura de G. Lipovetsky. Universidad Adventista del Plata. https://www.academia.edu/11266571/La_persona_en_la_Posmodernidad_según_G_Lipovestky

Dávila, O. (2004). Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes. *Última Década N°12*. Ediciones CIDPA.

Delval, J. (1998). El Desarrollo Humano. Siglo XXI Editores.

De Rojas, M. (2004). Identidad y cultura. *Educere*, 8(27), 489-496.

Desfilis, E., Martínez, I., Serna, C. (2020). Adolescentes de la postmodernidad. Creciendo en la Era digital. *Nuevas miradas en psicología del ciclo vital*, 63-88.

Deutsch, H. (1973). Psicología de la mujer. Losada.

Dimas, I. y Tobías, A. (2009). Sioux y Yurok: Renovarse o Morir. Escuela de Psicología de la Universidad de Londres. <http://www.apsique.cl/node>

Díaz, E. (1988). ¿Qué es la posmodernidad? Posmodernidad. Editorial Biblos.

Díaz, E. (2005). Posmodernidad. Editorial Biblos.

Dulcey-Ruiz, E., & Uribe Valdivieso, C. (2002). Psicología del Ciclo Vital: hacia una visión comprensiva de la vida humana. *Revista Latinoamericana de Psicología*, vol. 34 (1-2), 17-27. Fundación Universitaria Konrad Lorenz.

Dussel, E. (1980). La Pedagogía Latinoamericana. Editorial Nueva América.

Dussel, E. (1994). El encubrimiento del indio: 1492. Hacia el origen del mito de la modernidad. Cambio XXI.

Edelman, L., Kordon, D. (2000). Subjetividad en el fin del siglo. Mateu, C. (Coord) *Trabajo e identidad ante la inversión globalizadora*. Ediciones Cinco.

Elliott, J. (2017). Imperio del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América (1492-1830). Taurus.

Erikson, E. (1974). Sociedad y adolescencia. Siglo XXI.

Erikson, E. (1980). Identidad, Juventud y Crisis. Taurus

Erikson, E. (1987). Ocho Edades del Hombre. *Infancia y Sociedad, cap. 7*. Ediciones Hormé.

Estermann, J. (2015). Filosofía andina. Sabiduría indígena para un mundo nuevo. Instituto Superior Ecuaménico Andino de Teología (ISEAT).

Etkin, J. & Schvarstein, L. (1992). La identidad de las organizaciones. Paidós

Etxebarria, I (2001). Desarrollo del altruismo y la agresión. López, F., Etxebarria, I., Fuentes, M.J. y Ortiz M.J. (Coords.). *Desarrollo afectivo y social*, 211-230. Pirámide.

Feixa, C. (1996). Antropología de las edades. Prat, J. y Martínez, A. (eds.), *Ensayos de antropología cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*, Ed. Ariel.

Feixa, C. (1998). De jóvenes, bandas y tribus. Ariel.

Feixa, C. (2011). Past and present of adolescence in society. The 'teen brain' debate in perspective. *Neuroscience and Biobehavioral Reviews*, 35(8). Elsevier.

Fernández Arcila, M. (2014). Notas sobre las transformaciones psíquicas de la adolescencia en la historia de la psicología. Universidad de Antioquia.

Ferrater Mora, J. (2004). Diccionario de Filosofía. Tomo III. Editorial Ariel.

Ferrater Mora, J. (2004). Diccionario de Filosofía. Tomo IV. Editorial Ariel.

Frankl, V. (2012). *Ante el vacío existencial: Hacia una humanización de la psicoterapia*. Herder editorial, S.L.

Frankl, V. (2015). *El hombre en busca de sentido*. Herder editorial.

Freud, A. (1992). La adolescencia. *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente*. Paidós, 165-185.

Freud, S. (1992a). La Transitoriedad. *Obras completas, Libro XIV*. Amorrortu editores.

Freud, S. (1992b). Lo inconsciente. Trabajos sobre Metapsicología. *Obras Completas. Sigmund Freud*, Vol. XIV, Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1996a). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas*, Vol. VII, 123-222, Amorrortu editores.

Freud, S. (1996b). La moral social «cultural» y la nerviosidad moderna. *Obras Completas. Sigmund Freud*, Vol. IX, Amorrortu ediciones.

Friedman, L. (2000). *Identities architect*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Gadamer, H. (1997). La hermenéutica de la sospecha. *Cuaderno Gris*, 2, 127-136. *Filosofía*, vol. III, 185-210, Universidad de Málaga.

Gaete, V. (2015). Desarrollo psicosocial del adolescente. *Revista chilena de pediatría*, 86(6), 436-443. <https://dx.doi.org/10.1016/j.rchipe.2015.07.005>

Merino, C. (1993). Identidad y plan de vida en la adolescencia media y tardía. *Perfiles educativos*, núm. 60. <https://www.redalyc.org/pdf/132/13206008>

Gardella, M. (2021). Heráclito de Éfeso, Cleobulina de Lindos y la tradición de los enigmas. *Revista de Filosofía*, 46 (1), 45-62.

Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*, Gedisa.

Gesto, S. (2000). Adolescencia y posmodernidad: construyendo identidades en tiempos de cambio. <https://es.scribd.com/document/500812407/TTS-GestoSabrina>

Gianera, P. (2019). Gilles Lipovetsky: Ahora se cambia de religión como se cambia de auto. *La Nación, Cultura*.

Giddens, A. (1997). Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea. Península.

Gillis, J. (1974). *Youth and History. Tradition and Change in European Age Relations, 1770-Present*. Academic Press.

Giménez, M., Valverde, C., Torres, G. (2010). El análisis de las fortalezas psicológicas en la adolescencia: Más allá de los modelos de vulnerabilidad. *Psychology, Society & Education*, 2(2), 97-116.

Goldmann, L. (1968). *La ilustración y la sociedad actual*. Monte Ávila.

Grosser Guillén, K. (2006). La juventud como mercancía y el lugar de lo adolescente en la lógica cultural del capitalismo tardío. *Revista Electrónica Actualidades Investigativas en Educación*, 6(2), 0.

Gutton, P. (1993). Lo puberal. Paidós.

Habermas, J. (1985). La modernidad, un proyecto incompleto. V. A. *La Posmodernidad*, Kairós.

Hall, G. S. (1904). Adolescence: Its psychology and its relations to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion, and education, Vols. I y II. D. Appleton & Co

Harvey, D. (1998). La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural. Amorrortu editores.

Hehapa Sapa (Alce Negro) y Brown, J. E. (1986). La Pipa Sagrada. Los Siete Ritos Secretos de los Indios Sioux. Taurus, Alfaguara.

Hernando, A. (2018). *La fantasía de la individualidad: sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Traficantes de sueños.

Herrero, A. (2016). Postmodernidad y adolescencia: construcción de la identidad en el sujeto adolescente postmoderno. Tesis doctoral, Universidad de Santiago de Compostela.

Jauß, H. (2012). Caminos de la comprensión. Machado Libros.

Jeammet, P. (2002). Los adolescentes son el espejo de la sociedad. Entrevistado por María E. Gilio. *Psicología*. Página 12.

Jeammet, P. (2009). El yo frente a la libertad. Evolución social y adolescencia. *Revista de Psicopatología y salud mental del niño y del adolescente*. 13, 31-40. Fundación Orienta.

Jenkins, R. (1996). *Social identity*. Routledge.

Jiménez, M. & Bernal, A. (2004). Jóvenes, globalización y postmodernidad: Crisis de la adolescencia social en una sociedad adolescente en crisis. *Papeles del psicólogo*, 25(87), 72-79.

Kett, J. (2003). Reflexions on the history of adolescence in America. *History of the Family*, vol. 8, N° 3, 355-373.

Kenneth, G. (2018). La saturación social y la colonización del yo. *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mudo contemporáneo*, 3, 81-126, Paidós.

Klein, A. (2012). Imágenes psicoanalíticas y sociales de la adolescencia: Un complejo entrecruce de ambigüedades. *Interdisciplinaria*, 29(2), 235-251

Klein, A. (2014). Exploración de las ideas de Winnicott sobre la adolescencia y el conflicto de generaciones. *Estudios de psicología (campinas)*, 31, 169-178.

Knobel, M. (2004). El síndrome de la adolescencia normal. Aberastury, A & Knobel, M. *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico*. Paidós.

Kock, A. (2005). *Knowledge and Social Construction*, Lanham-Maryland, Lexington Books.

Köhler, W. (1972). *Psicología de la Forma. Su tarea y últimas experiencias*. Biblioteca Nueva.

Koller, S. (2004). *Ecologia do desenvolvimento humano. Pesquisa e intervenção no Brasil*. Casa del Psicólogo.

Lacan, J. (1976). La significación del falo. *Escritos I*. Siglo XXI editores.

Lehr, U. & Thomae, H. (1994). *La vida cotidiana. Tareas, métodos y resultados*. Herder.

Lipovetsky, G. (2000). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Editorial Anagrama.

Lipovetsky, G. (2007). *La felicidad paradójica: Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Editorial Anagrama.

Lipovetsky, G. (2015). Espacio privado, espacio público en la era posmoderna. *Esprit. Sociológica. Revista del Departamento de Sociología*. Universidad Autónoma Metropolitana. www.sociologiamexico.azc.uam.mx

Lipovetzky, G. (2016). *De la ligereza*. Editorial Anagrama.

Lisciani Petrini, E. (2012). Hacia el sujeto impersonal. *Revista Pléyade, Horizontes Contemporáneos de la violencia, Número 9*, 137-152. Centro de Análisis e Investigación Política.

Lombardo, E. & Krzemien, D. (2008). La Psicología del curso de vida en el marco de la Psicología del Desarrollo. *Revista argentina de sociología*, 6(10), 111-120.

Lowe, G. (1974). *El desarrollo de la personalidad*. Editorial Alianza.

Lozano, V. (2014). Teoría de teorías sobre la adolescencia. *Última década*, 22(40), 11-36.

Luna, M. (2006). El sujeto político: Mundo íntimo y experiencia relacional. Conferencia presentada en I *Congreso pedagógico de maestros para maestros*.

Lutte, G. (1991). Liberar la adolescencia. *La psicología de los jóvenes de hoy*. Herder.

Lyotard, J-F. (1991). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Ediciones Cátedra.

Maier, H. (1980). *Tres teorías sobre el desarrollo del niño*. Amorrortu editores.

Marí, E. (1994). El concepto de Posmodernidad de Andre-Jean Arnaud y Boaventura De Souza Santos en la sociología del derecho. *Lecciones y Ensayos*, 60/61. Departamento de Publicaciones, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, UBA, Abeledo-Perrot, pp.79-90.

Mead, G. (1982). *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. Paidós.

Mead, M. (1967). *Adolescencia y cultura en Samoa*. Paidós.

Mead, M. (1972). *Experiencias personales y científicas de una antropóloga*. Paidós.

Mejía, M. (2006). Cambio en la globalización y reconfiguración de la pedagogía. Conferencia presentada en *I Congreso pedagógico de maestros para maestros*.

Mignolo (2005). *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Gedisa.

Morelato, G. (2011). Resilience in child maltreatment: Contributions to understanding the significant factors in the process from an ecological model. *Revista de Psicología (PUCP)*, 29(2), 203-224. http://www.scielo.org.pe/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0254-92472011000200001&lng=es&tlng=en.

Moreno, A., Del Barrio, C. (2000). *La experiencia adolescente: A la búsqueda de un lugar en el mundo*. Aique.

Muuss, R., Velder, E., Porton, H. (1996). *Theories of Adolescence*. McGraw-Hill.

Neugarten, B. (1968). *Middle age and aging. A reader in social psychology*. University of Chicago Press.

Neugarten, B. (1999). *Los significados de la edad*. Herder.

Nietzsche, F. (2000). *La voluntad de poder*. Edaf, vol. IV.

Obiols, G. (1993). Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria. *Congreso Argentino de Educación Física y Ciencias*.

Obiols, G. & Di Segni de Obiols, S. (2008). *Adolescencia, posmodernidad y escuela. La crisis de la enseñanza media*. Noveduc.

Oliveira, M. (1998). *La educación sentimental. Una propuesta para adolescentes*. Editorial Icaria.

Ortiz, J. & Nieto-Silva, C. (2012). *El Modelo Bioecológico en la Comprensión del Desarrollo Humano Temprano*. Centro de Estudios Psicológicos CEP-Rua.

Papalia, D. & Olds, S. (2005). *Psicología del desarrollo de la infancia a la adolescencia*. McGraw-Hill.

Pardo de Santayana, J. (2020). La revolución de Heráclito, todo fluye y nada permanece en el orden global multipolar. *Boletín ieee*, bie 3. Nro. 17, 346-358. Instituto Español de Estudios Estratégicos.

Parmeggiani, M. (1998). Nietzsche y la disolución del concepto de yo, en la obra publicada y en los fragmentos póstumos de 1876 a 1882. *Contrastes. Revista Interdisciplinar de filosofía*, (3), 185-210.

Pavlovsky, E. (1975). Psicodrama psicoanalítico en grupos. Kargieman.

Piaget, J., Inhelder, B. (2007). Psicología del Niño. Ediciones Morata.

Pintos, M. (1985). De lo visible a lo invisible. Hacia una nueva forma de interpretar la realidad. *Ágora: Papeles de Filosofía*, vol.5, 101-112. <http://hdl.handle.net/10347/912>

Pisarro, M. (2013). El entierro de la posmodernidad. *Revista Ñ*, 513, *Clarín*, p. 33. . https://www.clarin.com/filosofia/gilles-lipovetsky-la-era-del-vacio-posmodernidad_0_Hkmte0Hsvme.html

Posada, F. (2005). El enfoque del ciclo vital: hacia un abordaje evolutivo del envejecimiento. S. Hernandis, & M. Martínez, *Gerontología*. Pearson.

Posada, F. & Triadó, C. (2006). Estudio del ciclo vital a partir de historias de vida, El: una propuesta práctica. *Llibre CD-Rom*, Vol. 315. Edicions Universitat Barcelona.

Reich, W. (1972). La lucha sexual de los jóvenes. Granica.

Reynoso, C. (1993). De Edipo a la máquina cognitiva. Introducción crítica a la antropología psicológica. Universidad de Buenos Aires.

Saavedra, M., Ojeda, R., Turtl, M., Suárez, S. (2016). Abordaje desde la psicología del ciclo vital del conflicto de generaciones: adolescencia y adultez. *VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología-Universidad de Buenos Aires.

Salazar, E. (2020). La ligereza como nueva forma de vida: entrevista con Gilles Lipovetsky para un análisis del presente. *Hallazgos*, 17 (34), 305-320. DOI.<https://doi.org/10.15332/2422409X.533>

San Agustín. (1989). Introducción de Francisco Montes de Oca. *La Ciudad de Dios*, Club de Lectores, 2 vol. <http://www-librosclasicos.org/>

Sánchez, T. (2009). Desarrollo de la identidad de género desde una perspectiva psico-socio-cultural: un recorrido conceptual. *Revista Interamericana de Psicología*, 43(2), 250-259.

Sartori, G. (1991). Democracia. *Revista de Ciencia Política*, 13(1-2), 117-151. <https://teologiayvida.uc.cl/index.php/rcp/issue/view/480>

- Saussure, F. (1995). Curso de lingüística general. Alianza Editorial.
- Seibold, J. (2000). Identidad cultural y calidad integral educativa. *CIAS*.
- Sollod, R., Wilson, J., Monte, C. (2009). Teorías de la Personalidad. *Educación*, 189-209. Mc Graw Hill.
- Souto, S. (2007). Juventud, Teoría e Historia: La formación de un sujeto social y de un objeto de análisis. *HAOL*, 13, 171-192. Asociación de Historia Actual.
- Sullivan, H. (1974). La Teoría Interpersonal de la Psiquiatría. Editorial Psique.
- Touraine, A. & Khosrokhavar (2002) A la búsqueda de sí mismo. Diálogo sobre el sujeto. Paidós.
- Tuck, E. & Yang, K. (2021). La descolonización no es una metáfora. *Tabula Rasa*, 38, 61-111. <https://doi.org/10.25058/20112742.n38.04>
- Urribarri, R. (2015). Sobre adolescencia, duelo y a posteriori. *Adolescencia y clínica psicoanalítica*. Fondo de Cultura Económica.
- Varrón, M. (2024). Diccionario Etimológico Castellano en Línea. <https://etimologias.dechile.net/?adolescente>
- Vattimo, G. (1989). Posmodernidad y fin de la historia. *UTOPIÁS. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM*, Número 2, 2-7 http://ru.atheneadigital.filos.unam.mx7jspui/handle/FFYL_UNAM/5947
- Vázquez, C. & Mouján, J. (2016). Adolescencia y Sociedad-La construcción de identidad en tiempos de inmediatez. *PSOCIAL*, 2(1), 38-55.
- Velásquez Pérez, A. (2007). Lenguaje e Identidad en los Adolescentes de Hoy. *El Ágora*, 7 (1), 85-107. <https://doi.org/10.21500/16578031.1641>
- Vidal, R. (2001). *La familia como un sistema. Conflicto Psíquico y Estructura Familiar*. Psicolibro
- Villar, P. (1999). (Re)construcción estratégica del significado del propio envejecimiento en personas mayores. *Revista de Psicogerontología Tiempo*. On line (17.08.99), <http://www.psiconet.com/tiempo/tiempollreconstrc.htm>
- Vives, J. & Lartigue, T. (2018). Psicosexualidad en la adolescencia. *Cuadernos de Psicoanálisis*, LI: 1 y 2, 49-76.
- Winnicott, D. (1954). Deprivación y delincuencia. Paidós.
- Winnicott, D. (1972). Realidad y juego. Gedisa.

Zubieta, A. (2009). El constructivismo social en la ciencia y la tecnología: las consecuencias no previstas de la ambivalencia epistemológica. *Arbor*, 185: 689-703.